

LA ÚLTIMA DE LOS MALDITOS. S

Shee Lag

SHEE LAG
YONHATAN E.G



EL MAL TE SEGUIRÁ
A TODAS PARTES.

LA
ÚLTIMA
DE LOS
MALDITOS

Capítulo 1

Capítulo 2

*El mejor engaño del Diablo,
Fue hacerle creer al mundo
Que no existe...*

Anónimo

Capítulo 3

UNA OBRA ESCRITA

POR

SHEELAG

Y

YONHATAN E.G

Capítulo 4

*Y en el final de los tiempos,
Ángeles y Demonios lucharán
Por poseer la única alma pura
Que queda sobre la tierra.*

Capítulo 5

EL SOPLIDO DEL DIABLO

Año 199, a.C.

Zama, un lugar entre **Constantina y Túnez**.

El piso sucio y lleno de polvo demostraba el abandono del sagrado templo que había sido elevado en honor a Júpiter.

Los humanos ya habían dejado de creer en los dioses.

Bajo el dintel de la enorme puerta circular se encontraba tallada una inscripción en latín que rezaba:

Pater deorum et hominum

(El padre de los dioses y los seres humanos.)

Las escaleras en ruinas conducían al interior de aquel santuario olvidado, cuyas pilastras blancas, vaciadas en mármol lucían endeble y agrietadas; el techo se veía deteriorado por algunos faltantes en su estructura, lo que permitía que se filtraran los rayos de la luna plateada en aquella noche de cielo estrellado.

Dentro del gran salón brillaba la imponente estatua del dios Júpiter, (o Zeus para los griegos. La estatua estaba finamente tallada en piedra maciza, con el águila esculpida en su hombro derecho, además en su mano izquierda el rayo, y en su derecha el cetro).

La escultura permanecía alumbrada por antorchas, bajo sus pies se encontraba un círculo de sal y dentro del círculo yacía el cuerpo de un soldado romano que gritaba incoherencias.

Permanecía atado de manos y pies, su piel lucía ajada y grisácea... su negra y larga cabellera se regaba por su rostro ocultando sus ojos amarillentos que desafiaban a los viejos sacerdotes.

—¡Perros insensibles! —Gritó el soldado— ¿Cómo se atreven a enfrentarse a Amon, señor de la Ira? —Vociferaba hablando en diferentes lenguas.

Cuatro sacerdotes vestidos con túnicas blancas repartían oraciones y conjuros sobre el cuerpo de aquel hombre, teniendo cuidado de no pisar el

círculo de sal...

—¡Tonto! —reprendió uno de ellos— nadie está por encima del altísimo Júpiter, ni siquiera ese tal Amon, que tanto mencionas...

Los cuatro sacerdotes centraron su mirada en la marca que tenía el centurión en su hombro derecho... una marca que lo distinguía de los demás romanos, era el tatuaje de la legión a la que perteneció, aquella legión que logró derrocar al gran Aníbal Barca, hace tres años, en la batalla de Zama.

La voz ronca del soldado vociferó impropiedades ante los sacerdotes: —¡Júpiter, Zeus, o el pedazo de basura más grande de la historia, da igual como lo quieran llamar, ese miserable se burla de todos desde las alturas! Y ustedes aquí en la tierra le adoran —gritaba el romano con una furia casi que divina—. ¡Me cago en Júpiter! ¡Escupo en su sagrado nombre! Su insignificante poder no tiene potestad contra Amon. Amon si es verdadero y vendrá por mi alma, él vendrá y todos moriremos...

Los cuatro sacerdotes se miraban entre sí sin poder comprender quien era ese tal Amon que el soldado mencionaba en sus delirios.

El hombre se retorció dentro del anillo de sal, parecía sufrir dolores terribles. Él había sido un Centurión destacado en la milicia romana, honrado con laureles y cantos que alababan su nombre... pero desde que vencieron a Aníbal Barca, una terrible maldición cayó sobre **la Novena Legión**. Todos sus miembros fueron muriendo uno a uno, eran miles, pero de los miles ahora solo quedaba él, sometido dentro del anillo de sal, a punto de perder la cordura...

—¡A... Ayúdeme, sacerdote! —Imploró el soldado que parecía haber recuperado la lucidez—. No podrán contra Amon, yo... yo le he visto caminar sobre montañas de cadáveres, él, o eso... es aterrador.

—No te preocupes, hijo, ahora estás bajo el amparo del gran Júpiter —dijo uno de los sacerdotes, quien sin perder tiempo, hundió su pulgar en aceite viscoso y le refregó la yema de su dedo sobre la frente zigzagueando el pulgar, buscando darle la forma de un rayo...

—La imposición de las manos es un ritual sagrado —dijo el sacerdote y agregó con firmeza—: y yo, quien he sido amado por Júpiter y he sido tocado por su poder, os exorcizo de toda entidad negativa, en nombre del Dios de las alturas, padre y dueño de todo ¡Te ordeno, Amon, que abandones este cuerpo mortal!

Los otros tres sacerdotes respondieron en oración:

—¡Que así sea! ¡Que así sea!

El sacerdote líder volvió a tomar la palabra:

—Ningún demonio puede contra el dios de las alturas. Ningún demonio puede coexistir junto a él. Por eso, yo, quien he sido bendecido con la luz te ordenó que abandones este cuerpo mortal y regreses al Tártaro de dónde has escapado...

—¡Que así sea! ¡Que así sea! — respondieron los otros.

El Centurión permanecía tendido dentro del círculo, con la frente ungida por la señal del rayo, sus ojos amarillentos lucían desorbitados, cansados, alejados... y fue en ese momento que con su voz pausada, buscó llegar a oídos del sacerdote:

—No lo comprendes, eh... Amon, todavía no llega... ¡Amon no me ha reclamado aun!... pero puedo sentir que se aproxima...

En ese momento un temblor sacudió el templo y emergió de la propia estatua del dios Júpiter una sombra espectral, con brazos largos y flacos, cubierto por un manto negro...

Un coro demoniaco ambientaba el templo, similar al canto de las sirenas del mar, cuando embrujaban a los marineros en aguas turbias...

Los sacerdotes se quedaron petrificados sin emitir sonido alguno... las rodillas les temblaban, el corazón se les quería salir, sentían que se ahogaban... quisieron llorar pero no pudieron, quisieron gritar pero fue inútil, no se podían mover y aquel espectro les contemplaba a lo lejos...

La estatua comenzó a partirse en dos...

Un fulgor negro envolvía a aquel demonio que apareció de la nada. Un aroma acre invadió el recinto, era el aroma del miedo presente en todos...

La sombra salió lentamente de la estatua de piedra maciza y la destruyó por completo. Ahora el demonio estaba erguido, firme y su manto oscuro no permitía que los humanos le vieran, pero era notorio que su tamaño doblaba el de todos los presentes...

En aquel momento el velo que cubría su rostro se agitó un poco con la ventisca que irrumpió en el templo revelando unos delineados labios carmesí, el demonio sonrió malicioso y dejó salir de su hermosa boca un soplido tan suave como un susurro...

—*iBofff!*

Las antorchas se apagaron...

El templo comenzó a temblar y a resquebrajarse...

El demonio caminó sobre las ruinas de la estatua del omnipotente dios Júpiter...

El Centurión romano miraba impactado la escena mientras se desesperaba dentro del anillo de sal, luchó por soltarse de los amarres, pero no pudo, entonces comenzó a gritar como loco:

—iHuyan! iHuyan!

Pero fue demasiado tarde para todos... Amon hizo presencia. Materia y espíritu unidos en un solo ser, y con solo tronar los dedos calcinó los hábitos de los monjes, quienes envueltos en llamas rodaron una y otra vez por el piso del templo intentando apagar sus cuerpos ardientes...

Fue inútil...

Simplemente inútil...

Ante él, nada podían hacer...

El canto de las sirenas acompañaba el caminar del demonio que no apartaba los ojos del soldado protegido dentro del círculo de sal...

—iMaldito demonio! iNo te llevarás mi alma!

El espectro volvió a reír y sopló de nuevo...

—*iBofff!*

En ese momento una terrible ventisca invadió el lugar como si fuese un huracán, las paredes se agrietaron, el piso se abrió y por supuesto el círculo de sal se desvaneció esparciéndose en el recinto...

—*iEres el último de ellos!* —Dijo el demonio con voz inquisidora. Cada vez que la tétrica entidad hablaba, un coro se escuchaba de la nada, para repetir en eco lo que este decía...

—*iTu alma me pertenece- nece - ece!*

El centurión se orinó del miedo. Presentaba dificultad para respirar y lloró

y lloriqueó hasta que dijo:

—¡Quiero vivir! ¡Dejadme tranquilo, quiero vivir!

El demonio rio y aplaudió disfrutando la escena... meneó la cabeza de un lado al otro y le dijo con voz calmada y pausada:

—*¡Todos quieren vivir!*

El soldado soltó un gemido desesperanzador...

—*Muéstra respeto, mortal... ¡Debéis postrarte ante mí!* —El espectro extendió su mano y con la punta del dedo índice le señaló las rodillas y en ese momento el momentáneo silencio se vio interrumpido por el crujir de los huesos y las uniones de las rodillas se dislocaron, haciendo que el oficial romano se desplomase...

El hombre se arrastró por el piso sucio y lleno de polvo en busca de la salida del templo, y mientras lo hacía le suplicaba a los dioses romanos:

—Oh, poderosa Juno, protégeme... Oh, poderosa Minerva, ayúdame a salir de esta. Oh, poderoso Marte, desaparece a este ser infernal de mi vista...
—el cuerpo le pesaba toneladas, la respiración le era cada vez más difícil, sentía sed, mucha sed.

El demonio extendió el brazo en dirección al humano y a pesar de la distancia lo levantó con su poder dejándole suspendido en el aire.

—*¡Estúpido, tus dioses de mentira no te ayudarán!*

El demonio centró su mirada en la marca que el soldado tenía en su hombro... (El número **IX** en romano, con la inscripción **SPQR**, y en letras pequeñas decía **HISPANIA**)

Amon, comenzó a empuñar su mano a la distancia, mientras el cuerpo del centurión se movía con desespero en el aire...

Cada vez que el demonio cerraba su puño, el cuello del soldado se arrugaba, lo estaba estrangulando a la distancia... Amon, apretó y apretó su puño hasta que el oficial murió suspendido en el aire con la lengua afuera y los ojos brotados. El cuerpo cayó al suelo y fue entonces cuando el demonio abrió su hábito tan oscuro como la noche y una fuerza arrebatadora comenzó a succionar el cuerpo del soldado, pero no era su cuerpo lo que el demonio quería, lo que pretendía era robarse su alma...

De pronto una forma de luz comenzó a salir del cadáver del centurión, pero este cuerpecito astral que asomó fue arrastrado por la fuerza

succionadora del demonio que se había convertido en un hoyo negro...

—¡Soy el recaudador del diablo!

El alma del soldado estaba a punto de ser succionada por la fuerza arrebatadora que emergía del manto oscuro del espectro; y así fue, rápidamente se tragó el alma directo en su interior...

De pronto, una risa retorcida sometió el destruido templo y señaló de manera descarada

—¡He cumplido!

Y entonces el temible demonio caminó solitario por las ruinas del templo, con sus hombros colgados, y su intimidante altura de casi tres metros revestido por un manto negro, y pasó de largo los cadáveres hasta desvanecerse sin dejar rastro en aquel lugar santo, profanado por la muerte...

Capítulo 6

PRIMERA PARTE

**EL
RECAUDADOR
DE ALMAS**

Capítulo 7

¡POR QUÉ A MÍ!

Año 2018, d.C.

Londres, Inglaterra.

Bernarda llevaba veinte minutos contemplando su imagen frente al espejo del tocador de chicas, justo en los patios del instituto educativo **King Lion Hearth**, ubicado en el barrio Notting Hill. En un tranquilo sector de la ciudad.

—¿Por qué a mí? —era lo que se repetía con desanimo mientras hacía muecas frente al espejo— ¿Por qué a mí? —se preguntó mirándose enfurecida.

Concentró su mirada sobre aquel punto y observó con detalle la asquerosa boquilla de un color verde y amarillo... Una nueva espinilla a punto de hacer erupción decoraba su frente y se sumaba al reguero de acné juvenil que mancillaba su rostro...

—¡Demonios! —Exclamó Bernarda en voz alta dentro del solitario baño... era lunes de examen y la clase de Historia estaba por cerrar notas. Ella era una alumna modelo, llevaba la asignatura sobre cinco, pero no quería bajar su promedio, por tal motivo acudió a presentar la prueba.

Se miró fijamente al espejo y observó su rostro chupado y demacrado, con ojeras que se amplificaban debido a las gafas vidrio de botella de marco negro que debía usar, según el optómetra. También usaba *brackets*, además tenía las cejas pobladas y usaba un capul que cubría toda su frente...

Entonces se encogió de hombros, cerró los ojos y desanimada pensó en voz alta:

—Ayyyy, ¿Por qué a mí? —sopló hacia arriba agitando la melena de la capul y resopló de nuevo con los ojos llorosos...

Se sentía fea. Era consciente de su poca gracia. Pero su corazón era el más bello, era noble, era hermoso, si así es, Bernarda poseía un corazón hermoso, o por lo menos eso era lo que le repetía su madre cuando era niña.

En ese momento escuchó el timbre del campus que indicaba el cambio de clase... seguía matemática pura, con el profesor Flavio Henry, un maniático de los números que al parecer la odiaba tanto como sus compañeros de clase, quienes no podían dejar pasar un día sin hacerle la vida imposible...

Bernarda la flaca. Bernarda la parca. Bernarda tírame un hueso. Bernarda Esqueletor. Bernarda actuó en El Cadáver de la Novia, de Tim Burton. Bernarda es Betty la Fea. Bernarda es fea. Bernarda da asco, Bernarda la anoréxica. Bernarda debería estar en el salón de anatomía exhibida para poder practicar en ella.

«¡Te odiamos, Bernarda!» decía la nota que encontró doblada dentro de uno de sus cuadernos, el día de ayer.

Los estudiantes de último año la molestaban a diario acolitados por el profesor Flavio Henry. Su vida no era fácil en el campus y mucho menos en su hogar. Cuando tenía nueve años perdió a su madre debido a un cáncer en el páncreas. Ella era hija única y vivía muy feliz con su madre y padre. Luego su padre se volvió a casar con una mujer mucho más joven... apenas unos años mayor que ella, ahora la familia se había ampliado, dos hijos más de su padre, un niño y una niña, mellizos de 7 años de edad. Bernarda sentía que su madrastra y medios hermanos la odiaban. No la toleraban. Así que el bullying nunca terminaba. Después del infierno del campus le seguían las mazmorras infernales de su casa.

Bernarda se miró al espejo, se acomodó los lentes, y abrazó a su pecho los libros que descansaban sobre el lavabo...

—¡Vamos, Bernarda! —Se dijo frente al espejo—. Pronto finalizarán los cursos y el castigo terminará.

El timbre sonó por segunda vez anunciando el último llamado para iniciar clases.

Capítulo 8

AL DESNUDO

—Vamos, nena... tú puedes. Un pasito más, otro... ya casi llegas —su amiga Amanda le alentaba.

—No puedo hacerlo.

—Ya, Bernarda, parece que guiara el camino a una ciega. Entra a la jodida clase, si sabes que lo hagas o no, no dejará de ser una mierda.

—Oh, gracias por la esperanza, Amanda.

—No puedes negar que no soy tu amiga. Nosotras las perdedoras, simplemente tenemos que asumirlo —y le asestó un empujón hacia la clase para volver más simple lo que de antemano se sabía que sería un verdadero martirio.

Con el empujoncito de su amiga, casi se va de bruces hacia el piso, y sus gafas cayeron repentinamente sobre Bryan Carson, ni más ni menos que el popular.

Toda, absolutamente toda la clase comenzó a reír, Se sintió tan torpe que siguió su paso hasta su correspondiente asiento sin reclamar los anteojos, porque prefería ser miope, con estrabismo, o verdaderamente no vidente, que pedirle al impactante y descomunal Bryan Carson que le devolviera sus gafas.

Amanda se mordió el labio en un gesto de dolor porque se le había pasado un poco la mano en el intento de ayudarla, y al final, todo lo empeoró.

La clase no era más que un murmullo constante de risas. El profesor Flavio Henry, pidió silencio. Todos pasaron de él en ese momento. Era un buen grupete de adolescentes en plena edad de la idiotez, en el auge de las fiestas, alcohol, drogas, sexo, nadie quería saber nada con estudiar, menos con las asignaturas difíciles como Matemáticas, incluso contando con el apoyo y modus operandi del profesor Flavio Henry que todo lo permitía.

Bernarda intentaba observar y veía borroso. Al mismo tiempo, el guapo Bryan Carson, querido por todos, admirado por todas, cabello a la moda, totalmente acomodado con fijador, perfume francés y sensualidad hasta cuando se refrescaba los labios con su deliciosa lengua, sostenía un par de

espantosos anteojos de principios del siglo anterior.

Acercó más el rostro porque no lo podía creer... aquello que estaba en el medio, allí donde ambos se unían, ¿era pus? Parecían unos anteojos que fueron freídos en grasa antes de utilizarlos. Pero, qué más daba. Devolvería aquello antes de que le entrara la locura por lavarse las manos una y otra vez.

—Disculpa...pero...

—¡Uyyyyyyyyyyy!, —se desparramó el sonido al unísono, y comenzaron los comentarios.

«Bryan y Bernarda» «Anabella, ¿no es una dulzura? «Sus nombres comienzan con B» dijo Laura. «B de boba, de basura, de bazofia» Continuó Gina.

Las risas eran estridentes. Bryan sonrió de lado y cuando pensó en detener aquello con un «Ya, chicos», Amanda le arrebató los lentes de la mano y simplemente se los colocó a Bernarda.

Antes de que el chico volviera a su banco, Bernarda levantó tímidamente la vista y observó sus ojos. Se preguntó cómo la vida podía darle unas luminarias al rostro de alguien, y unos ojos chuecos y enfermos como los de ella a otros. Volvió la vista al libro, no sin antes notar como el chico limpiaba disimuladamente sus manos contra el pantalón del uniforme.

El profesor se dispuso a dar la clase, mientras por debajo de la mesa, todos se hablaban en aquel grupo de mensajería instantánea que mantenían descontando a Amanda, a Bernarda y también a otro personaje repudiado por la clase, un compañero al que llamaban German "Tos", un chico con un ligero trastorno mental, al que se le hacía difícil pronunciar algunas letras como la "S" y la "L" y mantenía una tosecita, una incómoda "Tos" constante.

Las risitas y miradas entre todos no dejaban disimular que alguna cosa se traían entre dedos, seguro algún helado contra el uniforme de Bernarda a la hora del recreo. Quitarle los libros y tirarlos desde el tercer piso, dibujarla en el pizarrón. Lo de siempre. Pero curiosamente, al finalizar la clase, todos salieron al descanso y nada extraño sucedió.

—¿No vienes a comer nada, Bernarda? —le preguntó Amanda.

—No, gracias. No tengo apetito —Amanda la observó interrogativamente. Sentía que no estaba siendo sincera, pero ella sí fue al comedor. Si bien era excluida y burlada, lo que tenía a favor que no poseía Bernarda era que ni usaba lentes, ni tenía acné. Tan solo estaba pasada de peso, pero

le tenía sin cuidado. Tenía un carácter más guerrero que su amiga.

La verdad es que Bernarda no bajó al comedor porque en su casa, por antiguas costumbres le obligaban a llevarse su vianda con el almuerzo preparado del hogar. No confiaban en la comida que brindaban los colegios. Preferían impartir perfectamente los nutrientes y calorías necesarias en un almuerzo. Su madrastra siempre le decía a su padre que los adolescentes comían todo tipo de chatarra y por eso luego o estaban obesos como esa amiga de Bernarda o estaban con la cara toda grasosa como su hija.

No había algo que le avergonzara más que tener que sacar la vianda y quedarse escondida en algún rincón mientras comía alguna tarta de zapallos, una manzana hervida, cosas que parecían la asquerosa comida de un hospital de enfermos del hígado. Por lo tanto, la mayoría de las veces, prefería escuchar todo el día su estómago rugir que ser la única que llevaba comida hecha en casa.

German "Tos" También comía solitario en el salón de clases, por tal motivo Berny era su única amiga, podían compartir en el recreo, pero para ellos no había recreo, solo había olvidado en medio del salón de clases...

—¡No te preocupes, German, Yo te ayudaré a hacer el trabajo de Matemáticas que nos ha dejado Flavio Henry.

—Sssss...si, Berny. Yo estaré muy fel... feLLLLliz —German blanqueó los ojos y miró hacia el techo mientras tocía—. ¡Cofff! ¡Cofff! ¡Cofff!

German le estaba contando algo que le sucedió de niño, pero Bernarda estaba sumida en sus pensamientos. En las ganas de que la tierra la tragara cuando las gafas cayeron sobre el más atractivo dios del Olimpo personificado como adolescente.

Decidió comenzar a buscar en su libro de Matemáticas la cantidad de hojas que llevaba el capítulo que debía estudiar, cuando de repente, una persona entró al salón y se sentó sobre su mesa.

—¡Esfúmate German! —ordenó el chico que llegaba con voz de macho, y el bueno de German no hizo otra cosa que obedecer al instante y se marchó dejando sola a Berny.

—Quiero que lo hagas conmigo... —tragó saliva de un modo que casi le ahoga. Está bien que fuera fea, flaca, con acné, con todo lo que le quisieran agregar, pero era humana y adolescente, por ende, las hormonas estaban siempre a la orden como para interpretar todo con un

solo sentido.

—¿Qu- qu- qué? —y en su torpe tartamudeo dejó caer un pequeño chorro de saliva sobre su libro, que aunque quiso cubrir, fue percibido incluso desde la luna.

—¿El trabajo de Matemáticas? En verdad necesito mejorar esta asignatura o mi padre me matará. Tú eres la chica más brillante de la clase, la única que estudia.

—Mira... Ahmm... este... Pues, Amanda... —sin que lo notaran, Amanda hacía un pequeño momento que se hallaba en la puerta ya que se había tragado su almuerzo para volver con ella y lo escuchó todo, por lo tanto comenzó a hacer ademanes que Bernarda no captaba.

—¡Bernarda! ¿Olvidaste que tengo cita con el fisiatra?

—¿Eh? —«Ve con él» le decía con mímica detrás del joven.

—¿Por favor? —dijo él, poniendo ojos de tierno gatito.

—Está bien.

—A las seis paso a recogerte a tu casa. Vamos a la mía que estoy solo y podremos estudiar en paz. En verdad tendrás que explicarme mucho porque voy muy atrasado —sonrió divinamente y Bernarda, casi que por darle un ataque cardíaco sintió que volaba.

Llegaron las seis, Bryan estacionó su descapotable Rolls-Royce Dawn. Los ojos de Bernarda atravesaban los cristales de sus anteojos ante aquel coche en el cual había venido a por ella.

Cuando llegaron a la gran casa de Bryan había un silencio perturbador. Subieron a su habitación y echaron los libros a la cama.

Bernarda había sugerido la mesa, pero él insistió en estar cómodos.

Mientras ella explicaba que en Matemáticas negativo sumado a negativo es positivo, que X podía ser sustituido por cualquier número, cosas básicas que debería ya tener más que claras, Bryan despacito le quitó los anteojos.

Le observó detenidamente y pudo notar que llevaba brillo de labios, aretes, perfume, y un atuendo ajustado aunque no había nada que rellenase aquellas prendas. Lucía dentro de lo que todos los días dejaba ver, ligeramente decente, por lo tanto sonrió de lado notando el empeño que puso en verse bien para él. «Después de todo eres una pillina tú

también. Vienes a la cueva del dragón tú solita.» pensó.

—Bernarda, mi inteligente Bernarda. Ahora que estamos solos te diré que si algo me gusta en las mujeres es que sean inteligentes... es algo que me pone, disculpa mi léxico, pero necesito ser honesto, no sé mentir... me pone cachondo —ella se sonrojó a más no dar.

—Gracias por lo de inteligente. Quizá es el único cumplido que he recibido en mi vida.

—Ah, debes ignorar a todos. ¿Quiénes son ellos? Nada. En cambio yo... ¿No soy acaso el que todas desean?

—Pues no hay chica que no te vea... es cierto.

—¿Y tú, me ves? —se echó de lado en la cama y abrió su camisa. Bernarda comenzó a sentirse acalorada y extremadamente nerviosa. ¿Qué era todo aquello? Dios... iba a morir.

—Te... veo, sí... ehm.

—Sh, sh... No digas nada —llevó un dedo a su boca y le acarició los labios. Luego los deslizó rápido por la mejilla para tocar la menor cantidad de acné posible. Rozó su cuello y la joven suspiró.

—Deberíamos seguir estudiando, Bryan...

—No lo arruines, por favor. Estoy deleitado por ti.

Las mariposas en el vientre se encendieron. La primera vez que un chico le decía algo así y se portaba de ese modo. La hizo sentir bella. La hizo sentirse deseada y desear.

Pero comenzó una guerra interior en donde se debatía qué hacía el chico más deseado queriendo estar con ella. Si sería cuestión de que la soledad de la casa le hizo tener aquella idea, pero sin duda no era ella. Pues, ¿qué podía llamarle la atención? Que es inteligente había dicho... Pero, cuando tocara su rostro, o besara sus labios, ¿podría la inteligencia vencer al asco?

Entre el deseo y las ganas de conocer, sentía a la vez ganas de llorar por sentirse maldita. Ella se sentía como su propio castigo, lidiar con ese rostro, ese cuerpo. Qué importaba ser inteligente, si en el mundo se ganaba más siendo bonita. Pero... solo Dios sabía que no quería rechazarlo y hacer que Bryan, que había sido tan amable, se sintiera incómodo.

La danza de los dedos del muchacho sobre la piel debajo del cuello de la chica continuó hasta que la camiseta se abrió y él se quitó la suya.

Desprendió su sujetador y bajó por el cuello, lamiendo sus pequeños senos, pero firmes y excitados.

Por más pocos atributos que la joven tuviera, el muchacho mostró una erección que no iba a ceder sola. Tomó la mano de Bernarda y le hizo conocer lo que tenía allí para ella.

Bajó a besos por su vientre, hasta que la tuvo allí, en bragas. Él continuaba en jeans, tan solo sin camiseta. Rozó apenas su entrepierna con los dedos y sacó casi que un manjar blanco espeso de pura excitación de años acumulados, de deseo sexual ardiente, de lubricación como para embadurnar todas las cintas de correr de unos cuantos gimnasios.

—Dios, ¿estás preparada para recibir todo mi miembro? Está grueso y duro. ¿Lo deseas?

—¡Aish! —respondió apenas audible.

—Dime que lo quieres. Dímelo de modo procaz, eso me pone loco, por favor.

—Lo...lo... qu... qui... quiero.

—Desinhíbete. Dime que quieres que te lo haga, que te llene toda, que grites mi nombre —ella temblaba. No podía soltar la rigidez de su cuerpo aunque aquello se sintiera bien. Pensaba en sus notorias costillas, en sus huesudas piernas, en cómo se vería su pelvis con esos huesos saltones que no podía disimular. Pero no quería defraudarlo.

—Ppp...Pppon...lo aquí —soltó el rostro de Bernarda que sujetaba mientras le exigía que le pidiera su miembro y se puso de pie.

—¿Escucharon eso, chicos? Por favor, hagan una toma de este cadáver vivo echado en mi cama. Tendré pesadillas esta noche. Dios, voy a lavar mis manos.

Comenzaron a venir a la habitación con cámaras de video, con celulares de última generación filmando, tomando fotos, todos, absolutamente todos, los del grupo de clase, excepto Amanda y German.

Anabella y sus acólitas, Laura y Gina, habían preparado todo aquello ante el asco que le tenían a Bernarda. ¿Justificación? Pues la vil envidia. Se preguntaban por qué a una chica que era tan espantosa tenía que irle tan bien en el instituto, cuando ellas tres eran hermosas, lo tenían todo, solo necesitaban tener las mejores notas para ser algo así como las reinas del campus.

A Bernarda le costó reaccionar. Había echado su cuerpo en la cama y entregándose al placer, por lo cual, cuando notó todo, comenzó a taparse y a llorar.

«Vístete, espantapájaros», «Vete a la morgue, zombie» «¿Cómo pudiste creer que le excitas a un hombre tan bonito?» «¿Y sus tetas a dónde se han ido?» «Al mismo sitio que su culo» y estallaban las risas.

Salió corriendo, así, desnuda, abrazando su ropa, con tan solo sus bragas puestas. No le importaron sus libros, nada. No le importaba que la vieran en la calle igual, pero debía salir de ese lugar.

Por fortuna encontró un arbusto donde vestirse rápidamente, y tras correr varias cuerdas hasta perderse, caminó con un paso torpe como si hubiese recibido la peor paliza de su vida, y es que así había sido, porque sabía lo que ahora vendría. Ella difamada por todas las redes. Videos, fotos, por todo el instituto, incluso podrían llegar a su casa por correo postal, no dudaba de nada. Pero lo que peor la hizo sentir fue que por un momento había rozado el cielo sintiéndose deseada.

El desear, permitirse sentir a un chico y más a uno que era tan atractivo. Fue la peor paliza de su vida sí, paliza emocional y psicológica, de esas que no es simple recuperarse.

más que silencio.

—¿Ber?

—Yo... yo...

—Dios, ¿te sucede algo? Tu voz se oye horrible.

—Necesito que vengas a Ladbroke Grove... hay un cartel enorme que es todo lo que puedo distinguir. No sé volver.

—¿Pero qué pasa? ¿Por qué estás perdida?

—Bryan Carson... ¿lo olvidas?

—Oh, no. Bernarda dime que estás bien. Que no estás herida.

—Sí, sí lo estoy. Profundamente herida. Por favor, ven y ayúdame —soltó el móvil y su amiga Amanda tomó su coche para salir a toda velocidad a buscarla.

En casa de Amanda...

—¿No me estás mintiendo, no? ¿No abusó de ti, o algo así?

—No miento. No se abusa de lo que te da asco. Ya te lo conté todo. Por favor, entra a las redes, busca si ya han subido los videos. No volveré a casa si es así.

—Pero debes volver. Eres menor de edad, Ber... Te darán por perdida y se volverá todo un caos. Puedes explicar la situación a tu padre.

—Amanda...—Resopló Bernarda y se llevó las manos al rostro para ocultar su tristeza—. ¿Qué puedo explicar? No hay nada que justifique que su hija se dejó llevar porque tenía ganas de hacerlo. A él no le importará la broma, sino que ya estoy metida con tipos. Y más aún con esa perra de Sandra que solo sabe afirmar o negar siempre en mi contra. Algunas veces creo que me la envió el Diablo para joderme la vida.

Amanda se dispuso a entrar a las famosas redes sociales, incluso la que era parte solo del instituto.

«Lo...lo... qu... qui... quiero. Ppon...lo aquí...» el video ya estaba incluso editado, dejando sonar *Sexy Back* de Justin Timberlake, mientras la imagen retrocedía y volvía, una y otra vez, repitiendo las palabras de excitación agonizante. Y el pequeño movimiento pélvico que realizó en ese instante, queriendo entregar su entrepierna al emblemático Bryan Carson,

dejando en manifiesto que quería ese miembro.

Amanda deseó bajar el volumen a tiempo, saber mentir, pero no pudo. También se llevó sus manos a la boca para ahogar un sollozo. Después de todo ella también había caído en el engaño de creer que aquel denso bonito se fijaría en una chica a la que todos consideraban perdedora. Quiso llorar por su amiga. Pudo entender cómo se sentía en todo aspecto. En querer sentirse amada, en sentir deseo, en estar atraída por un chico lindo, en la humillación que vivió, en el desprecio de tantos años, en el acoso constante injustificado y sobre todo, esa situación de difamación que debería incluso ser sentenciada a nivel legal, porque esta vez todos habían cruzado un grueso límite.

De momento lo que más le preocupaba es que el peor límite lo cruzó Bernarda. Porque estaba destrozada. Aun así, debía hacer frente a todo, porque ni podía dejar de vivir en su casa para que no notaran su dolor, ni porque estaba harta o para que no se enteraran, ni podía dejar de asistir a clases.

Le dejó descansar luego de llorar a mares por lo del video y fotos que observaron juntas. Fotos de sus senos que revelaban los infames compañeros de clase que gozaron ocultos en armarios y ventanas, desde donde grababan y fotografiaban la humillante escena. Fotos con carteles, emoticonos y flechas que señalaban y ponían; «Tetitas de cadáver». Otra de su trasero flacucho que decía: «¿Acaso tiene las piernas prolongadas hasta la cintura?» «Chicos, ¿cuáles son las únicas montañas invisibles? El culo de Bernarda», «Seguro que no puede ni usarlo para cagar de lo escuálido que es» y la peor de todas... Una foto de ella metiendo la mano en la entrepierna de Bryan, obvio conducida por él, que en tamaño papel tapiz y con un título en rojo fuerte ponía: «Puta hambrienta».

Luego de toda esa gran elaboración maquiavélica, y tras dejar que la digiriera, Amanda le ayudó a lavarse el rostro, le preparó la tercera taza de té de Manzanilla con hierbabuena... y la acunó en sus brazos consolándola...

—¡No, no les des la dicha de verte destruida! eso nunca Ber... nunca.

Bernarda no dijo nada, solo podía sollozar y abrazarla, abrazarla y sollozar...

Pasado un rato, Amanda la dejó en su casa.

Allí le esperaba un dolor de cabeza monumental...

Era la hora de la cena. Los mellizos se tiraban con comida, gritaban sin control en la mesa, esos dos eran sin lugar a dudas los amos y señores del comedor, su madre con la cabeza repleta de rulos intentaba que le

hicieran caso, pero pasaban de ella. El padre de Bernarda ignoraba todo con una envidiable tranquilidad, como si viviera en otro mundo, y se disponía a leer el periódico. Y entonces, ella hizo su entrada.

—¿Te crees que estás son horas de llegar? —hacía ademanes sosteniendo la palita de madera con la que revolvía la salsa para *spaghetti*.

—Yo... tuve que estudiar —cabizbaja y ruborizada. Siempre con un andar sumiso, respondió Bernarda.

—Mira, Jordan, ahora le llaman estudiar al llegar casi a la hora de la cena —el hombre bajó el periódico y echó una mirada por encima de este, mientras su esposa esperaba, armada con la pala del *spaghetti*, para que diera una reprimenda a Bernarda.

—¿Qué le sucedió a tus anteojos? ¿Dónde están?

—Se me han perdido —acto seguido dobló el periódico y lo dio contra la mesa. Los mellizos repletos de comida por doquier se sobresaltaron y quedaron totalmente quietos.

—Tú... ¿No eres lo suficientemente mayorcita para poder entender los sacrificios que hago por esta familia?

—Sí, pap....

—¡Cállate! ¡No me interrumpas! Contesta cuántas horas me ves aquí en el día reposando para que tú y tus hermanos estudien y mi esposa pueda encargarse de la casa. ¿Sabes cuántas? Nada. Solo en la cena. Porque para poner esa cena que estos macarras ahora desperdician, o para pagar anteojos que parecen salidos de la edad media, de profesor chiflado como los que usas, o para que esta otra tocapelotas esté revolviendo el spaghetti y chillando, interrumpiendo mi lectura todos ustedes, me rompo la vida el día entero, en un trabajo de mierda, en una porquería de cargo.

El hombre intentó controlarse, no quería que su furia saliera por completo, así que respiró profundo, se encogió de hombros y comenzó a mover los dedos trémulos como en una especie de terapia...

—Trata de buscar esos anteojos incluso con el plantel de perros de la policía porque de no ser así, vivirás como una ciega —su esposa estaba boquiabierta porque por aquella zorra malnacida de Bernarda, que seguro venía de pagar para que le comiera el coño algún cura célibe y repleto de lujuria, ahora su esposo también desquitaba contra ella y sus legítimos hijos. Ellos que tenían derecho civil y divino de ser más familia por estar casados, la única «media algo» era simplemente esa flaca deforme,

anoréxica y granosa. Quería matarla.

— ¿Pe... pero papá?

—Vete a tu habitación. No quiero verte la cara.

Al entrar a su recámara lloró de modo descomunal. ¿El día no podía ser peor?... Quizá sí.

De repente su puerta fue golpeada como si del otro lado estuviese Michael Myers desesperado por matarla:

—¡Bernarda, abre la puerta!

Los inquietos y demasiado adelantados hermanitos de la chica, estaban aporreando el buzón de correspondencia, cuando encontraron una foto impresa de Bernarda metiendo la mano, con sus pequeñas tetitas de mona, en un chico cuyo rostro habían recortado, y un círculo que encerraba tal acto, disparando una flecha que decía: «Berny tiene hambre».

Para los mellizos insoportables aquello fue como sacar la lotería antes de tener que ir a la rutina de cepillarse los dientes y dormir. «Mami se pondrá muy contenta» dijeron al unísono y corrieron con el papel en la mano para enseñárselo.

Bernarda estaba asustada. No quería abrir. Apenas asomó su cabeza y vio la cara de su padre, y detrás de ellos Sandra y los mellizos con los ojos expectantes de un gran espectáculo... y sin duda que lo fue.

La presión del desgaste típico de la vida y de la rutina, más un martillito constante que golpeaba su cabeza llamado Sandra, había vuelto al padre de Bernarda un desconocido de aquel que vivía junto a ella y su madre biológica.

Aquel día quedaría más que claro, y ojalá nunca hubiese sucedido, por el bien de todos, porque una marca física, al tiempo se cura, pero una emocional, sangra toda la vida quizá, lo que sí es verdad es que ambas dejan cicatrices que nunca más pueden dejarse sin reparo.

Empujó la puerta con el cuerpo de la chica y esta cayó golpeándose la cabeza muy fuerte contra el borde de su cama.

—¿En estos pantalones se cayeron tus anteojos? ¿Así lo podías ver mejor?

—Puedo explic... —¡Paf! ¡Paf! ¡Paf! Continuaba el ruido de cada bofetada en la boca que le asestó papá, para que dejara de hablar y no negara lo

innegable. No midió su fuerza, olvidó sus *brackets* que se clavaron a su labio superior y le hizo sangrar.

—No dejes de golpearla querido. Es una guarra. Mira lo que han tenido que encontrar nuestros niñitos —los mellizos contenían las ganas de reír, y simulaban un rostro de sufrimiento.

Cuando papá se daba vuelta para continuar con el castigo el niño buscaba la mirada de Bernarda y se reía, empuñaba su manito y levantaba el dedo anular llevándoselo hasta la garganta para simular como se degollaba, un gesto de muerte ante su media hermana, un gesto que la niña y la propia Sandra disfrutaban a más no poder.

El padre solo atinó a cerrar la puerta porque al grado de vergüenza, desconcierto, rabia y todo lo que sentía, terminaría como el poseído de Amityville: los mataría a todos.

—Basta, padre, por favor —balbuceó escupiendo sangre por los cortes que produjeron los *brackets* dentro de su boca. Me duele. Me duele y no sabes cuánto.

—Solo una cosa sé... si tu madre ahora viniera de su tumba no podría creer que esta zorra de la foto sea su hija. Eres una guarra. Todo el vecindario se fijará en ti, y sobre todo, me observarán a mí, a Sandra, cómo es que tenemos una hija tan puta. Ofreciéndose a hacer fotos de este estilo. Das asco. Toda tú. No puedo creer que seas mi hija. Sin duda, la muerte de tu madre y tú son los peores castigos de mi vida.

Bernarda, emitió un grito sordo, y el padre se quedó mirándola con la mano en alto...

—¡No! Duele. Duele aquí —señaló su pecho—. ¿Por qué nunca nadie está de mi parte? ¿Por qué tú como padre no me preguntas qué pasó antes que creer que tu hija es así? Me has reventado la boca, tú que no quieres pagar nada más. ¿Olvidas que también crecí deforme de dientes? Creo que has aflojado mis *brackets*. Yo no he hecho nada. Eres un sumiso que dejó de creer en su hija...

—¿Qué soy un qué?

La levantó del piso y la dio contra la pared. Tomó de su tocador todos los productos antiacné y los destrozó y echó al inodoro.

—¿Por queeeeeeeeeeeeeé? ¡No! Es mucho... es mucho.

—Sí, es mucho para ti. Es mucho lo que te he dado. Lo que te hemos dado, porque hasta Sandra se encarga de ti y no tiene por qué. Ahora sabrás vivir con respeto. No necesitas aliviar el acné cuando no tienes

respeto por ti misma. Sigue así, fea y grasienta. Sigue luciendo por fuera como eres por dentro —abrió la puerta y se fue dando un buen golpe.

En esa noche fría, ninguna estrella se asomó en el firmamento, inclusive la Luna quiso permanecer desapercibida oculta en la negrura del espacio...

Ratito después, seguía tirada, apenas sujeta a su cama. Su boca aún manaba sangre. Sandra asomó su rostro apenas abriendo la puerta y con un gesto totalmente triunfante y soportando el no largar una carcajada, le preguntó en tono burlón:

—Linda, ¿deseas comer? —difícilmente podría hacerlo y por muchos días. Por la ruptura que le proporcionó su padre y por la falta de ánimo. Solo quería morir en ese momento. Debería haber arrojado un cuchillo filoso, darle veinte puñaladas y aun así sería poco, pero simplemente quedó viendo el vacío y no respondió. Al fin, soltó una pequeña risilla y volvió a cerrar la puerta.

Durante toda la noche Bernarda no paró de quejarse de los dolores corporales. Comenzó a temblar por fiebre. Buscó en su closet, pero no tenía nada para tomar. Así, sucia, ensangrentada, así durmió, así siguió llorando.

Así cuando por momentos abría los ojos lo primero que llegaba era el dolor que le recordaba que fue cierto, y las risas, los insultos, de la mala trampa que le tendieron cuando creyó que haría el amor por primera vez con un joven que solo tenía bonita su figura, pero al final era tan cruel o peor que el resto. Resonaban los insultos de su padre, sus arrebatos, la risita de la maldita hija de puta de su madrastra, el impertinente sonido de sus hermanos pone quejas, y esa actuación fenomenal que dieron junto a su madre, mostrando que ella era insana y les quitaba inocencia con su mal ejemplo.

No quería volver a salir. No quería estar allí. Y en Amanda no encontraba consuelo. En los libros tampoco. En su autocompasión solo se iba descomponiendo... entonces tuvo una brillante idea: ¿De qué modo podría mostrar que se había cruzado un límite demasiado grueso? Una auténtica demostración para todos, porque excepto Amanda y German, todos se portaron como cabrones.

Ardiendo en fiebre, tomó su ordenador y comenzó a buscar muchas cosas. Sobre *bullying*, sobre autoayuda, pero toda la información se limitaba a recomendar contarles a los padres o visitar centros especializados, donde psicólogos y docentes en el área del libre desarrollo de la personalidad les podrían ayudar...

La idea no le cayó en gracia a Bernarda, ella no quería que nadie más se enterara de su miserable vida y todo lo que debía sufrir... meneó la cabeza de un lado al otro y se disponía a cerrar la tapa de su ordenador cuando vio una imagen que le robó la atención...

Se trataba de un anuncio cristiano o católico o adventista ella no sabía, pero lo que decía el anuncio la dejó pensativa:

¡No lo olvides!

¡Solo se vive una vez!

La reencarnación es mentira

Jesucristo murió y no reencarnó

No te dejes engañar...

¡Solo se vive una vez!

Bernarda se limpió las lágrimas... tomó aire, y recordó a su madre muerta, cuando la peinaba de niña, juntitas con los pies cruzados en la cama, hablando y riendo mientras mamá deslizaba el peine por su cabello dorado... entonces recordó una frase de su madre: «¡Solo se vive una vez, cariño, no la desperdicies!». Entonces volvió los ojos a la pantalla del ordenador portátil y parpadeó en repetidas ocasiones... cerró la publicidad religiosa y rápidamente abrió una diapositiva guardada en documentos... la pantalla del ordenador se iluminó con un letrero en Power Point que decía: «Los Indomables» **LA IX LEGIÓN HISPANA.**

Se trataba de su trabajo final para el área de Historia...

Ella no lo podía negar, siempre sería una nerd y no importaba que estuviera humillada, golpeada, denigrada siempre tendría como pasión la historia del hombre, el misterio de las civilizaciones, en especial la vieja República Romana, de donde partió casi todo lo que el mundo es hoy en día... Las leyes, la medicina, la arquitectura, el arte... Pero Bernarda, sentía particular admiración por la **IX LEGIÓN**, los guerreros de la vieja república, más valientes, y temerarios que el mundo presencié, se decía que descendían de los propios espartanos y que ningún ejército en aquel tiempo les podría hacer frente...

Abrió otra diapositiva que mostraba el emblema de la **IX LEGIÓN**: El número IX en romano, con la inscripción **SPQR**, y en letras pequeñas decía **HISPANIA.**

La chica respiró profundo y se llevó la mano derecha para acariciar su tobillo izquierdo...lo acarició despacio, sin prisa y entonces pensó para sí

misma...

«IX LEGIÓN, HISPANIA»

«Quiero ese tatuaje conmigo. Quiero ser una ganadora. No dejaré que nadie me atormente la vida... No lo permitiré mamá, no lo permitiré.»

Entonces se levantó de la cama, caminó hasta el espejo de tocador en su habitación y se miró fijamente...

—¡Eres fea Bernarda!

—¡Eres ingenua!

—Todos se aprovechan de ti

—Nadie, nadie te quiere...

—¿Dejarás que te pisoteen?

Bernarda hablaba fluidamente frente al espejo como si en realidad sostuviera un diálogo con alguien, ella estaba absorta, sin tiempo ni espacio...

—¡Debes cambiar de vida Bernarda o no sobrevivirás!

—Debes ser como los soldados de la Novena Legión ¡Indomable! Así debes ser.

La nena se dio la vuelta y caminó decidida hasta su armario... sacó el cofre de sus ahorros y contó trescientos cuarenta y cinco dólares, los ahorros de toda su vida... entonces alcanzó el móvil y le marcó a Amanda...

El teléfono timbró tres veces:

—¡Hola, Ber! ¿Cómo lo tomaron tus padres?

Bernarda carraspeó para responder:

—Mal —dijo.

—¿Te han hecho daño? —preguntó Amanda, algo exaltada.

—Ya nunca más me harán daño, nunca más... —respondió cortante Bernarda...

—¿Qué? ¿Los mataste? ¿Qué has hecho, Ber?

Bernarda gruñó por el teléfono: —¡Amanda, no molestes, claro qué no!

Se escuchó un silbido de descanso en la otra línea...

—Quiero que me acompañes mañana a hacerme un tatuaje.

—Pero que dices, niña ¿Cómo que un tatuaje?

—Sí. Desde mañana seré otra —respondió con contundencia Bernarda.

—Vale, Ber... sabes que cuentas conmigo. Mañana vamos, pero de seguro tu padre te castigará.

—Eso no será problema, me volaré. La vida es solo una, no lo olvides, Amanda —le respondió la chica.

Cortó la llamada y se metió bajo las sábanas, cerró los ojos y susurró:

—La vida es solo una... descansa Bernarda, mañana será otro día.

Capítulo 10

LA MARCA

Los primeros rayos del sol se colaban por la ventana golpeando en su rostro fusionado con la almohada blanca de plumas...

Arrugó el ceño y bostezó dos veces... miró el reloj despertador, 8:30 a.m. marcaba en números rojos. Su padre ya se había ido para el trabajo, los mellizos ya habían desayunado y el transporte escolar ya los había recogido... y Sandra, Sandra, Sandrita estaba en su clase de aeróbicos en el Gimnasio, a veinte minutos en coche.

Lo cierto era que a nadie de su familia le importaba. Ellos continuaban con su vida sin que les afectara lo que pudiera pasar con ella.

A veces pensaba que le hubiese gustado tener un hermano bravucón que la protegiera de todos los que le hacían daño. O soñaba con tener un héroe enmascarado como *Tuxedo Mask*, en el popular anime de *Saylor Moon* que siempre aparecía para proteger a Serena de las fuerzas del mal.

—Basta de fantasías, Bernarda. Estas sola y sola debes luchar —se dijo en voz alta, mientras estiraba los brazos de este a oeste enseñando un largo bostezo.

—¡Hora de levantarse! —le habló a la nada.

Por suerte era viernes, la semana escolar terminaba y daba comienzo al fin de semana. La buena de Amanda faltaría al colegio y la recogería en el parque, justo a dos manzanas de su casa.

Organizó de prisa la cama. Se paró firme, mirándose al espejo, caminó hasta el equipo de música y lo encendió, luego programó la memoria USB, y buscó la canción de ZAZ, *Je Veux*. Y comenzó a seguir la letra en francés, la cual pronunciaba demasiado bien...

Se miró al espejo y se vio en short, y top, el top le tapaba los pequeños pechos que aun parecían en formación. Su cuerpo no estaba tan mal, solo debía aumentar un poco de peso. Se puso de lado e intentó parar la nalga, hizo su máximo esfuerzo, pero era inútil, caderas no tenía; sin embargo, cuando estaba a solas le gustaba hacer ejercicio... De inmediato se hizo una moña en el cabello y se dejó caer sobre la alfombra de su

recamara para hacer flexiones...

Mientras bajaba a tocar la alfombra con sus pechos y subía con sus manos, una y otra y otra vez, seguía el ritmo de la canción de ZAZ, ese grupo callejero francés que ha descreestado al mundo con su música. A ella en especial le encantaba esa canción: *Je Veux*, porque habla de rebeldía, de romper esquemas, de libertad, de felicidad, de reinventarnos como personas y disfrutar de la vida.

Tarareaba la canción y ya iba por la flexión veinticinco...

Su frente barrosa comenzó a empañarse, una pátina de sudor brillaba en su rostro. A pesar de todo lo malo que ocurrió en la noche anterior ella no estaba deprimida, por el contrario sentía una energía en su interior que la invitaba a salir y devorarse al mundo. Eso fue lo que le prometió el día de ayer al recuerdo de su madre, que surgió de la nada para consolarla. Entonces había llegado el momento de romper esquemas y dejar salir a la nueva Bernarda, nadie más la maltrataría y como símbolo de su fuerza y firmeza se haría el tatuaje emblemático de los legionarios... los soldados más fuertes del imperio más fuerte que existió en la faz de la tierra, la **IX LEGIÓN HISPANIA**, "Los Indomables".

—Treinta...

—Treinta y uuuno...

—Treinnnnta y doooooos...

Repetía mientras subía y bajaba apoyada en sus brazos...

La ducha fue rápida. Se vistió de vaqueros, Converse y chamarra de chompa... bajó las escaleras hasta el primer nivel y buscó en la cocina un puñado de galletitas dulces, las envolvió en una servilleta y se las echó al bolsillo de la chamarra. Salió de la casa por la puerta principal sin importar el castigo que su padre o Sandrita le impusieron, cerró la puerta y salió en dirección del parque.

Allí estaba Amanda en su pequeño coche, esperándola, pero no estaba sola, Morgan estaba con ella, un imponente pitbull color humo, de ojos verdes que descansaba en el asiento trasero... cuando vio acercarse a Bernarda tensó las orejas y meneó la cola de lado a lado...

Ella abrió la puerta del coche y lo besó...

—¡Eres el perro más hermoso del mundo!— Y le dio las galletas que tomó de la cocina. Amanda sonrió y la abrazó...

—Qué bueno verte, amiga. Imagino que fue una noche dura.

—El pasado es pasado —respondió Bernarda y agregó—: lo que importa es el hoy, y sabes qué amiga, los golpes de la vida me han ayudado a comprender una verdad del universo...

—¿Así, cual verdad?— interrumpió Amanda.

Bernarda, la miró sonriente, aunque su boca lucía hinchada por las heridas que su padre le provocó debido a las bofetadas de la noche anterior, entonces le respondió decidida:

—¡Solo se vive una vez! Mi madre tuvo una vida y la mitad de su desgraciada existencia la pasó postrada en una cama, debido al cáncer, y papá ha pasado la mayor parte de su vida trabajando y conquistando a la bruja de Sandra, porque se sentía vacío, sin amor, tratando de olvidar el recuerdo de mi madre, entonces era el alcohol o una bruja...

En ese momento volvió a interrumpir Amanda, esbozando una sonrisa:

—Ahhh, ya veo y prefirió a la bruja— y soltó una risotada...

Bernarda también sonrió y respondió:

—Sí, él prefirió a la bruja.

Ambas se quedaron en silencio.

Y fue Bernarda quien tomó la palabra de nuevo:

—Veras, amiga, yo no quiero esa vida para mí, no quiero el desgraciado destino de mis padres, yo lucharé y desde hoy seré otra.

—Y entonces por eso te harás el tatuaje de la **IX LEGIÓN Romana** de Aureliano...— interrumpió de nuevo Amanda.

Bernarda se rio.

—Oye, no es así, el emperador Aureliano fue mucho antes de crear la Novena Legión. Si no estudias reprobarás Historia...

Amanda sonrió:

—Eso jamás, para eso te tengo a ti.

Bernarda se revolvió en el asiento del pasajero y comenzó: —Recuerda, Amanda, que fue el glorioso general Neo Pompeyo quien creó la novena legión para que sirviera bajo el mando de César. Si no estoy mal era el

año 65 a.C., verás por aquel entonces...

—Sí, sí, sí— interrumpió Amanda— lo que digas amiga, ya entendí. Bueno en marcha, vamos al centro comercial de Carnaby Street, allá fue donde mi prima se hizo un tatuaje de mariposa en la espalda y le quedó hermoso.

—Vale— respondió Bernarda.

El local 309 exhibía la cara de Kratos, el dios de la guerra de la *Play Station* en sus paredes de vidrio. Olía a incienso y un poco de marihuana, había una pequeña sala de espera con revistas de farándula, revistas de fútbol que hablaban del Manchester y la liga premier y también había un libro de tatuajes para hacer antojar a los acompañantes.

De pronto un tipo rudo, de aproximados 1.95 de estatura salió a atenderlas...

—Hola, bienvenidas chicas — saludó el hombre— me llamo Ryan y este es mi espacio.

—Hola, Ryan, respondió Amanda, mientras Bernarda repasaba el local con la vista.

Ryan usaba un chaleco destapado, sin camisa por debajo, tenía unas manillas metálicas en las muñecas, vestía de jean desgastados y rasgados a la moda, y calzaba botas de cuero que por lo menos valían 1000 libras. Una cresta de cabellos puntiagudos salía de su cabeza, y una barba frondosa que pintaba algunas canas le daba un toque de bohemio, metalero e intelectual.

Su sonrisa era perfecta.

—¿Para quién es el tatuaje? —preguntó el tatuador.

Bernarda sonrió con timidez...

—¿Has traído un bosquejo propio, o prefieres escoger del libro que *tattoos* ?

—He traído mi propio diseño, pero más que un dibujo es un emblema...

—Vale. Dejadme ver.

La chica le enseñó el diseño que había hecho en una hoja blanca de cuaderno.

Ryan arqueó las cejas y dijo sin pensárselo:

—¡Vaya, la Novena Legión Romana, al servicio de César! —entonces miró a Bernarda y le preguntó con el ceño arrugado—: ¿Y por qué deseas hacerte este tatuaje? Me refiero a qué es más común que los hombres se hagan esta clase de emblemas, no una niña como tú... o ¿Acaso eres un chico? —Ryan enrojeció—: Oye, discúlpame es que la chamarra no deja ver bien si eres él o ella... por favor, discúlpame... yo...

—No digas más, buen hombre— le respondió Bernarda, mirándole con el rabillo del ojo, comienza con el tatuaje por favor...

Ryan la volvió a mirar... sonrió y dijo:

—Oye, niña, ¿estás segura de querer hacerte esto?

—Sí.

—¿Segura? —cuestionó el tatuador nuevamente.

—No has escuchado las historias que se rumoran acerca de esta legión en aquel tiempo.

Bernarda lo miró con atención...

—Mira, niña, piénsatelo bien, soy un ser que creo mucho en las energías... y los soldados de la novena legión eran los más fuertes del imperio por aquel entonces, y por el hecho de ser los más fuertes eran enviados siempre a batalla, a solucionar problemas, entiendes, eran enviados a asesinar a quien estuviera en desacuerdo con Roma. Dicen que esta novena legión desapareció de la faz de la tierra sin dejar rastro. Cinco mil legionarios se esfumaron sin razón—. Ryan movía las manos mientras narraba los hechos —¿Eso no te parece aterrador, niña?— Pero fue interrumpido por Bernarda, quien le señaló la silla de tatuajes muy decidida...

—Bien— dijo Ryan— Vale, acomódate. ¿De qué tamaño lo quieres?

Las agujas comenzaron a manchar las primeras dos capas de la piel... Bernarda, cerraba los ojos, quería pensar que el dolor producido por las agujas era una especie de expiación por lo tonta que había sido siempre. Debía pagar muchas culpas por ser tan tonta. Pero también pensaba que después del dolor que siente se renovarían para siempre.

Pasado un rato.

Ella salió caminando con el tobillo derecho forrado en plástico

trasparente...

—Mira, niña, debes echarte este ungüento para refrescar e hidratar la piel pintada. Hoy es viernes, debes regresar el miércoles de la próxima semana para chequear como salió todo.

Ella asintió feliz...

Ryan le dio una galleta a Morgan:

—Buen perro, buen perro— dijo.

Amanda la llevó a casa...

La dejó en la puerta y aceleró el coche... no quería presenciar el regaño, pobre Bernarda lo que le esperaba.

La chica abrió la puerta de la casa pero para su sorpresa no había nadie. Nadie la esperaba siquiera para regañarla. Entonces subió las escaleras, abrió la puerta de su habitación y se desplomó sobre la cama... se quedó mirando al techo y sonrió para sí misma...

«Ahora soy una guerrera.»

«Soy una triunfadora.»

«Pertenezco a la legión de los "Imbatibles".»

«Creo además que soy la única mujer de la legión. En aquella época la mujer no podía pelear para el ejército Romano.»

«¡Te prometo mamá, que nadie más se burlará de mí!»

De pronto, alcanzó su teléfono móvil. Desde ayer no lo quería mirar, sabía que estaría plagado de videos, memes, insultos, burlas, burlas y más burlas. Efectivamente así fue... 205 mensajes la mayoría de contactos que no tenía agregados a su móvil...

«Hola perrita, querías que te la clavarán, eh»

«Que tristeza de cuerpo. Solo te queda llorar»

«Jesucristo clavado a la cruz lucía mejor que tú, fea»

«Te hubieran filmado cuando se lo chupabas... hubieras quedado parecida a un zancudo succionando»

«Acné, Brackets, gafas, anorexia... eres una tonta... como creíste que Bryan Carson se podría fijar en ti.»

Bla, bla, bla...

La chica tiró el móvil a un costado de la cama y se acostó en posición fetal. El sueño de la tarde la fue venciendo, se sentía fatigada, los ojos le pesaban de tanto llorar y el cansancio la domó...

En ese momento sintió una delicada mano que le acarició el rostro, era como, como la caricia de mamá...

De pronto, escuchó un lamento tenebroso y aturdidor... un grito de furia: *iRoma Victoriaaaa!*. Luego las suplicas incoherentes de centenares de personas, por salvar sus vidas se agolparon en su cabeza...

—*iNo me mates! iNooooo!*

—*iPiedad!*

—*iPiedad!*

—*iBrujería!*

—*iMaldito Demonio!*

—*iNooooooooo! iJúpiter defiéndenos! iJuno sálvanos!*

—*En nombre del poderoso Marte, imuere Demonio!*

Se llevó las manos a los oídos para cubrirlos, pero fue inútil, continuaba escuchando en su mente las suplicas de la gente que pareciera que libraban una terrible batalla.

De pronto las imágenes la atacaron de golpe:

Jinetes con armaduras tan brillantes como las estrellas, cabalgaban imponentes bajo el estandarte de la novena legión del águila.

Una tempestad de espadas chocando y sacando chispas en el campo de batalla... Sangre. Muerte. Miedo. Dolor... hombres y mujeres de ropas

harapientas armados con palos, piedras y espadas.

Gente envuelta en llamas.

Vio a un hombre mutilado de los brazos llorando en el fango. Vio a un hombre de aspecto rudo y barba insípida caminado por el campo de batalla llevando en su mano izquierda la cabeza de un soldado romano que aún llevaba el yelmo.

A lo lejos vio al Demonio, era el mismísimo Diablo que brotaba de la tierra, parecía como un monje revestido de túnicas negras, de unos tres metros de alto, su rostro estaba oculto y sus brazos eran largos, muy largos... el Monje levantó la vista y observó un estandarte rojo con un águila dorada y el número IX. Y cuando elevó la mirada al cielo sonrió, sonrió y liberó una carcajada de horror...

La respiración le faltaba, su garganta estaba seca y el miedo lo domaba, daba vueltas en la cama, presa de esa pesadilla funesta.

Vio cuando un soldado le atravesaba el pecho a aquel Monje con su espada, y luego otro jinete romano lo atravesaba con su acero, y luego otro y otro y otro más... también dos flechas a la distancia impactaron sobre el misterioso Monje, que continuaba riéndose sin parar en medio del campo de batalla...

—¡Los hijos de Roma están malditos! —gritó el Monje con voz Espectral.

*—¡La **Novena Legión me pertenece!** —dijo el Monje mientras las espadas y flechas se salían por sí solas de su cuerpo— ¡Sus almas me pertenecen! ¡Son míos, solo míos!*

El Monje estiró los brazos, los estiró y los estiró y cada vez que tocaba a un soldado romano este perdía la vida...

Miles murieron en el campo de batalla. Otros lograron escapar a las montañas...

La tarde se oscureció, similar a la noche, pero sin luna y sin estrellas...

El Monje acabó con todos.

Con sus manos creó un hoyo negro que comenzó a tragar a cada soldado romano que le hacía frente...

La risa del Demonio era asfixiante, ensordecedora, macabra y cruel... todos yacían muertos a sus pies y eran atraídos por el hoyo negro que él

mismo creo...

Entonces el Monje oscuro se dio la vuelta y caminó como un demonio de fuego en medio de la mortandad y de pronto adoptó la forma de una niña tierna e inocente, vestida de blanco, abrazando una muñeca de trapo y se quedó quieto mirando hacia el horizonte, respiró fuerte y señaló con sus deditos tiernos a alguien...

—¡Sigues tú! —dijo con su voz gruesa y atemorizante—. Tú, Bernarda, ¡La Última de los malditos, ahora le perteneces a Amon!

En ese momento el Demonio con forma de niña se acercaba a Bernarda, ella lo veía pero no podía gritar, no podía hablar, no era capaz... sus piernas se paralizaron, su corazón se quería salir, sentía que una fuerza descomunal la asfixiaba.

—¡Ahora llevas la marca! —dijo el demonio Amon quien estiró la mano para alcanzarla y fue en ese momento cuando ella se despertó.

El sudor le corría por la frente...

Sintió que durmió horas y horas...

Llegó a la casa después de hacerse el tatuaje a las once de la mañana y se quedó dormida, pero ahora que despertaba el reloj marcaba las 03:00 a.m.

De nuevo se hallaba en las tinieblas de su habitación... meneó la cabeza de un lado al otro intentando recobrar la cordura. Intentó levantarse pero sintió como una fuerza la domaba y quería poseerla... sus ojos se blanquearon, las pupilas se le perdieron y ya no supo más de sí misma...

Respiró agitada y entonces habló dirigiéndose a la nada:

—¿Quid a me quaeris? (¿Qué quieres de mí?)

—¿Quis es? (¿Quién eres?)

Bernarda estaba en trance, acostada boca arriba en medio de la cama con los brazos extendidos de este a oeste, como si estuviera crucificada... estaba hablando en latín antiguo una lengua que nunca antes dominó.

El silencio reinaba en la habitación, de pronto una ventisca entró por la ventana... el silbido del viento era aterrador, el crucifijo que tenía clavado en la pared justo al frente de su cama salió volando a estrellarse contra el piso, y se partió a la mitad.

En ese momento una voz le contestó:

—*iEgo sum Deus!* (¡Yo soy Dios!) —Y tras un larga pausa de silencio, sin respuesta más que la agitada respiración de Bernarda, agregó—: *Et venerunt ad te animam meam* (Y he venido por tu alma)

Bernarda despertó del trance y ya no pudo conciliar el sueño... sentía que algo la observaba, sentía un poder que la intimidaba y la domaba. Entonces se abrazó a la almohada y se puso a rezar.

Capítulo 11

NOCHE SIN SUEÑOS

«Mamá, por favor ayúdame. Dios, no me abandones.». Comenzó a repetir para sí misma Bernarda. Temblaba de miedo, de paranoia... la habitación se sentía helada, tal cual una vieja y olvidada sepultura.

De repente se encontró con tal desesperación por la claustrofobia que le causaba taparse hasta la cabeza, que solamente sacó su rostro para respirar. No quería abrir los ojos.

Un ruido crepitante provenía de arriba de su tocador... ¿Qué era eso? Parecía conocido... Como si alguien diera cuerda a una cajita de música. ¿Cajita?

Abrió los ojos de sopetón, aunque segura que vería algo en el techo, algo o alguien sobre ella, pensaba que pillaría algo o alguien de revés mirándola en su cama... pero no fue así.

Parpadeó en repetidas ocasiones, e intentó calmarse, pero no pudo, y sin casi respirar, y apenas con el rabillo del ojo observó en dirección al tocador. Algo emitía un sonido, no precisamente una cajita, sino un recuerdo de la infancia que le había dado su madre.

Un pequeño bufón que al darle cuerda giraba como si anduviera en una bicicleta de una rueda. Cuando lo observó en marcha exhaló de nervios un gemido y lo volvió a contemplar,... ¿Había abierto la boca?

—*iVen al infierno junto a nosotros, hija!* —el muñeco se movió más rápido en aquel malabar que hacía, y su boca bajaba y subía en una risa estridente y grotesca —. *iVen, con mamá!*

—*iBasta, por favor!*— chilló Bernarda y una voz gutural le contestó:

—*Mami está esperándote en una orgía comandada por Dios* —y rio a carcajadas.

—*iDéjame en paz!*

—*Dame tu alma. Hazlo por las buenas, porque por las malas será peor. Quiero dejarte saber que yo... siempre gano.*

—*Basta, no es real. Estoy oyendo voces que no son ciertas. Son inventos*

de mi cabeza.

—Yo soy lo más real que conocerás. Lo más poderoso, lo mejor que le ha pasado a tu apestosa vida.

—¿Quién eres?

—Quien se llevará tu alma.

—No te la daré.

—Todos terminan en la eterna llama, Ber... todos terminan ardiendo para mí. Todos ceden ante la tentación. Todos me alimentan... —y sintió como poco a poco sus cobijas comenzaban a resbalar.

Una mano cadavérica que salía de debajo de su cama iba trepando, mientras la dejaba al desnudo.

Se arrolló y gritó, aferrada a sus piernas. Apenas alcanzó la lámpara de la mesita de noche.

—Déjame, déjame, vete, por favor. Padre nuestro, que estás en...

—Que estás postrado en una cruz sin hacer nada... por fortuna, porque ya has hecho demasiados de esta peste llamada humanos —dijo el demonio con voz gruesa y agregó—: Si sigues gritando me llevaré tu alma de todos modos, porque tu padre y su bruja te machacarán — terminó de decir pero ya usaba la voz de su madre muerta.

La voz hablaba por todas partes, como un eco, como si pudiese estar en todos lados a la vez.

—No te daré nada... no sé por qué yo...

—Oh, quizá porque te crees muy rebelde y no sabes escuchar viejas leyendas...

—¡Déjame en paaaazzzzzzzzzz!

Los pasos comenzaron a escucharse del otro lado de la puerta. Amon, invisiblemente rio y se quedó inmóvil. El cerrojo se movió.

Bernarda ante la desesperación estaba armando demasiado escándalo, y en plena noche, cuando una casa muere, los sonidos retumban. Sumar que había llevado al límite a su padre, por lo que a la mínima situación la tormenta se desataba. Tanto durmió que olvidó que no iba a estar sola

para siempre en la casa y que en algún momento, regresarían.

—¿Qué haces trancada allí? ¡Abre la jodida puerta! —su padre habló al otro lado.

—Estoy en paños menores.

—Vístete y abre.

Lo hizo rápidamente porque el temor era doble. Por la voz que le hablaba y por su padre que era de lo más real.

Al abrir su papá le preguntó qué pasaba... Pero la respuesta de Bernarda fue tirarse a su pecho y abrazarlo con todas sus fuerzas... En la desesperación Bernarda le dijo todo sobre lo de esa noche.

Acto seguido, Amon sonreía de lado, mientras alentaba telequinéticamente al padre de Bernarda a tirarle con cosas. La que más le dolió fue su alhajero de madera.

—¿Ahora también te harás la que ve fantasmas y habla con muertos? ¿Te volverás *Dark*? Tan de moda la tontería de ustedes los jóvenes que tienen cosas por demás.

— ¡Para, para ya! ¡Dios, no aguanto! ¿Será siempre así? ¿Venir a golpearme? —Respiró hondo y gritó sin medirse—: ¡Golpea a tu bruja y sus demonios!. Hablo con quien quiera. Sola, con mamá, con Dios o con el cojonudo Diablo, pero juro que si me golpeas una vez más, con quién iré a hablar será con tu cadáver pudriéndose debajo de la tierra.

Amon no lo pudo soportar, tanto deleite era demasiado exquisito. Soltó una carcajada gutural que solo él podía escuchar. Se complació al escuchar a la chica decir lo último y mirando al cielo, dijo:

—*Padre, al fin hiciste una criatura con la que puedo divertirme* —observó como Jordan, el papá de Bernarda se acercaba para golpearla, ciego de cólera por lo que acababa de escuchar, cogiendo un palo de golf que la chica tenía como adorno en su dormitorio y entonces, Amon cortó su carcajada para intervenir. En voz alta, aunque Jordan no podía oírle, le dijo —: *No, patético mortal. Dos mil años aburrido es demasiado. Ahora que he encontrado diversión nadie me la quitará.*

Acto seguido, un sonido aturdidor como el ruido de un acople aturdió los oídos de Jordan y dejó caer el palo de golf para llevarse las manos a la cabeza como si esta le fuese a explotar.

De repente notó un goteo nasal por un sangrado, y se sintió descolocado, sin entender qué hacía allí parado en medio de la madrugada. Miró de un

lado a otro, levantó la vista para ver a Bernarda apretando los puños, meneó la cabeza, y desorientado simplemente dejó la habitación.

«Punto para Amon. Amón gana esta ronda» pensó, pues para poder convencerla la salvó de una nueva paliza puesto que nadie, en absoluto, molestaría a su juguete, excepto él.

—*Dame las gracias, chiquilla* —escuchó mientras se veía al espejo el bulto en la cabeza que le dejó su alhajero de madera asestado por su padre.

Sintió frío en la nuca, en la espalda, en las piernas. Algo la recorría como un cubo de hielo.

—Por favor, déjeme en paz.

—*Pero... tú me has llamado.*

—No es así. Yo no he hecho nada.

—*Yo difícilmente habría despertado si no fuese por tu inmadurez. Igual estoy eternamente agradecido porque eres la persona que me trajo nuevamente a divertirme un rato. ¡Si supieras como es de aburrido el infierno, niña!*

—Aish, mierda. Mil veces mierda. ¿Qué me está pasando? ¿Es verdad? ¿Ha sido una pesadilla?

Lloró, se hundió en su cama mientras Amon le observaba quieto. Al cabo de un rato, durmió unas horas hasta que llegara el horario de prepararse para una de las cosas más difíciles... bajar a desayunar y volver al colegio.

Se levantó confusa y miró alrededor. No había sido una pesadilla ni un delirio. El crucifijo estaba tirado, realmente había caído. La habitación se veía toda revuelta.

Decidió tomar coraje y ponerse al día, ignorar, aunque le costase, aquella situación infernal, al menos por un rato. Todo aquello que la espantaba, podría controlarlo, creía.

Envolvió su pierna como si la embalara para enviarla por correspondencia a alguien, y es que gastar los ahorros de toda una vida no era algo para tomar a poco. Pero sobre todo, allí estaba lo más preciado que tenía ahora. Aquello que le daría la fuerza para enfrentar su vida.

Aquel tatuaje le haría volver a alzar la barbilla y andar segura de sí, de mandar a comer mierda a Sandra, sus medio hermanos y al cornudo de su padre. Los iba a poner a parir a todos. Pero, sobre todo, lo más

importante era que luego de esa ducha se iría al colegio y en vez de estar atemorizada se sentía llena de energía como para defenderse.

Entró a la ducha, lavó su cabello mientras cerraba los ojos. Siempre le gustaba cerrarlos, sentir esa caricia del agua cayendo, la única que sentía desde que su mamá había muerto.

De repente un susurró le quitó de aquel pequeño momento de relax, con los nervios filosos de haber tenido una noche atormentada y un aturdimiento abrumador. Abrió los ojos y cuando miró al piso, estaba repleto de cabello, llevó sus manos a la cabeza, y espesas cantidades de mechones se colaban entre sus dedos. Parecía que se estaba cayendo a pedazos todo su cuero cabelludo.

Echó manotazos al azar hasta encontrar la toalla, ya que el champú ardía en sus ojos y aún era una persona que había perdido las gafas y no veía bien. Se apresuró a ir al espejo de su habitación mientras la sombra de Amón iba y venía riendo sin cesar.

De pronto comenzó a escuchar un canto similar al de las sirenas que describía Platón en sus libros cuando viajó por los mares de Grecia... un canto aterrador, emulando temor, el canto se hacía más y más fuerte en su cabeza, era sin duda una oda al horror...

Se puso de pie ante el espejo y su boca no estaba. Chocaba su lengua, sus dientes, todo, pero no había boca. ¿Y su cabello? Parecía un paciente del pabellón de quemados.

Gritaba pero no había sonido, solo piel en lugar de boca. Piel en lugar de pelo, y mucho acné que le hacía lucir desfigurada. Subió a su cama, y se acurrucó llorando con miedo. Los susurros llegaron de a montones, gritos de guerra, mujeres cayendo, siendo violadas, niños llorando comenzaron a pasar por su mente como si viera una película. Y entonces sus ojos se quedaron en blanco y se paró de golpe escuchándose el crujido de todos sus huesos que se iban quebrando y acomodando como una muñeca articulada a la que estaban armando.

Volvió al espejo y allí estaba nuevamente su boca, su cabello que parecía verse más sedoso y guapo, e incluso notó menos espinillas, su piel se tornaba más lozana. Y una cosa que le pareció extraordinaria... podía ver mejor.

Por primera vez se sintió inmaculada, pulcra, era perfecta...

—*Possessione diabolica*—susurró Amon, quien sintió la calidez de aquel maltrecho cuerpo humano. Para soportarlo a él debería adaptarlo paulatinamente. No dejaría notar a la chica que la utilizaría todo el día a su antojo. Le dejaría estar presente, tener libre albedrío, pero en

definitiva, mandaría él según la ocasión.

Se vistió. Sintió que sus *Levi's* quedaban un poco más llenos. Dio una media vuelta y tuvo la sensación de que sus glúteos no estaban tan mal después de todo, así que usó un top, y arriba una camisa abierta. Secó su cabello, lo peinó y sintió por primera vez que había algo un tanto radiante en ella.

A la noche un tormento, y ahora en el día parecía como si su mamá o Dios le hubieran escuchado. Se sentía medianamente cómoda consigo misma por primera vez como para enfrentarlo todo... una idea cruzó su mente:

—¿Cómo no pude notarlo antes? Es mi tatuaje. Me está dando suerte. Me está volviendo fuerte y hará que mejore cada día más. Ese tatuaje, el honor de los legionarios, su tesón me está volviendo imparable. Debo ir por Amanda y que me vea, y así nos vamos juntas.

De repente un rayo de luz refrescó su memoria. Recordaba que el tatuador le dijo algo sobre la *IX Legión*. Decidió hurgar en la web a ver si quién estaba marcado por el emblema gozaba de una fortuna extraordinaria ya que no en vano habían sido los mejores en su tiempo.

Comenzó a indagar, pero las búsquedas comenzaron a derivarla a páginas que hablaban sobre cultos satánicos, sobre rituales para enemigos, sobre deidades, demonios... y de repente, encontró allí una página sobre historia que logró distraer su mente de todo el miedo nocturno. Mientras tanto Amón reposaba dentro de ella a la espera, sonriendo ansioso.

La página ponía: «¿Cuál es la verdad tras la misteriosa desaparición que hasta el día de hoy no es resuelta por los historiadores sobre la **IX Legión Hispana**? De todas las versiones que han dado sobre los hispanienses nunca dieron con una que fuera certera, por eso queremos tratarla aquí de otro modo, uno que a veces es olvidado. Sabemos que los legionarios han sido de las fuerzas más temidas, considerados máquinas de destrucción de la barbarie y de todo enemigo romano. ¿Entonces... qué sucedió? En este artículo trataremos el tema desde otra perspectiva. Una perspectiva de enfoque misterioso. Así como sostenían que los egipcios fueron ayudados por extraterrestres para construir sus pirámides, así mismo sostenemos que para exterminar a los legionarios... se necesitó de algo tremendamente arrollador... sin duda una fuerza sobre natural.»

Bernarda se quedó pensando: «Qué pena no existen ahora para destrozarse a los bárbaros que visten de seda y van a bailes de graduación conduciendo grandes coches de último modelo. Desearía poder destrozarse todo lo que está a mi alcance ante lo mal que me han hecho vivir. Extraterrestres, legionarios, demonios, vampiros, me valdría de cualquiera para poder vengarme. Jamás pensé de esta manera, pero ahora, en verdad quiero que la vida les dé a otros, parte de lo que me ha dado. Yo

he vivido mal... no merecía nada de esto... siento rabia... yo quiero ser una máquina de destrucción también...».

Y un susurro profirió a su oído:

—¿Y qué es lo que estás esperando, entonces? —y toda su piel se erizó de miedo así como una sensación de shock, de electricidad, y articuladamente se levantó de su escritorio, sus ojos quedaron lacerantes, y en su poco albedrió el miedo aterrador de la mano que le arrastraba las colchas volvió... por ende bajó rápido a desayunar.

Comió lo mínimo. Sus dos medio hermanos, los imparables mellizos, estaban jugando al espadachín con los cuchillos de cortar sus hotcakes. Sandra servía el café. Ella se preparó un poco de leche y cereal.

Cuando se sentó, uno de los mellizos erró al cuchillo del otro y siguió de largo asestándole en el brazo sin llegar a lastimarlo, pues eran de punta redonda, pero cometieron el error de rajar la tela de su camisa a cuadros favorita.

Acto seguido, tomó el plato de cada uno, los cuales habían quedado tiesos al ver que habían llegado lejos, y se los partió de lleno en la cara untándoles todo el contenido de los *hotcakes* y la salsa de arándanos que lentamente caía a pedazos por la cara de cada uno. Y luego su tazón de cereal lo vertió sobre sus cabezas.

—Oye, tú... ¿Qué piensas que haces a mis hijos?

—A la mierda, me largo —y se echó a andar hacia la casa de Amanda. La Bernarda sumisa, buena, torpe, miope, tonta de siempre jamás habría hecho tal cosa, pero Bernarda segura de sí, con un tatuaje de la **IX Legión Romana**, en el cual había depositado su fe, la cargaba de energía, de seguridad, y sin saber que Amón se había instalado dentro de su cuerpo, como el huésped maldito que era... con todas esas armas no soportaría ninguna idiotez de nadie.

Caminó sin meditar mucho lo que había hecho. La cara de Sandra, de los mellizos, su brote de rabia, así como le valió nada irse con su camisa rota. Amón manipulaba su conciencia para que jugara a su antojo.

Llegó y llamó a la puerta. Siempre el bello pitbull de Amanda era el que le recibía primero. Esta vez, no fue como siempre. De hecho cuando Amanda abrió la puerta, su día quedó marcado tras la situación.

—Hola, Amanda. Hola buen chico... —se interrumpió cuando estiró su mano para acariciarle como siempre y este casi se la arranca.

Comenzó a gruñir de un modo feroz, como si tuviese rabia. Amanda lo jalaba para que entrara y le pidió a Bernarda que se quedara fuera porque si se le soltaba la iba a matar.

Cuando por fin Amanda logró salir, sudaba y estaba roja de jalar al perro. El perro se daba contra la puerta, por el lado interior de la casa.

—Disculpa...Ber... ¿Estás bien?

—¿Por qué me desconoce?

—No lo sé... jamás ha sido así contigo, es más, algunas veces he llegado a creer que te quiere más que a mí.

—Salgamos de aquí.

Al subir al coche, Bernarda se vio en el espejo y notó que más espinillas habían desaparecido. Enrojeció del contento, aunque estaba algo anonadada por la actitud del pitbull.

Cuando Amanda subió, se estaba poniendo el cinturón de seguridad cuando Bernarda giró la cabeza en dirección a ella. Lentamente fue levantando los ojos por la cabellera que parecía leonina y sedosa, una chica de comercial de champú y notó que su cara había experimentado una notable mejora.

—Ber... ¿Qué sucedió contigo?

—Si te refieres al perro ya dije que no sé —contestó malhumorada por tal acción.

—No. No es eso. Me refiero a que tienes menos espinillas y tu cabello se ve como si te hubieses aplicado un tratamiento de última moda.

—Ah, ¿También lo notas, eh? Dirás que estoy loca, pero por algo quería hacerme el tatuaje. Creo que eso me ha hecho mejorar mi autoestima y con ello comencé a encontrar una sanación total.

—¿En verdad crees eso? —le dijo con cara de decepción su mejor amiga. Le preocupaban últimamente las respuestas de Bernarda.

—Sí. Porque, aparte, otra cosa más... ¿No te preguntas cómo es posible que esté sin gafas y vea bien?

—¿Ves bien?

—Desde hace un rato. Luego de un extraño delirio que tuve en que me veía pelada, granosa, horrible. Luego... no sé, pero estaba bien. ¿Me veo

un poco mejor?

—Desde luego —contestó Amanda comenzando a arrancar el coche. Nuevamente le echó un vistazo y torció la cabeza. Había algo que sin duda no le cerraba, pero no podía decir qué, ni pensar en nada, ya que nada había cambiado, al menos no para ella.

Cuando el coche arrancó, el pitbull logró escapar y correr detrás para ladrar hasta rabiarse. Por fortuna, el coche era más veloz, aun así, la gran visión del perro le permitió observar el auto hasta que desapareció, y siendo vencido por su dueña y aquella sombra que viajaba a su lado en el coche disfrazado de Bernarda. Gruñó y gruñó con total ensimismamiento.

Al llegar al infierno, o sea, el colegio, Bernarda bajó sin titubear. Los insultos, risas, parloteos comenzaron de inmediato.

Ambas chicas caminaron directo al salón sin reparar en nadie, pero una vez en él, la burla aumentó el triple. Incluso habían hecho un muñeco de cartón y lo pegaron en la pared, que representaba a Bernarda y era para que rebotaran los desechos y luego cayeran a la basura.

Bryan Carson se dio vuelta para verla y le guiñó un ojo, al igual que le tiró un beso en el aire.

—Hola, tetitas —le dijo.

Bernarda, dejó sus libros sobre la mesa, y levantó solamente la mirada. Bryan frunció el ceño. Había algo distinto en ella. ¿Estaba aceptable? ¿Por qué le miraba así?

—Hola, verguita — respondió y sonrió de lado mientras que en sus pupilas relucieron unos destellos rojos.

Toda la clase quedó en silencio y a Bryan se le borró la sonrisa de la cara.

—Oye, Bryan... ¿Es verdad lo que dice Ber...?— preguntó sonriente uno de sus amigos.

—Cierra tu puta boca —inmediatamente todos hicieron caso al gran Carson, atleta destacado, capitán del equipo y líder general del instituto.

Bernarda, siguió sacando sus materiales ordenándolos e ignorando a todos como si solo existiera ella. Amanda no podía creer que se hubiera animado a insultar a Carson. Se sentía con ganas de reír a carcajadas, pero Bryan se puso de pie y vino hasta el escritorio de Bernarda.

—Tú, puta que te abres de piernas a cualquiera.

—¿Te llamas a ti mismo cualquiera?

—iOoohhhhhh! —se oyó al unísono. ¿Qué pasaba con Bernarda?

—¡Qué se callen todos, hijos de puta! --- enfureció Bryan.

Bernarda seguía imperturbable, mientras él comenzó a mirarla y decirle que se pusiera de pie. No lo hizo. Entonces Bryan le arrojó todas sus cosas ordenadas, por toda la clase, contra las paredes, hacia las ventanas.

—¿Quieres que te levante yo?

—Sí, vale

Cuando intentó moverla se encontró con que la joven era una roca. Algo sólido como una pared. El musculoso Bryan Carson no podía levantar a la anoréxica del banco. La sonrisa de lado seguía en su cara, más una mirada de espera que decía: « ¿Y bien?»

—Qué te levantes, apestosa. Deja de jugar.

—Levántame tú, si soy anoréxica. Peso menos que tu pelota de fútbol. ¡Ahhh yo diría que peso menos que tu verguita mal oliente! Vamos.

Continuó haciendo fuerza y nada.

Amanda comenzó a fruncir también el ceño... ¿qué era todo aquel espectáculo? Se preguntaba.

Entonces Bernarda miró a toda la clase mientras Bryan tensaba los músculos de su mandíbula, acompañados de sus trapecios, bíceps y tríceps, hizo fuerza, gruñó, resopló en otro intento fallido por levantarla:

—Verán— dijo Bernarda—. Bryan es alguien especial, es como aquellas estatuas griegas de la antigüedad que siempre son representadas por un cuerpo escultural pero con un pene pequeño...

—iOoohhhhhh! —se oyó al unísono entre las risas de los chicos y chicas...

—Y la respuesta es fácil... —dijo Bernarda—: Un pene grande era otorgado a los lujuriosos, borrachos, bandidos... sin embargo, los héroes, capitanes, soldados, paladines eran representados con penes pequeños, porque eso

les permitiría no pensar en sexo y enfocarse en sus misiones...

—iOoohhhhhh! —se oyó al unísono.

—¿Acaso no es Bryan Carson el héroe capitán del equipo de Soccer de nuestro instituto educativo **King Lion Hearth**?

Unas cuantas risas. Otros en silencio.

—El instituto te debe tanto Bryan. Eres un héroe para los chicos. El rector te adora por la cantidad de medallas que has ayudado a ganar. T misión es jugar y ganar, a eso has venido. Entonces Bry... ahora comprendes porque los dioses te dotaron con una verga tan pero tan pequeña.

Bryan la fulminó con la mirada. Cerró la mano porque la quería golpear...

—Te doy una chance más a que me levantes, pero si pierdes, entonces deberás pagar con una consecuencia —la clase los rodeó y comenzaron a interesarse, manteniendo su boca cerrada como indicó el capitán.

—Yo apuesto a que él me puede levantar, pero no está poniendo empeño —dijo Ber...

—¿Qué apuestan ustedes? —preguntó Amanda. Todos apostaron a lo que veían, que no podría levantarla. Si perdía, la prenda a cumplir se la pondría ella.

—Listo...ya —Carson puso cara de estreñido como para utilizar toda su fuerza en levantarla, y entonces, con el más mínimo movimiento la dejó de pie.

—Dios —soltó resoplando Bryan.

—Todos pierden yo gano. Te pediré que me dejes ir a ver un partido de los tuyos. Un entrenamiento, lo que sea.

—¿Lo ven? No sé por qué no podía levantarla, pero observen cómo le gusta seguir siendo perra. Solo pide verme. Ay, es una dulzura. Claro que te lo concederé.

Al final de la clase, Bernarda fue a las gradas y observó al emblemático capitán entrar junto al equipo a entrenar. Qué lindo que era. En verdad le habría gustado estar con él. Sentía que solo se hacía el tonto, pero seguro era lindo chico. Esos pensamientos, por supuesto, venían sin la influencia de Amon. Amon simplemente reía y se divertía.

Para sus adentros habló: *Con que el joven que la humilla igual le gusta. Puedo sentir que igual lo quiere. Qué ser humano tan asqueroso es esta*

mujer en ese aspecto. Ya veo por qué «el cara linda» la destrata así, y es que da asco. ¿Acaso esto es el amor? Ya verás, Bernarda.

El entrenamiento comenzó y entonces, Amon usurpó todo el cuerpo de Bernarda. Las pupilas rojas desapercibidas para los demás seguían al capitán a la velocidad de la luz.

Jugarían un partido de entrenamiento contra el equipo suplente... Bryan Carson ostentaba el emblemático número 10 a su espalda mientras las chicas de grados inferiores le gritaban desde las gradas multitud de elogios...

—Eres hermoso.

—Eres un príncipe...

—Te queremos besar...

En ese momento el balón echó a rodar y Carson en un solo lance hizo un pase gol... quizá el gol más rápido de la historia... cinco o seis segundos...

Bernarda sonrió desde la grada y descendió lentamente mientras Bryan celebraba la anotación con sus compañeros... así pues, la chica buscó la mirada de uno de los chicos del equipo de suplentes... se le acercó y le susurró algo al oído... el chico no paraba de mirar a Bryan mientras Bernarda le susurraba al oído. Luego se acercó rápidamente a otro chico y le susurró al oído algo y éste frunció el ceño y marcó con la mirada asesina a Bryan Carson... y fue en ese momento que tomó la mano de otro chico y le sopló en la cara, el chico de inmediato buscó la mirada de Bryan quien puso en balón en la mitad de la cancha y se alistaba para continuar el juego.

—Oye Bernarda, ¿A qué viene todo lo que hiciste en el salón? ¿Cómo pudiste encarar sin temor a Bryan? —Preguntó Amanda extrañada por la actitud de su amiga y agregó en tono de charla—: ¡Estoy por pensar que ese tatuaje si te está cambiando!

Pero Bernarda no le respondió. Su cuerpo estaba allí en las gradas, sentado junto a Amanda, absorta de la realidad. Era un recipiente vacío... se había desdoblado para hablarle a los chicos del equipo rival parados en el campo de juego...

De pronto el pitido del árbitro retumbó y el cuerpo de Bernarda se estremeció...

—¿Qué me decías, Amanda? —dijo la chica, pero se encontró con la

mirada de sorpresa de su amiga...

—Hello, sorpresa... Bernarda regresó al planeta Tierra— recriminó Amanda—: ¿Cuéntame cómo es eso por marte?

—¿Qué dices, Amand...?

—Pues amiga, que llevo un rato hablándote pero tu parecías en otro mundo, en otra dimensión...

En ese momento las chicas de las gradas comenzaron a aplaudir sin control... Bryan eludía rivales de un lado al otro, en realidad era un mago con el balón...

Sin esperárselo uno de los chicos del equipo contrario le propinó un codazo en la cara a Bryan derribándolo sobre el campo y acto seguido lo escupió.

—¡Maldito Maricón! Te crees la gran cosa eh... —le injurió el chico... de pronto, Bryan Carson intentó ponerse en pie pero otro de los chicos le propinó una patada en la espalda enterrándole los taches de los guayos hasta hacerle sangrar...

El árbitro pito en repetidas ocasiones y quiso ir a calmar la situación, pero uno de los chicos del equipo agresor lo detuvo...

De pronto otro chico golpeó a Bryan, luego otro y luego otro... Los compañeros de su equipo no quisieron tomar partida y defenderlo, se quedaron petrificados viendo como el equipo rival repartía golpes de lo lindo sobre la humanidad de su afamado capitán.

—Uno porque te odio —una patada en la cara.

—Dos porque nos repugnas —otra patada en las costillas.

—Tres por engreído...

Lo estaban moliendo a golpes...

Los compañeros querían ayudarle pero una fuerza los sometía, una terrible energía no les permitía moverse, era la misma fuerza que domaba el ánimo destructivo del equipo rival, que les inducía a moler a golpes a Bryan Carson.

—Carson... quiero que te tomes un gran descanso —susurró Amóon, y agregó en tono de burla—: *Regresa niña a observar lo que le has hecho.*

Bernarda sintió el poder destructivo de Amon y se puso de pie en la grada, exaltada, temerosa... en cámara lenta comenzó a observar y a escuchar a distancia el crujir de huesos.

Primero los dedos de la mano izquierda, uno por uno, luego el tobillo se salió de lugar rajando la piel y tejidos, dejándose ver el hueso tras una torcedura inexplicable, haciendo que al caer, tres costillas se hundieran con riesgo de perforar sus pulmones.

—¡Te odiamos maldito Carson! —le gritaban los chicos, domados por una furia infernal.

Las sirenas cantaban, los violines acompañaban como una marcha fúnebre por el río Estigia en el cual navega Caronte. La voz macabra de la sombra gigante se hizo presente al oído de Bernarda a quien le castañeaban los dientes...

—Mientras a él le sucede, tú sentirás el mismo dolor pequeña... tómallo como un pago por lo que te ha hecho, y acepta el dolor como algo que debes dar a cambio. Observa niña, observa Ber... observa valiente guerrera que está orgullosa de ser la única mujer de la novena Legión... escucha cómo crujen, si como crujen los huesos de ese cerdo al que casi le das el coño. Míralo como cae, como mana la sangre. Siente su dolor y saboréalo, sí, así... sublime... ¡Es sublime!

Capítulo 12

NO JUEGUES CON EL DIABLO

Ni una sola nube en el cielo, ni una... el firmamento lucía azul, sí, un azul celeste enternecedor, el sol golpeaba en la cara de los estudiantes que desde las gradas bajaron a toda prisa a ver el maltrecho cuerpo de Bryan Carson.

—Rápido, que venga personal de enfermería... pero rápido, ¡El chico no respira! —Dijo el entrenador de fútbol, mientras se jalaba los pocos cabellos que tenía en la cabeza—. ¡Por Dios pero a qué ha venido todo esto! —exclamó el viejo entrenador.

Los chicos del equipo rival arrugaron los ojos de frente al sol y se sintieron mareados... no recordaban lo sucedido, es más los testigos podrían decir que se asustaron al ver el cuerpo mal herido de Bryan. Unos se llevaron las manos a la boca, otros se frotaron el mentón sin entender lo que estaba pasando, otros se miraron entre sí como pidiendo una explicación lógica, lo cierto es que nada recordaban, pero también lo cierto es que fueron ellos los que destrozaron a golpes a Bryan...

El personal médico hizo despejar la zona y con gran habilidad le realizaron el triage requerido para esta clase de agresión... los enfermeros se miraban con desanimo... el chico tenía los pulmones colapsados y fracturas severas por todo su cuerpo. Los enfermeros tuvieron que hacerle una traqueotomía improvisada o moriría en el campo de fútbol. Tenían que crear una abertura dentro de la tráquea, a través de una incisión directa en el cuello, y luego insertar un tubo o cánula que tuvieran a la mano, para facilitar el paso del aire a los pulmones.

La sangre asustó a los chismosos...

Los estudiantes se abrazaban unos a otros, las chicas lloraban sin parar, los profesores acudieron a veloz carrera al campo de fútbol soccer para ver lo ocurrido, y cuando comprobaron el lamentable estado en el que estaba Carson se cubrieron el rostro con las manos sin creérselo.

—¡Putra mierda! ¿Qué rayos...? —resoplaba el profesor Flavio Henry sin darle crédito a la escena que sus ojos estaban viendo.

El cielo lucía hermoso, el azul celeste denotaba frescura, paz... pero lo cierto es que para la institución educativa King Lion Hearth comenzaría un

calvario insufrible si algo malo le ocurría a Bryan Carson Adams.

Amanda tenía los ojos llorosos y abrazaba a Bernarda quien apenas podía mantenerse en pie... el demonio le advirtió que sufriría el mismo dolor que Bryan... es decir, no tendrá moratones en su cuerpo, tampoco huesos rotos, menos heridas abiertas, pero sí sentiría el dolor del chico. (La venganza siempre tiene un precio, le había dicho el demonio.)

En ese momento fueron estrujadas por Anabella y sus acólitas, Laura y Gina...

—¡Apártense estúpidas! —gruñó Anabella. Gina y Laura que llegaron detrás de ella corriendo chillaron al ver el cuerpo de su amigo Bryan sobre una camilla, evacuado por paramédicos con chalecos negros, y tanque de oxígeno ligado a la nariz de Bryan...

—¡Abran paso, abran paso! —gritó un paramédico—. ¡El chico necesita llegar al hospital cuanto antes!

Anabella no lo podía creer... sintió miedo y rabia, rabia y miedo al pensar en lo que le podía pasar a Carson. Entonces se dio la vuelta para confrontar la mirada de Bernarda, que aunque sintiera los mismos dolores de Bryan, su rostro permanecía más bello que nunca, su nueva piel estaba más lozana, quizá con una o dos espinillas, sus ojos hermosos sin anteojos, sus nuevas curvas, su cabello más dorado y sedoso... todo desconcertó a Anabella, todo...

—Pero, pero ¿Qué te has hecho, maldita cucaracha? —resopló la hermosa Anabella.

—¡Déjanos en paz, Anabella! —la enfrentó Amanda quien se puso por delante de su amiga Bernarda.

—¡Cállate gorda! —Mandó la popular Anabella—. Vete a revolcar en el fango, o sumerge tu cara gorda en helado de chocolate, pero no te metas en esto... Mi problema no es contigo, es con la rarita... con la tetitas...

Laura y Gina rieron sin control, pero al mirar con disimulo los senos de Bernarda sintieron miedo, ahora los tenía redondos, grandes, muy marcados a la blusita del uniforme, incluso más lindos y sensuales que los de ellas... entonces se miraron unas a otras y guardaron silencio...

—¡Escúchame perrita! —Encaró Anabella—. Me enteré que tuviste una fuerte discusión con Bryan en el salón de clases y que fuiste tú la que le pidió que viniera a entrenar y te dejara verlo... —la chica tomó aire y continuó enfurecida—: Cómo yo me enteré que has tenido algo que ver con esto Bernarda Harper, porque si fue así te acabaré como la rata de

alcantarilla que eres...

Laura y Gina se rieron mientras halaban del cabello a Amanda hasta que la arrojaron contra el suelo.

— ¡Quedas advertida, Tetitas! --- amenazó la popular chica.

Bernarda levantó del piso a su amiga Amanda y de manera desafiante confrontó la mirada de Anabella. Se quedó mirándola tan fijamente, tan detenidamente que Anabella comenzó a sentirse incomoda, Ber... la estaba analizando, más que eso, parecía que exploraba su mente... y de un momento a otro liberó una risotada que cubrió la cancha de fútbol soccer.

—Ya veo, Anabella, «Anny», así te llama tu abuela —la popular Anabella se quedó de una pieza mirándola—. Mmm, Anny, aun no dejas la costumbre de tomar tetero en las noches, eh... haces que tu mami te preparé un tete de vainilla todas las noches antes de acostarte...

Gina y Laura, dirigieron la mirada sobre su amiga que no refutaba ni la más mínima palabra... se limitaba a mirar a Bernarda sin protestar, como asombrada por la verdad que acababa de revelar.

La risa de Bernarda continuaba sin reserva incomodando a las tres bravuconas, entonces prosiguió...

—¡Vaya, vaya que si eres una zorra! Te le comes el marido a tu tía Priscila por un puñado de billetes que el gordo apestoso te da cada mes...

—Ohhhhhhhh, ¡Por Dios! ¡Detente! —intervinieron todas impresionadas

—Oye, cállate estúpida Bernarda —la insultó Laura.

Anabella estaba fuera de combate, no podía protestar, simplemente no tenía argumentos...

—Ahhhh te daré una información, Anny —le dijo en tono de burla Bernarda—: Verás, ten cuidado, el próximo viernes el marido de tu tía, el gordo Ballenato, te pedirá algo grotesco, te dirá que por un puñado de billetes te acuestes con un compañero de trabajo... ¡Uyyyy, mi Anny, estarás a un paso de convertirte en la más puta de todas las putas!

En ese momento la chica no vio venir el bofetón que le salió la boca... el sabor de la sangre la hizo saborearse... Bernarda sonrió con los dientes y brackets manchados de sangre... mientras veía detenidamente la imagen de Anabella con la mano derecha levantada después de pegarle.

Todas guardaron silencio. Nadie dijo nada.

—Bernarda se quedó mirándola de forma desafiante, pero se dio la vuelta y se marchó del lugar, seguida por Amanda. Y mientras avanzaba susurró enfurecida para sí misma—: ¡No juegues con el Diablo! Ni lo intentes, perra—. Y siguió su camino bajo el resplandeciente sol de verano.

Ella caminaba de hombros encogidos y con la mirada furiosa... Amanda la seguía como su fiel escudera, pero nadie absolutamente nadie alcanzaba a ver que su sombra era diferente, la sombra de su cuerpo a contra luz del sol no era la de una chiquilla de dieciséis años, nada de eso, su sombra era la de un terrible espectro, de brazos largos y uñas largas, que la seguía y la domaba.

Capítulo 13

LA CABEZA DEL GENERAL

Amanda de camino dejó a Bernarda en la puerta de su casa. Había sido una jornada agitada. Pero lo cierto era que desconocía a su mejor amiga. Incluso hubo ocasiones en que sintió miedo de ella.

Ber... entró a su casa, quiso seguir de largo, pero se encontró con la mirada explosiva de Sandra quien le recriminó por lo de esta mañana con los niños.

—Oye, estupidita, la próxima vez que vuelvas a agredir a mis hijos te mataré... —eso dijo Sandra cruzada de brazos, junto a la escalera del segundo nivel.

Entonces la chica se quedó mirándola, se acercó de apoco, sin prisa... Sandra descruzó los brazos para enfrentarla pero fue sorprendida por un cabezazo de Bernarda que le fracturó la nariz...

—¡Ahhhhhhh, Maldita, que me has hecho!

Bernarda se quedó mirándola...

—¡Ahhhhhhh, Maldita, maldita!

—¡Cállateeeeeeee! —gritó Ber... y la lanzó por los aires con una fuerza descomunal.

Su voz enronqueció, su mirada destellaba fuego. Sandra intentaba ponerse en pie después del golpe, había caído sobre una mesa de adorno que soportaba los retratos de la familia... su nariz manaba sangre a borbotones...

—¡De hoy en adelante se dirigirá a mí como Srta. Bernarda!

Sandra se incorporó con dificultad, tenía un pedazo de vidrio clavado en su hombro de uno de los portarretratos. Entonces Bernarda, dominada por la furia de Amon hizo que Sandra se doblara de rodillas...

—¡Póstrate ante mí!

Sandra sollozaba sin parar y susurró:

—Bru... Bruja...

Bernarda la miró con el rabillo del ojo y sonrió...

—Imprudente... siempre la imprudente Sandra. El problema siempre ha sido tu lengua...

Entonces caminó hacia ella y con cada paso que daba se intensificaba el canto de las Sirenas, y una música de violines proveniente de la nada, quizá proveniente del infierno, quizá solo sonaba en la cabeza de Bernarda, quizá era la anunciación de Amon que le servía de fondo ante la asustadiza Sandra...

Bernarda la miró con sus ojos enrojecidos y estiró la mano para acariciarle el rostro...

—Eres bonita. Puedo comprender porque papá se fijó en ti después de la muerte de mamá, pero lo que no tolero es tu lengua venenosa, eso sí que me enfurece —Y entonces se acercó lentamente mirando sus ojos empañados y agrandados por el pánico... la miró y se acercó, la miró y la contempló, y sin más la besó...

Un beso largo y sin prisa, le mordisqueó los labios y luego introdujo su lengua hasta el fondo de su boca para explorar la boca de Sandra. Los ojos de Bernarda se hacían más y más rojos.

Luego se retiró y subió por las escaleras hasta su habitación. Dejando a una Sandra en shock y con la nariz fracturada manando sangre...

Un fuerte portazo se escuchó en la segunda planta. Bernarda tiró la puerta. Lanzó el morral contra la cama, se quitó el uniforme de diario y se quedó en top, bragas y medias largas del colegio.

De pronto comenzó a escuchar un canto similar al de las sirenas que describía Platón en sus viajes por Grecia... un canto aterrador, el canto se hacía más y más fuerte en su cabeza, era sin duda una oda al horror...

Se miró al espejo y su boca no estaba. Chocaba su lengua, sus dientes, todo, pero no había boca, solo el cuero de la cara... ¿Y su cabello? Parecía un paciente del pabellón de quemados.

Gritaba pero no había sonido, solo piel en lugar de boca. Piel en lugar de pelo, y mucho acné que le hacía lucir desfigurada. Subió a su cama, y se acurrucó llorando con miedo. Los susurros llegaron de a montones, gritos de guerra, mujeres cayendo, siendo violadas, niños llorando comenzaron a pasar por su mente como si viera una película... Y entonces sus ojos se quedaron en blanco y se paró de golpe escuchándose el crujido de todos sus huesos que se iban quebrando y acomodando como una muñeca

articulada a la que estaban armando.

Parecía la niña del aro, con el cabello enmarañado tirado hacia delante y casi desnuda, con sus brazos flacos y su espalda huesuda... entonces volvió en sí, y de prisa corrió a verse en el espejo y respiró aliviada... allí estaba nuevamente su boca, su cabello y su maldito y asqueroso acné... ahora ya no podía ver bien su imagen, le costaba enfocar, se veía distorsionada. Nuevamente necesitaba urgente las gafas de receta, las mismas vidrio de botella que la hacían lucir como una nerd, antipática y fea.

De pronto vio que un humo negro le salía del cuerpo, era un fulgor oscuro que manaba de su ser y pronto formó una tétrica figura... un ser envuelto en túnicas oscuras hizo presencia, era un monje cubierto por un manto negro, de brazos largos muy largos que intentaron acariciar el rostro de Bernarda con sus filudas uñas, pero la chica se desmayó.

Todo era oscuro...

Todo era silencio...

De pronto, el sonido lejano de una molesta gotera la despertó...

La gotera se escuchaba lejos y pausada...

Luego la gotera se escuchaba más cerca y pausada...

Luego la gotera se escuchaba retumbar y retumbar como explosiones que estallaban en los oídos de Bernarda... entonces la chica se vio recostada sobre la cama mirando a la pared vacía, donde antes colgaba el crucifijo...

Ella giró la mirada para un costado de la habitación y allí lo vio sollozar. Allí había un guerrero, un soldado Romano con su reluciente armadura, pero herido y asustado...

De su hombro manaba sangre que se deslizaba por la piel de su brazo y se derramaba hasta el guantelete de su armadura, formando una goterita que caía a estrellarse contra el piso...

A Bernarda los huesos se le helaron y sintió como un frío estremecedor le entró por los pies y le recorrió el cuerpo en cuestión de segundos hasta alojarse en su cabeza como un iceberg que le congeló la razón.

—A...ayúdame —suplicaba el soldado herido...

—Él viene por mí. El vino por todos. Él vendrá por ti.

—A... *Ayúdame...*

Bernarda quiso cubrirse con la sábana, pero no había sábana, ni colcha, ni cama, no había absolutamente nada, y para su sorpresa estaba justo enfrente del soldado Romano.

—A...*Ayúdame. —continuaba suplicando el fantasmal soldado.*

Bernarda tartamudeó:

—Yo...yo... no, no puedo, yo... —Bernarda intentó responder, pero solo podía temblar del miedo pues se encontraba de pie frente al legionario, quien le preguntó de nuevo...

—A... *ayúdame. Debo encontrar algo.*

La chica se armó de valor y le preguntó qué era aquello tan importante que debía encontrar que lo tenía tan angustiado...

El soldado lloró sin apartar la vista de la chica y le respondió:

—*La cabeza, la cabeza de mi general.*

—¿Qué dices?

—*Fue él... el demonio lo decapitó y se llevó la cabeza.*

Bernarda sintió que se desmayaba...

—*¿Puedes, niña, ayudarme a encontrar la cabeza?*

Bernarda se giró rápidamente y se encontró con otro soldado Romano, pero éste era más viejo y usaba capa...

—*¿Qué hiciste niña?* —preguntó el elegante Romano de capa y armadura, mirándola con ternura...

—Yo... yo... ¡No hice nada! —respondió entre dientes Bernarda.

El hombre viejo la miró enternecido y le preguntó de nuevo.

—*¿Qué hiciste, mi niña? ¿Por qué?* —interrogaba el elegante señor.

Bernarda guardaba silencio sin apartar la vista de aquel hombre a través de sus gruesas gafas de vidrio de botella. Entonces el hombre le dijo:

—*¡La marca! Te has hecho la marca...* —el distinguido romano meneó la cabeza de un lado al otro y agregó—: *¡Ahora, mi niña, tú también estas*

maldita!... él ya te encontró y te matará así como lo hizo conmigo y con mis cinco mil legionarios...

Bernarda retrocedió y rosó la piel fría y azulosa del soldado Romano que estaba en busca de su general, y cuando éste vio al viejo de capa y armadura soltó un grito aturdidor:

—¡Mi General! ¡Ohhh, mi general!

El viejo General le sonrió al soldado, pero dirigió su mirada hacia Bernarda y le dijo apurado y susurrando como si no quisiera que algo o alguien lo encontrara:

—Niña, ten cuidado con «Amon el codicioso». Busca su nombre, recuerda «Amon el codicioso» —el general hizo una pausa, se le notaba exhausto, tenía dificultad para respirar y para hablar, parecía que se estaba ahogando:

—Él quiere tu alma ,mi niña, porque ahora tú eres especial para él... tú eres... LA ÚLTIMA DE LOS MALDITOS.

En ese momento el cuello del general comenzó a sangrar y una línea roja le marcaba en toda la garganta. La cabeza del viejo se separó de sus hombros y rodó por el piso de linóleo de la habitación, y el otro soldado romano corrió eufórico a recoger la cabeza del viejo general.

Bernarda miraba atónita la escena, sentía que se estaba ahogando, quería despertar de ese absurdo sueño... y sin esperárselo comenzó a sentir una energía hostil, una energía pesada que irrumpía en su recamara. El canto de las sirenas inundo la habitación acompañado por violines celestiales o infernales. Y apareció él... aquel espectro aterrador al que llaman «Amon el codicioso»

Una sombra aterradora salió de la pared y se tragó al soldado romano y al general decapitado...

—¡Sigues tú, Bernarda Harper!

La chica despertó sudorosa, no sabía cuánto tiempo había dormido. Sentía sed, mucha sed... pensó que todo era una maldita pesadilla, pero luego vio gotas de sangre en su piso y no supo que decir... y fue en ese momento que recordó algo que se le vino a la mente.

—«Amon el codicioso» —debía buscar en los textos antiguos información para entender que es lo que le estaba ocurriendo.

Miró el radio reloj que marcaba con números rojos las 11 a.m. Bernarda no se lo podía creer, nuevamente había dormido casi un día entero. Se

despertó con un hambre voraz así que, bajó a desayunar y se encontró a los mellizos muy limpios y ordenados comiendo su cereal. Ellos ocultaban la mirada, retraídos, atemorizados ante su media hermana. Y entonces vio a Sandra sirviendo el desayuno, pero sin los habituales sermones.

Bernarda le preguntó algo, pero su madrastra no le respondió... ni siquiera la miró.

La chica observó a Sandra, tenía los ojos llorosos, la nariz hinchada, los labios ampollados y se dio cuenta que Sandra, la querida Sandra había enmudecido...

Tenía la lengua quemada, prácticamente rostizada... le ardía cada vez que intentaba hablar. No tenía gusto. Tampoco producía la cantidad de saliva que produce una lengua normal. Sandra perdió el habla y la lengua casi que calcinada le incomodaba en la boca...

Miró con temor a su hijastra y en un solo temblor le llevó los platos del desayuno hasta la mesa.

Bernarda que ya no estaba poseída por el demonio, se compadeció de ella al verla tan asustada, quiso levantarse para darle un abrazo, pero Sandra se alejó a toda prisa espantada...

En ese instante el móvil de Bernarda comenzó a sonar muy alto con el *ringtone* de "Misión imposible". Era Amanda, quien pasaría a recogerla para ir al centro comercial... de paso visitaría al tatuador para que le revisara el tatuaje. En ese momento Bernarda se puso en pie y recogió sus platos y los de sus hermanos, se acercó a la cocina para lavarlos, pero fue detenida por Sandra que le gruñó como una loba hambrienta y le indicó con las manos que se fuera... no la quería ver más...

Bernarda agachó la cabeza y se marchó.

Capítulo 14

MALAS NOTICIAS

Las amigas inseparables se pasearon por el centro comercial midiéndose ropa, zapatos, bolsos... ¡Feas pero con estilo! Era lo que repetía Amanda en todo momento.

Desayunaron en MC Donalds, y se compraron dos helados de chocolate...

—Ber... tu acné ha vuelto —comentó Amanda.

—Sí —respondió la chica mientras se encogía de hombros y le daba una probada a su helado...

—Y veo de nuevo las gafas.

—Sí. Las necesito, otra vez se me dificulta ver.

—Ya —respondió Amanda—. Ven vamos donde el tatuador —el pitbull les seguía en todo momento, llevaba el bozal y las correas de seguridad, es una raza peligrosa que debe tratarse de manera especial, pero son muy cariñosos desde que se domestiquen para ser criados en comunidad, y no criados para pelear.

—Vamos, Morgan —le llamó Bernarda y el perro accedió de la manera más cariñosa y sumisa... entonces la chica le dio una galleta que le introdujo por el bozal y le acarició el lomo—. ¡Buen chico, buen chico!. Ayer me querías cenar pero hoy has vuelto a ser el mismo—. Bernarda lo abrazó y se acomodó sus lentes vidrio de botella, y se alisó el cabello enmarañado que la hacía lucir fatal.

El tatuador les ofreció cerveza, pero las chicas se negaron...

—No podemos beber —dijo Amanda—, además apenas es las 11:30 a.m.... ¿Cómo puedes beber desde tan temprano?

El tatuador la miró fijamente arqueando su ceja izquierda y la vio darle una probada al helado de chocolate, entonces le respondió:

—Vaya es muy temprano para beber una cerveza, pero no es temprano para comerse un helado de chocolate.

Bernarda y Amanda se miraron entre si y enrojecieron apenas.

El tatuador revisó el tatuaje y se llevó las manos a la boca sorprendido al verlo, y dijo que parecía hecho en aquella época de la legión, donde las tintas eran insípidas y solo delineaban la marca hecha con un molde al rojo vivo.

—No te preocupes —dijo Bernarda—, así como está me gusta mucho, parece tan realista.

El tatuador se rascó la cabeza en repetidas ocasiones y le contestó:

—Pareces no entender, niña, éste tatuaje no fue el que te hice —meneó la cabeza de un lado al otro y alcanzó una fotografía del día en que se lo hizo y le mostró los trazos y los colores, entonces lo comparó con la marca que tenía ahora, pero era completamente diferente.

—Bueno aparentemente esta marca luce sana, sin infecciones, ni hongos —dijo el hombre—, pero volvió a recalcar que no fueron los trazos que él hizo, es decir en esencia era la marca de la Novena Legión que la chica le llevó, pero ahora su textura y forma eran muy rudimentarias....

Amanda y Ber... abandonaron el centro comercial, muy pensativas por lo que el tatuador les había dicho. Amanda conducía por las calles de Londres y se detuvo en un semáforo en rojo. La gente pasaba apresurada, Londres es una metrópolis que maneja un ritmo muy acelerado. Mientras el semáforo cambiaba a verde Amanda aprovechó para comentarle su inconformidad con los hechos ocurridos, después de que se hizo el tatuaje..

—Amiga, prácticamente cambiaste de imagen, lo que realmente es sorprendente, también fuiste capaz de enfrentarte a Bryan Carson y dejarlo en ridículo ante toda la clase, vengándote por la broma que te hicieron, y por si fuera poco pusiste en su sitio a la pesada de Anabella... además ayer en el partido de fútbol lucías lejana, distraída como en otro mundo... y me dices no recordar nada de la paliza que le dieron en Bryan en pleno juego. Ves que todo esto me resulta muy raro.

Bernarda se encogió de hombros y no hizo ningún comentario. Amanda condujo hasta la casa de su amiga para dejarla, pues debía ir a recoger a su madre que estaba de visita donde su la abuela...

—Debo irme, amiga; mamá debe estar renegando porque voy retrasada.

—Descuida, Amiga —dijo Bernarda—. Debo estar muy agradecida porque me dedicaste toda la mañana —y en ese momento la miró fijamente a los ojos, le apretó las manos y le dijo entre susurros—: Sin ti, Amanda, yo no

podría resistir lo injusto que es mi mundo.

Amanda sonrió y le contestó: —Vamos que no es para tanto, sabes que te quiero como a una hermana.

Se abrazaron y sonrieron, también lloraron...

Y sin esperárselo timbró el móvil de Amanda, una y otra y otra vez... ella contestó la llamada y guardó silencio... sus ojos se agrandaron y su rostro palideció...

—¿Cuándo ocurrió, profesor? —preguntó Amanda.

Ella prestaba atención al móvil mientras apretaba la mano de Bernarda con fuerza.

—Entiendo, profesor —dijo.

Luego guardó silencio y cortó la llamada en un solo temblor...

—¿Qué sucede, amiga? —Preguntó Bernarda—. Te veo muy nerviosa...

Era el profesor Flavio Henry...

—¿Y? —Gesticuló Bernarda impaciente.

Llamaba para que le contara a todos los contactos que tuviera.

—¿Contarles qué, amiga?

Amanda guardó silencio mientras se limpiaba las lágrimas de sus ojos...

—El profesor me dijo que luchó hasta el final pero que sus pulmones colapsaron —entonces miró a Bernarda y dijo:

—Bryan Carson, acaba de morir.

Bernarda quedó de una sola pieza, sintió que el aire le faltaba, no sabía que decir o que hacer, quería llorar pero no podía, quería gritar pero no tenía aliento... entonces miró hacia la ventana de su cuarto y vio una sombra tétrica que asomaba su figura tras las cortinas... y sintió miedo, un miedo infernal que la hizo temblar.

Capítulo 15

JUEGOS PERVERSOS

Por la noche no pudo dormir nada. La misa para Bryan sería después del mediodía.

Se prepararía con el peor atuendo que tuviera. La situación la había destrozado. Había quedado con Amanda para poder ir juntas. Tenía miedo. Seguro estaría Anabella y empezaría a molestar con que ella tenía la culpa, aunque eso era imposible... bueno, ella quizá no... aunque sospechaba de aquella sombra que le hablaba, de aquella entidad que le acechaba desde hace unas noches.

Un momento antes de salir escuchó el susurro:

—*¿No sientes culpa, Ber?*

—*¿Qué dices? ¿Qué has hecho?*

—*Venganza, Ber. Tú la deseabas. No niegues que querías esto.*

—No es cierto... yo...

—*¿Lo ves? No puedes ni fundamentarte a ti misma. Lo has hecho tú, nada más que lo guardas en la profundidad de ti. ¿Quieres que te lo recuerde?*

—*¡Ya déjame en paz!* —y dando un portazo, dejó su habitación.

El cuerpo tieso se hallaba en el altar de la iglesia St. John's, detrás del párroco. La familia dispuso que así fuera y no en su casa porque consideraban a su hijo un mártir de una paliza de matones que misteriosamente nadie recordaba.

El rumor extendido fue que había sido tomado de improviso por una banda de Hooligans o algo similar, ya que ese día vestía su ropa de fútbol. Nadie recordaba que el ataque se dio en la cancha. A todos les resultaba raro, pero la policía no tuvo sospechas al ver que todos contaban la misma historia y era que no recordaban haber visto qué pasó. De allí se dedujo que entonces habría sido atacado por personas externas en un momento en que lo pillaron solo.

Bernarda se sentó junto a Amanda, en el último banco. Donde no tenían mucho que ver, ni ser vistas. No querían que Anabella comenzara a

montar un escándalo allí.

De repente, detrás del párroco un gran monje oscuro se puso de pie. Comenzó a hacer girar la cruz, y a reír tan fuerte que su risa hacía un eco por toda la iglesia dando la sensación de que se derrumbaría. Las imágenes religiosas se agrietaron y un intenso frío se apropió de la casa de Dios.

El cuerpo de Carson se irguió. Se sentó y apuntando con el dedo a Bernarda dijo:

—Después de todo, debería haber dejado que me la chuparas y entonces no tendrías dudas de su tamaño, tetas de mona. Vendré por ti cuando me esté pudriendo, y tocaré tus tetitas para que no estés tan resentida —y se echó a reír a carcajadas mientras salía de su boca sangre negra y podrida y sus dientes comenzaban a caer a pedazos. A la par que Amon se reía, ambos con voces guturales. El traje fúnebre de lujo que lucía Bryan comenzó a embadurnarse de la pudrición que manaba a borbotones de su boca guasonesca, grotesca que no cesaba de repetir: «Una tetita, otra tetita, Berny quiere verguita.».

—¡Bastaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa! ¡Maldito demonio, déjale descansar en paz! Eres peor que el jodido de Ryuk de *Death Note* — el ruido de sus zapatos retumbó en la iglesia mientras se dirigía hasta el cadáver y todos se sobresaltaron a mirar —. ¿Crees que no voy a poder detenerte? Termina con esto. Hay una persona muerta, deja de burlarte, y tú, ya no te rías, has muerto —acto seguido, tomó a Bryan y comenzó a querer hundirle en el ataúd.

El problema surgió cuando dejó el trance en que Amon le hacía caer a su antojo y notó que estaba golpeando un cuerpo tieso, el cuerpo de Bryan, hermoso y mortecino. Hundiendo sus manos fuertemente. Y por supuesto, nadie vio a ningún monje oscuro, ni absolutamente nada.

Cuando Bernarda giró sobre sus talones, el párroco estaba boquiabierto como toda la gente, entonces Anabella y sus acólitas se pusieron de pie, y esta la alcanzó antes que Amanda que venía a llevársela.

—¡Tú, maldita puta, vienes conmigo!

—Por favor, esta es la casa de Dios —protestó el cura.

—Perdone, padre —dijo Laura, y se largaron junto a las demás.

Fuera de la iglesia, Anabella empujó contra la pared a Bernarda y le dio sin parar, uno tras otro golpe, y por último, jaló su cabello y le dio contra

su rodilla.

—Uno, porque te odio con todas mis fuerzas —el bofetón le partió el labio, pero la furia de Anabella no se contuvo ahí...

—Dos, por llorona, porque siempre traes esa cara de puta mártir... ¡Tomaaaa! —la palmada le hirvió en la mejilla y los lentes de Bernarda se estrellaron contra el piso...

—Tres, por rarita... —la agarró del cabello y le selló la cara contra la pared sangrándole la nariz de inmediato...

Amanda la detuvo y otras personas que estaban allí.

—Por el amor de Dios, deténganse. ¿No es suficiente lo que una paliza le hizo a un buen chico como Bryan? ¿Están locas? ¿Han perdido la cabeza? —protestó una vecina del joven fallecido.

Bernarda chorreaba sangre por la boca y la nariz. Lloraba sin cesar. Y agarrándose la cabeza, gritó:

—¡Déjame en paz, maldito!

Las mujeres presentes la observaron. Y cuando Anabella iba a volver a darle otra paliza, Amanda interrumpió:

—Por favor, no te está hablando a ti. Está perturbada. Déjala. Yo me haré cargo.

—No vuelvas a aparecer o te mataré de la peor manera —amenazó Anabella enfurecida y con los ojos llenos de lágrimas.

—No vuelvas, perra —dijeron al unísono Laura y Gina.

Amanda condujo sin decir nada. Luego, al llegar a la casa de Bernarda, quien tenía una depresión inmensa a causa de la muerte del chico que tan mal la trató, apoyó las manos en el volante con un largo suspiro y le preguntó:

—Ber, ¿qué fue todo eso?

—Nada.

—No, no me mientas. Siempre he sido tu mejor amiga... siempre.

—Pues... Amanda, yo... —hizo una pausa, tomó aire y soltó todos sus

miedos ante su amiga— Veo cosas. Solo eso.

—Pues busca apoyo. Busca apoyo profesional.

—No...

—Prueba hablar con tu padre.

—Siempre quiere pegarme últimamente.

—Debe ser el estrés. Inténtalo, Bernarda.

—Vale. Ya.

Bajó del coche y esperó a que Amanda saliera de su vista. Entonces pensó en ir al jardín trasero, su padre solía trabajar en madera, por amor al arte, cuando su madre aún vivía. Pero cuando comenzó a andar, sus huesos crujieron, su cuerpo se estiró, se retorció, y de repente sus ojos se volvieron siniestros. Se dio la vuelta y echó a andar por donde había venido.

Esperó fuera de la iglesia. Ya casi todos se estaban yendo. Su oído, con la posesión de Amon estaba agudizado. Podía escuchar al trío de matonas fanáticas de Bryan que hablaban aun con el cura. Asomó la cabeza y notó que solo quedaban ellas tres y el veterano sacerdote. Aún no venía la funeraria a retirar el cuerpo de Carson.

Entró velozmente y se escondió en el confesionario. Comenzó a reír en volumen bajo con una voz gutural de las catacumbas más profundas.

—Cura pervertido. Tiene el miembro tieso debajo de la sotana viendo el buen culo que tiene Gina. Venga, tírate a Anabella, si después de todo es la más puta de todas.

De repente, como hipnotizadas cerraron la puerta de la iglesia. Fueron a la mesa de ceremonias, el ataúd estaba a un lado. Anabella se sentó sobre ella y derramó el vino del cáliz en su camiseta y sus pechos firmes de adolescente se rebelaron.

El cura quiso pelear contra aquella entidad negativa que sentía, pero fue inútil su esfuerzo, Amon era más poderoso que él y que todo el clérigo junto, entonces la entidad lo domó y sin más se acercó y comenzó a lamer por encima de la blusa los jugosos pechos de Anabella.

Laura por su parte torció la mirada hacia el viejo sacerdote y le abrió la sotana de un tirón para coger en su mano el garrote atolondrado desesperado por una mamada que tenía el cura. Le hizo seña a Gina quien se puso de rodillas a succionar, mientras ella lo masturbaba y a su vez, se

comía la entropierna de Anabella.

El canto macabro de las sirenas acompañado de violines estremecía aquel lugar santo. Los gemidos retumbaban en la iglesia. Nunca habían sentido tanto placer en sus vidas. El párroco jamás había sido tan feliz, y nunca habían tenido mejores espectadores que Bryan Carson en su ataúd y Cristo en la cruz, y en orden jerárquico, estatuas de muchos santos conocidos.

Fue el momento en que el cura tiraba su semen en la boca de Gina, mordiendo los pechos de Anabella, mientras Laura hacía que se retorciera devorando su clítoris, que Bernarda se lució.

Sacó el móvil y dijo:

—Con esto bastará. Oh, vaya, Carson, te amaban tanto que son capaces de dar su culo mientras aun no te sepultan. Ahora escuchen bien, porque no lo repetiré. Filmé todo. Todo. Así que si no quieren que este video circule por las redes, por todo el país y el mundo, se van a alejar de mí ahora, mientras soy benevolente. Son tan aburridas que no deseo gastar energía en ustedes, pero puedo ser lo peor, su peor pesadilla.

Los rostros perplejos, sobre todo del cura que se tentó por menores de edad y en la propia casa de su Dios hicieron aquel acto blasfemo, era como para ser retratados.

Las chicas se cubrían sus partes desnudas sin entender que habían hecho, mientras el cura se postró de rodillas con los brazos levantados hacia el cristo en el altar y comenzó a orar... él pudo sentir la presencia de aquel ser oscuro que desde principio de los tiempos lo han llamado «Amon el codicioso», pero solo pudo orar y sollozar, Sin duda la advertencia hecha por Bernarda, o mejor dicho por la posesa de Bernarda había sido clara.

Antes de salir, se aseguró de enviar el video en respaldo y a Amanda. Ya de antemano quería un testigo. Y luego rio a carcajadas echando la cabeza hacia atrás y estirando los brazos como el Cristo en la cruz, mirando el techo de la iglesia lleno de querubines que también fueron testigo de cómo el sexo domina y enloquece a la gente, y la peor condición es negarlo, solo trastorna más la mente.

Mientras reía, le caía saliva casi que negra, sus dientes estaban teñidos de sangre, sangre de los golpes que Anabella le dio con sus manos, y que ahora la intelectual Bernarda con Amon en el torrente sanguíneo le devolvía, pero con palabras y acciones.

—Adiós, pequeñas zorras de Dios.

Salió caminando como lo hace alguien que va decidido y repleto de bombas a darse contra algo. Su teléfono sonó.

—¿Bernarda, volviste a ese sitio?

—Pues ya ves. Te dije que me harté de que jueguen conmigo. ¿Quieres que hable con mi padre con la boca rota otra vez? Ja.

—¿Ellas hicieron eso con el cura?

—Ya lo viste. Obvio.

—Dios, qué asco.

—Voy a ir por tu casa, Amanda.

Mientras caminó recordaba las escenas que vio en la iglesia. *Padre, eres un bastardo de primera categoría. Cómo los dejas gozar así. Yo quiero eso también. Yo quiero sentir esos alaridos de electricidad que reciben. Sin duda es algo demasiado bueno.*

Bernarda inconscientemente se detuvo en medio de la calle y levantó las manos en dirección del cielo y dijo en voz alta:

—*iLo ves, viejo, después de todo, ellos no eran la criatura especial que se prometió! Pero, vamos, viejo tacaño que se podía esperar de un ser hecho del barro...* —La risa de la chica invadió la tranquilidad del barrio Londinense, y en ese momento un Audi pitó fuertemente porque Bernarda le impedía el paso...

—*iOye, niña tonta, deja de fumar hierba, vete para tu casa a hacer las tareas!* —le dijo molesto el conductor quien maniobró el coche, y siguió adelante, dejando atrás a Bernarda, pero ella no se pudo contener, o más bien fue Amon quien comenzó a decir entre dientes...

—*Sueño, mucho sueño... el sueño nos llega a todos, ite domina! Duerme, duerme, ya duérmete* —y en ese momento el conductor de Audi comenzó a dormirse hasta que perdió el conocimiento y se estrelló contra una vivienda quedando inconsciente y mal herido...

La risa de Amon a través de Bernarda retumbó en toda la cuadra...

—*iCómo disfruto, Yahveh, vivir como ellos, aunque sea en este cuerpo débil y maltrecho!* —La risa asfixiante se sostuvo por unos segundos mientras pasaba de largo el coche accidentado y los vecinos salían de sus casas a auxiliar al conductor.

El cuerpo de Bernarda iba lubricado, caliente, deseoso. Desde Carson, el sexo se había instalado en su mente, pero cuando era poseída por Amon, él traía consigo una carga mucho mayor de deseos de usurpar las condiciones y vivencias humanas.

Al llegar, por suerte, Morgan estaba al fondo y no logró escucharla, al parecer su olfato tampoco la percibió.

Amanda le hizo pasar a su habitación sin saber al peligro que estaba dejando entrar. Por fortuna estaba sola y nadie preguntaría que le sucedía a Bernarda.

Fue por el botiquín de primeros auxilios y le comenzó a limpiar el rostro. También le dejó un cepillo dental nuevo para que lavara la sangre que manaba de su boca.

—¿Te molesta si de momento tomo un baño? —preguntó Amanda.

—No, en absoluto, amiga.

Comenzó a lavar sus dientes despacio, aunque la verdad es que con Amon en el cuerpo, nada dolía. De repente, Amanda abrió los ojos y Bernarda estaba sentada en la tina.

—Vaya... me recuerdas a las películas de terror siendo tan silenciosa. ¿Por qué me miras así? Espera... tu rostro... ¿Cómo puede verse nuevamente tan bien? No tienes ni un grano... te ves robusta incluso... quiero decir, no te ofendas, pero se te ven los pechos grandes... ¿Te rellenas?

—*¿Cómo se siente esto?* —sonriendo de lado se arrodilló en la tina y metió la mano en el agua rozando la piel de su amiga.

—¿Bernarda, qué haces?

—*¿Nunca lo sientes? Aquí* —tocó sus pezones y bajó a su clítoris—. *Las ganas...*

—Ber... te desconozco... —exhaló gustosamente de todas formas.

—*Relájate. Mereces todo por siempre ser tan buena.*

—No... por favor... —pero tomó la mano de Bernarda y la hundió más. Su clítoris estaba enorme y duro. Claro que deseaba, de hecho se masturbaba muy a menudo. Ni ella ni Bernarda habían tenido la chance de estrenar su cuerpo.

—*No temas, no, no temas amiga... solo siente...*—eso le dijo Amon usando

a Bernarda quien abrió su jean y sintió empapadas las bragas.

Amon hizo presión. Qué delicia sentir aquella vulva, la de ambas. La mano de Bernarda siguió masajeando magistralmente el clítoris de Amanda que cada vez se abría más de piernas y se metía sus dedos para aumentar el placer, mientras a la vez, Bernarda se masturbó hasta gritar de un modo desgarrador. Amon vibraba al fin en las artes del sexo, acariciando dos vulvas tiernas y puras a la vez.

Luego de que se vistió, se sintió avergonzada, y sin poder mirar a la cara a Bernarda le pidió que se marchara para estar sola. Sentía ganas de llorar porque le había encantado, pero no quería que ellas se usaran así ante la falta de un hombre, así que era mejor dejar pasar aquel caótico día.

Bernarda se fue. Caminó ligero, pero de repente un sonido perturbador y ya muy conocido le hizo volver la cabeza atrás. Morgan pudo oler a Amon. Había escapado y se veía dispuesto a destrozarle todo el cuerpo.

En vez de un pitbull parecía un toro apunto de arremeter. Amon sacó una larga lengua que no era la de Bernarda. Era negra, fea y aceitosa; y de la nada, adoptó la forma de aquella niña pequeña que engañó a Aníbal Barca en el campo de batalla, hace más de dos milenios, pero fue absurdo, nadie engaña a un perro.

Acto seguido, Morgan desprendiendo espuma de su boca se lanzó de lleno al cuello del cuerpo de Bernarda, pero fue capturado en el aire por una sola mano de la misma. Como si fuese una hoja de papel, abrió su mandíbula con fuerza, jalando para abajo y para arriba hasta casi desmembrarle la cabeza con el crujido de sus huesos al quebrarse. Se lo echó al hombro y en un buzón extremadamente cerrado para reciclar plástico, lo embutió con toda su fuerza comprimiendo su piel arrugada y peluda, y lo dejó allí completamente olvidado.

Al llegar a la entrada de su casa, traquetearon todos sus huesos, la mirada quedó en blanco, y los ojos de Bernarda lucían como ternero degollado, miope, el acné volvió a surgir. Amon ya se había divertido un buen rato, y ahora, había dejado los recuerdos de todo lo que pasó. Bernarda comenzó a llorar y subió a su habitación a encerrarse en la oscuridad. «No, Morgan... Yo... No...» pensó mientras se lanzaba a la cama llorando...

Tristeza, solo tristeza rodeaba su mundo, eso es lo que se repetía y pensaba aferrada a las sábanas. Pero su tristeza y miedos habían aumentado desde que aquel monje oscuro, aquel ser infernal que puede adoptar la forma de una dulce niña y que puede dominar la voluntad de

quien desee a su antojo apareció en su vida...

«¿Cómo llegaste a mi vida maldito?»

«¿Por qué me elegiste a mí?»

«¿Por qué quieres joder aún más mi miserable vida?»

«Pero, ¿cómo llegaste a mi vida... cómo llegaste...? — eso pensaba sin encontrar respuesta hasta que miró su tatuaje, la marca, el emblema de la Novena Legión que figuraba grabado en su tobillo derecho... y entonces sintió miedo, un miedo terrible se apropió de ella. «Deberías pensártelo mejor antes de hacerte un tatuaje emblemático, niña» —recordó las palabras del tatuador—. «¿Acaso has investigado qué sucedió con la Novena Legión en aquel entonces, niña?»

En ese momento miró de nuevo su tatuaje y sintió escalofrío, un tremendo escalofrío que le recorrió haciéndola estremecer...

Ya caída la noche, decidió salir de la recámara para comer algo.

Observó por la ventana del pasillo de arriba.

Un viento cruel azotaba los árboles, junto a un gran temporal. La lluvia golpeaba los cristales, y ni Sandra ni nadie habían cerrado algunas de las ventanas. El agua y el azote de las cortinas era siniestro en aquel largo pasillo de la planta superior.

Vio la puerta del baño entreabierta desde el pasillo, husmeó con mucho cuidado y observó que Sandra aplicaba hielo en su lengua y se le caían las lágrimas de dolor. Balbuceaba, seguía sin habla. ¿Qué pensaría su padre de esa situación?

«¿Papa? Si él pudiese contenerme. Quizá ahora que la casa está ya en silencio pues es hora de dormir, podría hablar con él del modo más tranquilo que pueda. Digo, el conocía a los Carson y pienso que podría al menos empatizar conmigo.»

Continuó por el pasillo rumbo a las escaleras. Observó a los mellizos durmiendo. Se veían angelicales así, quietos, y en otro mundo. Por Dios, su madre sí que sabría la de veces que sin necesidad de que habite Amon ha deseado mandarlos a otro mundo.

Su padre no estaba en la recámara. Así que decidió bajar las escaleras. Supuso que sí estaba en casa ya que el coche estaba aparcado como de costumbre. Aparte, ¿a dónde iría su padre a esas horas? No era un hombre que saliera por la noche, ni por una copa, ni por un café, por

nada.

Vio una tenue luz en el estudio y entonces al asomarse a la puerta se encontró con el espectáculo menos esperado. La enorme pantalla de sesenta y cinco pulgadas, proyectaba en su mejor definición una escena pornográfica en primera plana. Su padre estaba sentado en el sofá, viendo totalmente concentrado, aquella primera toma de un miembro bien lubricado entrando y saliendo de una chica que se retorció y lo pedía más adentro.

Pero lo más impactante para Bernarda, fue que su padre echó la cabeza hacia atrás en el sofá y gimió fuerte, como un loco, y allí le pudo ver... su pene, en la mano, casi que estrangulado por la presión que le ejercía y cómo comenzaba a salir chorros de semen acumulado.

A pesar de que su padre, últimamente había sido un canalla, pudo notar que si estaba así, en plena sala, sin importarle nada, debía estar pasando por mucho estrés. Y de repente, sintió esa punzada en la vagina que la estremeció. Aun cuando rato atrás se había masturbado junto a su amiga, el deseo volvía como alguien que tiene la libido elevada a la mayor potencia.

En la oscuridad de la casa, con sus pisos crujientes, Bernarda se mantuvo observando y veía cómo su padre no podía bajar su erección y continuaba en un relax y entrega total, viendo esas escenas de sexo y acelerando el pulso como si nuevamente fuese a eyacular.

Nunca había visto un miembro. Menos aún el de su papá, solo había sentido el de Carson... qué delicia ese chico. Si simplemente las cosas no se hubiesen arruinado.

Se sintió extraña, así que bajó la mano hasta su short... Notó la mucosidad abrupta que le había bajado de la nada.

La tormenta golpeó más fuerte, y la puerta principal se abrió como si le asestaran una patada. Huyó para no ser vista e intentó cerrar la puerta que parecía ser forzada por una fuerza descomunal. La entrada principal se veía tan oscura y lúgubre, que por un momento, juraría Bernarda que visualizó un templo lleno de estatuas... y detrás de cada una de ellas, comenzaba a salir Carson mostrándole su miembro y pidiéndole que se lo succionara.

Se sobresaltó y cuando por fin cerró la puerta, del otro lado, se veía un campo de batalla y gente fornicando encima de los cuerpos desmembrados. Los soldados haciendo orgías entre ellos, con las víctimas, visiones de ángeles follando con demonios, y de repente, su papá regando el piso de semen y gritando de placer como hace un momento lo hacía en

la sala.

—¡Si nena, si! —decía su padre en voz baja para no ser escuchado...

Ella se llevó la mano a la cabeza y cuando volvió la vista a la casa, solo vio oscuridad y como se extendían los pasillos, como un laberinto. Solo podía distinguirse la tenue luz de la sala donde su padre se relajaba y masturbaba. Y entonces, como era de esperarse, la decrepita voz gutural, dijo:

—Puerquita, cómo se te moja el coño pensando en vergas. Ve y cómesela a tu padre. Tú lo deseas. Cómesela.

—Dios, eres un puerco. No deseo eso.

—Pero tu vulva palpita. Carson te dejó enferma de ganas. ¿Quieres saber un secreto?

—No. Déjame en paz.

—Tu padre está pensando en cómo le gustaría follarte para que comiences a sentirte bien y quitarte todo ese acné de la cara con cada eyaculación que te arroje encima.

—Eres una mierda. Un perverso, enfermo...—dijo Bernarda asqueada y sollozando—. Déjame maldito, o de lo contrario yo...

La risa burlona la increpó:

—¿O de lo contrario tú qué? ¿Dime que harás Berny? ¡No lo has entendido, eh! Estás maldita y tarde o temprano me llevaré tu alma. Solo que me gusta divertirme contigo, eres tan patética —La risa burlona la volvió a increpar—. Ah, ja, ja, ja, ja... ¡No puedes conmigo!, mejor observa al viejo, se masturba así porque cuando le toca hacérselo a Sandra el pene se le baja. Llevan tiempo en que están así. Es más... ve a la habitación antes de que Sandra salga y fíjate que buen juguete tiene ella olvidado ya, porque cada vez que los mellizos se van, le entrega su culo al jardinero.

Bernarda no podía creer lo que escuchaba. Aterrorizada y avanzando de a poco, caminaba junto a la enorme sombra. Influenciada por su poder, se coló a la habitación de su padre y Sandra. Revolvió la parte del armario que le correspondía a ella y allí, entre toda su ropa interior, encontró un gran dildo. Tenía un tamaño exquisito y una réplica perfecta del miembro masculino, incluso con sus pliegues.

—*Con eso se saca la rabia Sandrita* —susurró Amón soltando una

carcajada.

—Qué asco —dijo Bernarda tomándolo apenas con dos dedos.

—No, no, no. Tranquila. Lleva mucho guardado ahí. Está limpio y bien escondido desde que encontró un pene de carne mexicana, Emilio le da el placer que tu viejo no puede.

—Cállate, me voy de aquí.

—No querida... antes toma eso en tus manos.

Sin libre albedrío, porque así sonaban las palabras de Amón, como mandatos que automáticamente lo llevaban a uno a marchar hacia lo que pedía, Bernarda fue al baño de la planta baja y desinfectó por completo aquel aparato para el placer. Luego buscó baterías pequeñas y por fortuna encontró. Lo encendió y se asombró de cómo se contorsionaba para todos lados. Parecía una serpiente con una cabeza muy gruesa, que zigzagueaba sin cesar.

Se miró el espejo del baño y de repente, sus ojos se pusieron en blanco. Crujió un brazo, una pierna, luego la otra, después las costillas se expandieron. Brotó un trasero firme, duro, muy formado. Su cintura se afinó. Abrió su camisa de dormir, que le quedaba como un vestido corto, muy sensual. Sacó los pechos del brasier y notó que eran dos rocas redondas que no desentonarían en la mano de un hombre grande.

La sonrisa siniestra de Amón se reflejó en su rostro. Fuera *brackets*. Con sus propias manos enderezó todos sus dientes. Como si se sacudiera el polvo, quitó el resto de acné, y acomodó la hermosa cabellera. El vibrante dildo lo pasó por sus pezones bien parados. Sus redondos pechos subían y bajaban con aquellos movimientos circulares que buscaban sentir el placer en sus senos.

—Cómo se tocaba papá... así que Sandra no lo calienta...

Salió guardando el dildo en el bolsillo de su camisa y se metió puerta adentro en la sala. Su padre se sobresaltó guardando el pene de golpe, y le gritó:

—¿Pero qué haces?

—Toma la tijera del mueble que está cerca de ti —su padre boquiabierto quería encontrar el control para apagar la televisión que ahora reproducía una mamada frenética.

Bernarda sonrió. Se acercó mientras el hombre mudo hacía lo que le pedía. Se abrió la camisa nuevamente y tomando la mano de su padre, le

hizo cortar su sostén. Los pechos se soltaron y rebotaron. Su padre se los vio y quedó anonadado.

—¿Me ves? De la nada he cambiado. ¿Ves que buen par de tetas que tengo?

—¿Qué te pasa?

—Tienes la verga tesa papá. Te vi cómo te tocabas. ¿Quieres probar estos pechos? Quieres dejarte llevar un rato por la parte más oscura de ti.

—¿Te has vuelto loca? —Amon presionó la mente de Mr. Jordan y puso mayor rigidez en su miembro como si llevara años sin eyacular.

—Ven padre, relájate —lo echó hacia atrás en el sofá, tomó su miembro con la mano y lo palpó. Su padre gimió y no la detuvo, incluso cuando abrió más la camisa y vio aquellos pechos grandes y perfectos, deseo correrse sobre ellos, pero en ese momento un ápice de Bernarda asomó y en una lucha con el sucio demonio Amon, logró soltar el pene de su padre, y se fue corriendo a la habitación.

Escuchó las voces de los soldados romanos diciéndole:

—Solo quiere tenerte, no se detendrá.

Pero Amon presionó más y más en los bajos instintos humanos y condujo a Bernarda ante el espejo.

—Mírate... quítate las bragas y observa. Tu cuerpo se ve espectacular.

Tocó sus pechos viéndose ante el espejo, bajó por su vientre y se separó los labios de la vagina. Vio su clítoris agrandado y duro. Quería relajarse ella también. Entre lo que vio en la iglesia, entre la masturbación que se dieron con Amanda, y su padre... ya no soportaba más. Y Amon quería sentir el placer humano, saborearlo así como lo disfrutaban ellos.

Llenó la tina del baño de su recámara y se relajó.

Amon la llenó de imágenes infernalmente lujuriosas, recuerdos de su propia mente. Orgías, homosexualidad, ninfomanía. El recuerdo de la lujuria dominante y juegos perversos de aquellos tiempos paganos. Tiempos de infinidad de morbos y prácticas de lo prohibido. Luego trajo las imágenes de la iglesia, de lo rico que mamaron al cura y Anabella gozando de cómo comían su coño.

Recordó los dedos suyos en la vulva de Amanda. El pene duro y grueso de

su padre... y ese dildo... le recordaba a la deliciosa verga de Bryan.

—*Frótalo suavemente en círculos en esa zonita que te gusta, Ber* —con voz de pervertido siseaba palabras el despiadado Amon.

De repente el monje proyectó su imagen haciéndola parecerse a la de Bryan. Bryan desnudo mientras le succionaba los senos.

—Sí, Bryan, no pares —exhaló Bernarda y frotaba el dildo contra el clítoris que estaba que explotaba de placer.

—*Mételo, Ber. Mételo con ganas. Goza en lo profundo así del mismo modo que querías comerme la verga.*

—Ay, sí... —y Amon sonrió de lado. Una tras otra todas las imágenes pornográficas, y vivencias sexuales se juntaron como una diapositiva en la cabeza de Bernarda.

—*Eso, mételo, mételo...*

Y abrió bien sus piernas, sumergida en la tina, y aquel grotesco dildo, comenzó a contornearse como una serpiente que se iba colando hacia su útero.

Sintió como se le rompía el himen y siguió empujando. Qué delicia, al fin, sentir cómo se la follaba Carson, su papá, el cura, Amanda comiendo su coño como se lo hicieron a Anabella, incluso imaginó a Sandra siendo bien follada por Emilio el jardinero.

—Muévete duro, Bryan, no pares. Lléname con tu semen.

Amon se estremecía de lujuria y placer dentro del cuerpo de la chica. Era sublime. Aquel aparato grueso le había abierto la vagina deliciosamente y no dejaba de empujarlo cada vez más hacia adentro. Su punto «G» estaba totalmente abordado, su clítoris en el grado máximo. Iba a estallar.

Veía a Carson mordiéndole los pechos, a Amanda lamiendo su coño mientras Bryan empujaba su enorme pene, y su papá le regaba con semen la boca. Se irguió dentro de la tina sobre sus rodillas y empujó más fuerte el dildo que con su contorneo imparables, comenzó a arrastrar desde sus entrañas hasta afuera, un orgasmo descomunal. Un orgasmo que Amon comenzó a sentir como lo más sublime que había probado, y a la vez, llenaba cada vena del cuerpo de Bernarda de un placer brutal.

Así, entre la imagen de Carson a quien ella veía follándosele junto a su padre, y Amanda lamiéndole el clítoris a la par, gritó echando la cabeza hacia atrás y separando bien las piernas. Sus pechos reventaban, el dildo se estrujaba con cada palpito de las paredes vaginales llenas de fluidos y

un hilillo de sangre comenzaba a correr por su pierna.

Soltó el aparato y se dejó caer en la tina, de lado... su cuerpo vencido como si mil demonios la hubieran follado y es que quien lo había hecho era Amon dentro de ella, que equivalía a una legión de demonios, equivalía al infierno puro follándosela sin piedad.

Salió apenas envuelta en una toalla, se metió a su cama, empapada, vencida por tan tormentoso placer y durmió mientras la tormenta rugía enfurecida a la vez que el tatuaje en su tobillo se fundía cada vez más en su piel, como si hubiese nacido con él.

Capítulo 16

Flavio Henry

Despertó dolorida. No podía sentarse bien. Le dolía la cabeza como quien se despierta luego de una noche de copas. Resaca pura.

Caminó y con su típica costumbre de siempre fue susurrando: uno, dos, tres, cuatro... quince. Quince pasos hasta el cuarto de baño.

Memorizaba cosas así. La cantidad de pasos hacia el baño, la cantidad de pasos hasta las recámaras de los mellizos y de Sandra y su padre. Los peldaños de la escalera, la cantidad de vasos de color rojo, o transparentes. No había mucha más vajilla. Las trece copas de vino que guardaba Sandra en el cristalero de su madre, trece porque una la había roto con la torpeza de sus manos.

Contaba los pasos hasta la secundaria cuando caminaba, y siempre prestaba atención al cuenta kilómetros del coche de Amanda.

Mientras hablaba, podía observar llevando cuenta de cuántas veces una persona acomodaba su cabello, hurgaba en su nariz, acomodaba su ropa, e incluso algo demasiado minucioso parecía ser un pasatiempo: contaba sus parpadeos continuamente, o los de la persona que estuviera hablándole.

Esa era la parte obsesa de su ser. Tenía que confesarlo. Mientras cepillaba sus dientes y marcaba con la cabeza asintiendo la cantidad de cepilladas por zona. Cuántas baldosas blancas y cuantas con detalles en negro tenía su toilette, y así, con casi todas las cosas.

Al ducharse, cuando debía ser ligero, igual le gustaba echar el tapón a la tina, porque luego, cuando acababa, miraba antes de vaciarla sabiendo que la tina llevaba unos ochocientos litros en su totalidad, por ende le era fácil calcular cuánta agua había utilizado en un baño que duraba diez minutos, veinte, o media hora.

Sí, así era. Bernarda presentaba conductas un poco maníaco compulsivas, pero era un As para calcularlo todo, es por ello que el mejor promedio era en Matemáticas, al igual que en toda la institución nadie había superado su nivel.

Volviendo a su cuerpo y el modo en que se quitó su virginidad, presa del furor uterino que le provocaba la presencia de Amon valiéndose de ella

para experimentar el placer humano, ahora tenía su precio.

Llevó las manos a su pelvis y la masajéo. Y Amon se había encargado de que recordara todos sus sucios pensamientos, cada acción.

Como se masturbó incitada por las guarras de Anabella y acólitas junto a un cura pederasta y lujurioso. Como se dejó manosear por su padre a quien sin duda por poco, come todo su miembro y le deja poseerla de modo infernal. Y su falta de respeto ante el difunto Bryan, con quien Amon le hizo creer que hacía el amor.

Con un Bryan tieso y frío que sin duda estaría ya bajo tierra, y ella masturbándose con el objeto con el que Sandra saciaba su agonía ante la falta de sexo que le brindaba su padre. Recordaba su contorneo, sus espasmos vaginales alrededor de aquella buena representación de un pene.

Se le contrajo la vagina y sintió dolor, y a su vez, unas ganas de volver a aquella situación. Porque pese a que Amon la poseyera sin notarlo, en esos momentos ella podía experimentar una liberación. Se sentía bella y mejor.

La pesadumbre diaria del *bullying*, los recuerdos que ya no volverían, el dolor emocional, encontraba un descanso y un relax. Cómo si se quitara un peso de encima.

Aun así, necesitaba llorar.

«Qué mediocre eres, Bernarda. Te has desvirgado con un dildo. Un dildo usado por tu madrastra. Eres una puerca. ¿No podías esperar a poder estar un día con un hombre?» pensó, y las lágrimas brotaron más aun.

Cuando se recompuso, tomó desinflamantes y analgésicos de su botiquín. Debía acudir al instituto. Al martirio. Al sitio donde las miradas serían todas acusatorias y con mayor carga negativa que antes. A ese lugar donde pasó lo peor de sí... a ese sitio donde estaría el taburete vacío que una vez ocupó el mejor futbolista y capitán del equipo, el miserable pero atractivo Bryan Carson.

La permanente sombra que continuamente le observaba sonreía y disfrutaba del malestar de la última de los malditos.

—*Sufrirás, Bernarda. Estúpida legionaria. Juro que te enloqueceré. Te usaré a diario. Te haré pecar y caer en las cosas más horribles e irreversibles que jamás has imaginado*—dijo para sí, y luego, poniendo sus largos dedos en los hombros de Bernarda, provocándole una sensación de un peso extra que no sabía de dónde provenía, bajó el rostro hasta su

oído y le susurró:

—*iPutta!* —la voz demoníaca, espeluznante, decrepita, erizó toda la piel de Bernarda.

Se vio al espejo saliendo de su habitación y decidida a vestirse. Había algo que no se había ido.

Dejó caer su atuendo de dormir y notó aquellos pechos firmes y redondos. Unas caderas muy definidas que formaban un contorno perfecto con su cintura. Tenía carne, un bello cuerpo. La anorexia no estaba. Tampoco los *brackets*. Sus dientes relucían en su rostro sin acné, sin gafas.

No importaba qué era. Si la voz que estaba susurrándole «puta» o sus últimos extraños comportamientos. El tatuaje de la **IX legión** o Satanás. Al fin se veía bien y quería hacer uso de eso. Vestirse bella. Por lo tanto buscó sus mejores atuendos y se marchó al colegio.

Esta vez caminó. Amanda no había venido por ella ni la había llamado. Decidió darle tiempo porque quizá aún no superaba el momento caliente y hormonal que tuvieron al cual no supieron frenar a tiempo.

Quinientos cincuenta pasos. Pasos de sus piernas largas. Eso le llevaba hasta el colegio.

Al llegar, aunque aquello se asemejaba a ir hacia las fauces del lobo por cuenta propia, su nuevo aspecto le daba otra seguridad.

Todas las miradas se dirigieron a ella. Iba un tanto retrasada y entró cuando todos estaban ya en sus asientos, incluso el odioso Flavio Henry, profesor de Matemáticas ya estaba escribiendo un teorema en la pizarra.

No pidió ni permiso. Solo entró y se dirigió a su asiento siendo acuchillada por todas las miradas.

Por un momento se quedó todo en cámara lenta al pasar por el taburete de Carson. Su mirada se entristeció un poco, pero Amon estaba allí para jugarle siempre una pasada.

De la nada, el cuerpo podrido de Carson apareció sonriendo. Incluso putrefacto estaba más bello que nunca. Le hizo un gesto como si se la follara así, sentado en su taburete, y ella apuró un paso torpe hasta su asiento ante el miedo que le provocaba aquella visión.

No podía gritar, no podía decir nada, solo pensarían que era una loca irrespetuosa y seguro terminaban por matarla a golpes.

Carson giró en su asiento y la miraba fijo. Lo evadía, pero cada vez que sus ojos chocaban con él, dejaba salir una lengua larga que gesticulaba devorarle la entepierna. Una lengua negra, putrefacta. Y reía guturalmente.

Bernarda estaba tiesa, mientras todos la veían. Las únicas que no tenían el tupé para mirarla eran Anabella, Gina y Laura. En verdad habían sentido profundamente la amenaza de la mosquita muerta Bernarda.

Flavio Henry, golpeó el marcador contra el pizarrón y dejó de escribir. Giró y apoyó sus puños en el escritorio inclinando su cuerpo.

—¿Usted se ha pensado que esto es un salón de baile que llega a la hora que quiere?

—Lo siento.

—«Lo siento» Bla, bla, bla. Siempre la misma torpe con esa voz de fosa de desechos humanos.

—Jamás he llegado tarde —observó su reloj y prosiguió—, de hecho, entré dos minutos pasada la hora.

—¿Te atreves a contestar? Luego del montaje que hiciste con tu falta de respeto hacia Carson, deberías ser despedida de esta escuela. No puedo creer que te atrevas a entrar a mi clase, tarde. Ni siquiera puedo creer que estés en mi clase.

—Pero... ¿Por qué mezcla las cosas? Soy la estudiante con promedio «A» que tiene. La única. De esta clase y de esta institución. Es demasiado para lo que usted enseña.

—¿Cómo has dicho, maleducada?

—¿Sabe usted que no puede insultarme? ¿Desea que encienda mi celular para ponerlo a grabar y denunciarlo por maltrato escolar a las respectivas autoridades? Usted es muy vulgar.

Flavio anonadado, aplaudió y comenzó a reír.

—Bien, geniecillo. Resuelve lo que acabo de escribir sin ninguna explicación. Y lee en voz alta.

—*Ja, ja, ja, Berny, vamos a responder al casi hombre este* —susurró Amon al oído de Bernarda.

De repente, como un rayo, los ojos de Bernarda empalidecieron y

rápidamente volvió en sí. No fue perceptible para nadie.

—«Si una función f alcanza un máximo o mínimo local en c , y si la derivada $f'(c)$ existe en el punto c , entonces $f'(c) = 0$.» Te... teo... teorema... dddd... —Amon comenzó a jugar con ella. Él jamás estaría de parte de una legionaria, pero tampoco de otros mortales, porque solo eso eran, simples primates sin sentido de existir, formados de un Dios cruel, injusto, que no valoraba el verdadero poder de los seres que existieron desde el principio del tiempo.

—¡Ya cállate! no soporto ese torpe tartamudeo —protestó Flavio Henry—. No tienes la habilidad de siquiera leer bien. ¿Mejor promedio? ¿Mejor de la clase? ¿Mejor de la institución? No sé cómo es que obtienes altas calificaciones. No sé cómo has logrado llegar al último grado. Seguramente has pasado tu vida copiando y haciéndonos trampa a los docentes. Eres atrevida, osas llamarme vulgar cuando tú no tienes ni clase. Aquí, tú, que estás en la casa de la sabiduría, de la lógica, de donde han salido grandes eruditos. Tú, que vienes al gran y prestigioso **King Lion Hearth**, ¿no puedes leer? ¿Piensas que entonces podrás entender este teorema? Pequeña granuja, bocaza, insolente... el hazmerreír del instituto, eso es lo que tú eres —terminó por gesticular amaneradamente y en un ataque de histeria el emblemático profesor Flavio Henry

—Escucha, macho a medias, maricón mal follado —y apoyó los puños con rabia irguiéndose en el taburete—. ¿Sabes dónde está ahora mismo el que formuló ese cagado teorema de los máximos y mínimos de funciones diferenciales y bla, bla, bla? Está detrás de tu culo, marica. ¿Te crees que no puedo contarle a la clase cómo eres de pasivo? Esclavo de hombres. Te dejas follar por el primero que se pase por tu camino, porque todos sabemos que al homosexual le cuesta más encontrar quien se lo quiera engullir, ¿Verdad, chicos? —hizo un ademán sonriente hacia la clase que la veía sin expresión, y sonriéndole de modo triunfante a Flavio Henry que tenía su boca arrastrando por el piso de lo perplejo que estaba ante el descaro de esa maldita cría.

—¡Tú no conoces de límites! —gritó con fuerza el docente que le brindaba a su estilo inglés mayor elegancia con sus gesticulaciones afeminadas.

Amon, cada vez más dueño de Bernarda le hizo crujir la nuca, rechinar los dientes, desorbitar los ojos y clavar las uñas al taburete del cual estaba aferrada y encrespada como una hiena feroz.

—*Flavy, ¿te has portado mal otra vez? ¿Qué te ha dicho mamá que se hace cuando uno se porta así de mal usando un vestido rosa de princesa cuando eso pertenece a tu hermanita?* —los labios de Henry comenzaron a temblar y también sus manos ante aquella representación textual y auditiva de la voz de su ya fallecida madre—. *Niño malo. Yo tuve una hija y un hijo, no dos niñas. Aunque tú pareces tener más estrógenos que la*

velluda de tu hermana. Ahora, niño puerco, blasfemo, vas al cuarto de baño y te metes las barras de jabón enteras para aliviar tus pecados.

—prosiguió Amón dentro de Bernarda de manera despiadada, imitando a la mamá de Henry.

Flavio temblaba y se derramó en lágrimas. Amón había encontrado aquel punto de su niñez que tanto deseaba olvidar, cuando su mamá, una persona conservadora de la vida que impuso la Biblia a sus obedientes corderos, donde al hombre que le gusta el hombre o a la mujer que le gusta la mujer se les considera abominaciones del Señor. Errores, humanos que chocaron con demonios. Así que madre Isabel, como ella obligaba a llamarle, le obligaba a meterse las barras de jabón de tocador enteras en su Ano y donde no pudiera retenerlas, el castigo solo su Dios lo sabía.

Lo cierto es que Flavio aparte de llorar por tener que introducirse esas cosas que eran enormes y ardían, no podía contenerlas, y luego, se defecaba y hasta orinaba encima. En ningún momento lo dejaba deshacerse de los vestidos de su hermana, o los tutus de ballet, cenaba así, sucio de excremento y orina.

—¡Detente! —gritó ahogado en llanto el profesor.

—Chicos... la razón por la que este maricón al cual le habría sido de lujo nacer en la época Grecorromana está siempre tan estreñido es porque no sabe cerrar la boca. Antaño se debatía cómo le gustaba más, si comérsela o entregar su trasero, pero le gusta más lo bruto, sentirse mujer, olvidarse que tiene un pene. Se habría operado si pudiera, pero nadie le daría trabajo, menos en esta institución. Observen acaso si miento... echen una mirada a ese puerco repugnante que desquita conmigo la represión que le dejó su miserable madre. Una sucia vieja que no le gustaba bañarse a menudo e iba a la iglesia cada domingo, como también para sostener a la familia engullía pollas de curas trastornados como ella. ¡Ah, y también comía coños de alguna que otra monja! Así que ya ve, Señor profesor intelectual, genio, que incita al bullying, que le desagrada mi rostro, mi promedio, mi todo... siéntete bien de saber que tu mamá te hacía eso porque no quería que te le parecieras.

Amon hizo mayor presión en la mirada de Bernarda, logrando que la entrepierna y parte trasera de Flavio Henry comenzara a ensuciarse por completo.

—¡Bernarda! —interrumpió Amanda, pese a que sabía que Flavio se lo había buscado la desconocía y tenía todos los puntos sumados para ser arrojada de una patada del prestigioso **King Lion Hearth**.

—Observen, ja, ja, ja... He escarbado las heridas emocionales del señor Henry. Miren al maricón llorar y cagarse estando de pie. Seguro recuerda

el ardor de las barras de jabón —terminó por decir Bernarda presa de Amón, ignorando a Amanda y comenzando a avanzar hasta la puerta del salón —: Ahora, por favor, sea amable de salir de aquí, nos está dejando verdes con su hedor.

Toda la clase echó a reír sin parar, y el emblemático Flavio Henry, huyó despavorido.

La sonrisa de lado de la joven Bernarda poseída, con la mirada fija en cómo huía Flavio, aquél déspota que permitía las burlas, aquél que jamás detuvo los malos comportamientos hacia ella. Amón comandaba su cuerpo, es verdad, pero no cabe duda que Bernarda disfrutó esta vez de la gran humillación que asestó a ese pedante.

—Y ustedes sonrían mientras pueden, ahora se ponen de parte de esta niñata. Humanos repletos de malicia... Ni yo que me alimento de almas juego con las personas solo por jugar. Solo tomo aquello para lo que he sido invocado o lo que molesta... incluso en mí, un simple demonio hay una razón. Pero todos ustedes, adolescentes sin futuro, han destrozado a una niña desde la infancia y hasta ahora aun tiembla mientras duerme y se cohíbe por ustedes. Son basura, Padre... tus hijos terrenales son simplemente basura. Es grandioso presenciar el mundo a través de tu miseria, Berny... ja, ja, ja —profirió Amón para su interior, mientras su mirada iba y venía sin borrar la cruel sonrisa del rostro mejorado de aquel cuerpo en el cual habitaba a su antojo.

Capítulo 17

Expiación

Corrió sin detenerse sintiendo el peso de la suciedad en sus pantalones. Recordó el callejón en el que estaban los vertederos de basura del instituto. Era minúsculo y muy resguardado, por lo tanto se detuvo allí. Necesitaba un respiro porque sentía que su corazón iba a explotar.

Flavio llevó la mano derecha a su pantalón y vomitó. El hedor era como si sus heces hubieran estado en sus intestinos por un mes. Olía a carne podrida, y no lo podía creer, pues él era vegano.

—¡Bastardaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa! —profirió a los cuatro vientos.

Lloró de rabia, de dolor ante el recuerdo. ¿Cómo podía ser que esa víbora supiera esas cosas? Todo eso estaba oculto en su pasado, jamás había salido de su casa aquellos recuerdos, su madre estaba muerta y su hermana vivía en Islandia. Aparte ella no estaba realmente tan al tanto de todo, y jamás se lo contaría a una niñita chismosa.

—Dios, ¿cómo lo sabe? Señor, sé que perdonas a tu hijo. Ayúdame. No puedo volver así, no puedo dejar la clase sola. ¿Hazme saber cómo esa mocosa logró estar al tanto de esto? ¿Es una *hacker*? ¿Me ha *stalkeado* la vida? Aun así nada de esto está en las redes... es... ¡Es un demonio!
—exclamó.

Continuó en un debate interior intentando descifrar lo sucedido: «¡Oh, mi Dios! Solo un demonio podría tener ese comportamiento tan aberrante. No hubo testigos. Nadie conoce mi vida privada, ni siquiera mi antigua pareja Nicolás. Cuánto más pienso no logro saber de dónde pudo sacar esa información...»

—¡Dios! ¿Habrá sido aquel *hater* que tenía...? Mmm... ¿Aquel mocoso egocéntrico con cara de mandril al cual rechacé? Ese poca cosa que tenía un nombre vulgar... ¡Ay, Dios! ¿Cómo era? Oh, sí... ¡Andrés! Aquel chico *delivery*. ¿Se habrá puesto él en contacto con esa mocosa? Ese miserable que robó mi diario... —exclamó triunfante de sentir que obtenía una respuesta. Su respiración estaba muy agitada, encontró en su bolsillo la llave de su coche nuevo, pero para fortuna, los asientos de cuero podrían ser lavados fácilmente.

Al diablo con todo, se marcharía, mejor eso y llevar una amonestación, que permanecer en aquel estado insalubre que no iba de la mano con su

intachable personalidad y estética.

Llegó a su casa, directo a la ducha.

Mientras se duchaba, comenzó a recordar... ¿Por qué no soportaba a Bernarda? Y entonces, en voz alta, sintió que debía confesarse.

—La odié desde que la vi, por tener los ojos bizcos, por esa cara que chorreaba más grasa que un cerdo. Por esos puntos verdes y amarillos de esos inmensos granos. Esos dientes de Nosferatu, unos montados encima de otros con esos frenillos que los usaría hasta la tumba porque su boca parecía una malformación. Odiaba su raquitismo, ¡por Dios! ¡Odiaba todo en ella! —terminó por decir con un nuevo arrebató de histeria.

Él era un amante de la estética, y para lograr ser profesor de Matemáticas tuvo que luchar y luchar, porque no era un geniecillo. Entonces, consideraba injusto que en esta vida, una criatura tan horrorosa, sin futuro, porque por más inteligente que fuera, ante aquella fealdad no la pondrían ni a juntar limosna en la iglesia, tuviera aquella facilidad.

¡Una mente brillante! —Golpeó la pared con la palma de sus manos y emanó un grito de rabia —: ¡No lo merece, Dios, no lo merece!

Luego de haber lavado la ropa, echarse de todo tipo de loción y perfumes caros como le gustaba usar a él y lavar el asiento de conductor, desinfectando todo, decidió relajarse.

Ese día su móvil sonó sin cesar, pero no contestó a nadie. Pensaba darse parte de enfermo, necesitaba un descanso mental y luego contar con testigos de la clase para mandar a freír patatas a la malvada Bernarda Harper.

Decidió que comería pizza con *pepperoni* que era su preferida y comenzó a ver National Geographic mientras esperaba que llegara la orden. Viendo a los animales y su libertad para vivir, exclamó:

—¡Ay, qué envidia! —fue interrumpido por el timbre. La pizza había llegado.

Rumbo a abrir la puerta, cuando recogió el dinero de la mesita que tenía en el recibidor, un portarretrato con la foto de su madre cayó. Esto le causó un escalofrío, pero aun así, no se molestó en volverla a poner en su lugar. Fue decidido a la recoger su cena, sin tener la más remota idea de que abriría la puerta a su fatídico destino.

Al salir, la persona que le trajo la pizza era el rechazado y viejo *hater*: Andrés, al cual le temblaban los labios porque unos dedos más alargados

de lo normal lo tenían tomado desde el cuello por detrás.

—¿Cómo se atreven a venir aquí? Lo sabía... él te lo contó todo —dijo Flavio.

—No. Le vale que le haga caso, por favor. Yo estoy siendo obligado a esto —dijo Andrés.

—Así es, profesor, solo déjenos entrar —ordenó Bernarda conteniendo a Amon en todo su esplendor.

Una vez dentro, tomó al insignificante que robó el diario de una criatura tan común como Flavio Henry, y le torció el cuello en un ligero ruido a huesos triturados, quitándole la vida de inmediato y en plena sala del confundido profesor.

—¡Dios! ¿Qué haces? —gritó Flavio.

—*Estos humanos, siempre tan malagradecidos. Le quité un problema de encima. Muestre respeto.*

—¿Qué clase de ser infernal eres?

—*Bueno... usted es bastante bueno para juzgar, ya veo. Le diré que soy una clase única y descomunal.*

—Re... Renunciaré. Haré lo que me diga, pe...pero váyase, por favor.

—*Oh, el humano. Cuánto respeto y miles de cosas más muestran cuando están acorralados. Hasta parece bipolar. ¡No he venido a pactar!*

Bernarda con Amon hasta en el torrente sanguíneo, estiró sus brazos, puso los ojos en blanco y abrió la boca imitando un grito mudo, mirando al cielo. Parecía una crucifixión. Entonces su sombra comenzó a estirarse y a formar la de un monje, aunque su cuerpo no cambiaba. Acto seguido, quedó suspendida en el aire y luego, cayó al piso, mientras las pequeñas pisadas de una niña tierna comenzaban a aproximarse a Flavio Henry que miraba anonadado.

—Seguramente esto es una pesadilla —dijo asustado el profesor.

—*Créame que no lo es* —emanó guturalmente la voz del demonio que lucía como niña pequeña.

Bernarda comenzó a ponerse en pie y observó la situación, pero no podía hablar. No tenía la capacidad de comprender por completo la situación.

—Pppor favor, detente... —fue todo lo que pudo decir la última de los Legionarios.

La pequeña giró apenas su cabeza, la observó y sonrió como una villana.

—En verdad debería haber comenzado por ti, pero es más sublime jugar a enloquecerte, perturbarte, hacer que veas mi poder y entregues tu alma sin hacer problema.

—Bernarda, ¿qué es esto? —era la primera vez que Flavio le llamaba por su nombre y la trataba como a una persona.

—No lo sé... —respondió comenzando a llorar.

—Por favor, silencio. Veamos señor Henry, erudito de las Matemáticas. ¿Desea jugar con las barras de jabón? Hoy en día eso a su destrozado recto no le es nada.

—Deténgase, lo que sea que es usted. No es más que una simple niña —y agravó la situación al tomarla del vestido y echarla afuera.

Volvió a la sala y mirando a Bernarda, le dijo:

—Lo que voy a preguntar no puedo creer que lo vaya a decir, pero, ¿la razón de tu comportamiento, incluso de tu mejora es que hiciste un pacto con el Diablo?

—No, señor Henry —respondió Bernarda angustiada, y abrió grande los ojos haciéndole señas a que diera la vuelta.

Flavio Henry dio la vuelta a toda velocidad y allí estaba la niña nuevamente de pie y empezó a reír a carcajadas. Paralizó todo su cuerpo, también a Bernarda, sin dejarla parpadear.

—Siéntelo, princesa de su madre —empuñó con toda su fuerza en su pequeño puño de niña adorable una vara de hierro grueso que arrancó de la verja de Henry, con la cual rajó primero su pantalón, luego la ropa interior, después atravesó su esfínter, su intestino, estómago, pulmones, y por último, subió por su laringe hasta dejar salir la punta por su boca.

—iMmmmmm! —lloraba Bernarda en silencio sin poder separar los labios.

—Querido Flavio, debiste conocer a Vlad Tepes, el empalador. Podría haberte satisfecho mucho. Vamos, muere, no tiembles, cierra de una vez esos ojos. Imagina que cuando la policía te encuentre parecerás una hermosa escultura. Empalado de pie. Completamente perforado. Fue un tiro espectacular. Ahora comprende esto, humano miserable, porque será lo último que escuches mientras cierras los ojos: El infierno existe y tiene

un lugar reservado para ti. Ante el maltrato y lo mezquina que ha sido tu vida, no devuelvas lo mismo porque tarde o temprano, te lo cobrarán.

Así terminó Flavio Henry, un profesor que no sabía ni quería detener las agresiones hacia Bernarda Harper quien terminó siendo su asesina.

Sí, asesina, pues cuando dejó de temblar y parpadeó con normalidad, notó que aún sujetaba la punta de la lanza introducida por el ano de su profesor, y estaba empapada de sangre.

Amon jugaba con su mente a su antojo y le hizo creer que era la niña que asesinaba a Flavio, pero no era más que ella y el odio acumulado año tras año por cada uno de aquellos miserables sin compasión. Y quien las hace las paga, siempre es así. Es una ley del universo.

Sacó sus manos de aquel horror, tembló y gimió de miedo. Y el susurro maléfico y gutural le advirtió:

—Comienza a correr.

Capítulo 18

Confesiones

Bernarda abandonó la casa del maestro de matemáticas sin voltear a mirar. Corría y corría sin poder ver nada, todo lo veía nublado, sus ojos estaban inundados de lágrimas. Mantenía la imagen de Flavio Henry empalado en medio de su sala...

Corrió una cuadra...

Corrió y corrió tropezándose con la gente que caminaba por las aceras...

—¡Oye niña ten cuidado! —gritó una madre que levantaba del suelo a su pequeña hija que fue arroyada por Bernarda...

Su casa fue el primer lugar en el que pensó para ir a refugiarse y escapar de la pesadilla que acababa de presenciar. Faltaban pocas casas, corría más y más aprisa, cada vez que se miraba las manos ensangrentadas se le venían las lágrimas, entonces fue disminuyendo la velocidad, cada vez más lento y más lento hasta que caminaba.

«¿Para qué me apuro a ir a casa? Papá no me quiere ver ni en pintura. Sandra me odia y los gemelos me temen» — se detuvo en medio de un parque y se encogió de hombros, en ese momento un hombre que pasaba por el lugar se acercó y le preguntó:

—¿Te sientes bien, cariñó? Tus manos están sangrando...

Bernarda lo miró fijamente y se echó a la fuga de nuevo...

—¡Oye niña! ¿Qué te pasa? —preguntó el hombre asombrado por el arrebato de la chica, quien se perdió doblando la esquina...

Las campanas avisaban la misa del martes, siempre dedicada a la virgen María Auxiliadora en la Catedral de Southwark, situada junto al puente de Londres. Es uno de los templos más antiguos del país, data del siglo VI y su estilo gótico ha sido considerado ejemplo de perfección en la arquitectura moderna.

Los cantos eran entonados por los feligreses en alabanza a la reina de los ángeles:

—Rendidos a tus plantas, Reina y Señora, los cristianos te aclaman su auxiliadora... ¡Yo tus auxilios, vengo a pedir, virgen santísima, ruega por

mí! —Parecía el ensayo de un coro, porque ninguno de los asistentes desentonaban...

El canto terminó y el reverendo dijo:

—«Una Luz brilla en nuestros corazones, ya que el señor ha nacido entre nosotros y es llamado Dios maravilloso. ¡El príncipe de la paz!».

—«Mi paz os dejo, mi paz os doy».

Todos le seguían atentos al ritual de la misa. Olía a incienso. Olía a paz. Las imágenes de los santos parecían estar confabuladas con los asistentes pues inmóviles y en silencio prestaban atención al sacerdote.

—«Mientras el mundo se rinde yo me rindo a vos»

—¡El señor es mi luz y mi salvación! Entonces... ¿A quién debo temer? Si el Señor es el defensor de nuestras vidas.

La gente acudía en masa para orarle a la madre inmaculada de Jesús y cargarla de peticiones que esperaban les fuesen cumplidas lo antes posible.

A las afueras de la iglesia queda el acogedor parque que en tiempo pasado acogió a William Shakespeare quien como parroquiano se sentaba allí a escuchar cantos gregorianos y a escribir. Ahora el parque alberga a los feligreses después de terminada la eucaristía para tomarse un té y platicar antes de irse para sus casas.

Las personas se dispersaron después del final de la misa, ya la iglesia estaba casi vacía. Solo algunas señoras de mayor edad continuaban orando a la Virgen mientras coordinaban las cuencas de los rosarios recitando los misterios. También un hombre de rodillas recorría la iglesia con las manos elevadas y moviendo los labios en voz baja, observaba los santos de yeso y se daba la bendición siempre que pasaba bajo la figura de María. Tenía las rodillas magulladas, pues recorrer la Iglesia demanda un buen tiempo y un dolor terrible. «Es el precio que debían pagar por un favor urgente encomendado a la santa madre». Pensaban así los creyentes.

Bernarda se detuvo en la Catedral. Respiró hondo, sentía el corazón acelerado... «No, otra vez no» — suplicó en su interior. De repente los ojos se le blanquearon...

El reverendo Dan, se encontraba en el confesionario. Los ojos le pesaban, se le cerraban del sueño. Los martes era un día extenuante, había que

hacer muchos preparativos para atender la cantidad de visitantes.

Era un hombre de mediana edad, pero su cabellera estaba blanca como la nieve, aunque su piel lucía de maravilla, tenía los ojos azules y usaba anteojos. De pronto, sintió que alguien se sentaba del otro lado del confesionario.

El sacerdote abrió los ojos...

—Bienvenido a la casa del señor, ¡Que él este en tu corazón y te ayude a confesar tus pecados! ¿Cuándo fue tu última confesión?

Una respiración rasposa se escuchaba sin inmutar palabra...

Entonces el reverendo Dan preguntó de nuevo:

—¿Cuándo fue tu última confesión?

—*Nunca antes, padre.*

Dan arrugó el rostro. Y en ese momento comenzó a sentir un frío congelante que le hizo frotarse las manos y los brazos...

—¿Qui...Quién eres? —confrontó el sacerdote.

—*Lo sabéis bien, Dan* —respondió una voz tenebrosa y peligrosa...

—Pe... pero, no entiendo —susurró atemorizado el sacerdote intentando ver a la persona tras la rejilla del confesionario, sólo pudo ver los labios hermosos de una mujer, era una adolescente. El reverendo se retorció en su asiento...

—*No tema reverendo.*

Un silencio invadió el templo...

La voz gruesa y atemorizante de la chica hizo palpitar al sacerdote...

—*¿Quiere saber quién soy?... Soy aquel que hizo caer a Dymas y a Gestas, para ser crucificados junto a Yeshúa en el Gólgota* —La estrepitosa risa se hizo exasperante—. *Lo vi sufrir clavado a la cruz, mientras Gestas le retaba a que se salvara a si mismo... ¡Fui yo quien lo tentó en su última hora, padre! Ja, ja, ja, ja, ja, ja... fue tan divertido.*

Un canto aterrador proveniente de la nada escuchó el sacerdote en su mente... eran sirenas acompañadas por una tonada triste de violines...

—Padre nuestro que estas en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino así en la ti...

—*Cállate, reverendo...* —lo interrumpió abruptamente la chica poseída por el demonio—. *Puedes hacer más que una simple oración Dan. Ammmm, rezarás como aquella vez cuando servías de misionero en Sierra Leona, y dejaste morir a esa familia a manos de los mineros de diamantes... ¡Vamos reza! ¡Reza cobarde! ¡Rezaaaa!*

El padre apretaba los labios, tragaba en seco intentando dominar la situación, pero fue en ese momento cuando escuchó algo que fulminó su cordura...

—*Padre, señor Padre, no deje que maten a mis papitos, por favor, no lo permita, padre Dan, ayúdelos, ayude a mis papitos* —era la voz de una niña de nueve años que en medio del llanto suplicaba por la vida de sus padres, y que el perverso de Amon invocó para traer recuerdos tormentosos sobre el reverendo.

—*¡Basta! ¡Basta!* —golpeó el sacerdote la madera del confesionario y vociferó—. *¡Deja mi mente en paz, maldito! ¡No funcionará!*

—*¡Opsssssssssss!* —gesticuló Bernarda presa del poder de Amon—. *He aquí, yo os envió como a ovejas en medio de lobos: sed pues prudentes como serpientes, y sencillos como palomas y guardaos de los hombres, porque os entregaran en concilios y en sus sinagogas os azotaran*—. Una voz encantadora de varón muy fresca y juvenil recitó las escrituras a la perfección: —*Mateo 10: 16 - 17*—. Entonces el demonio liberó una carcajada y agregó—: *de la misma voz del Nazareno, ni más ni menos, su cita favorita, Padre Dan.*

El sacerdote respiró sin saber qué decir o qué hacer...

—*Déjala... déjala en paz, ¿Qué pretendes con la chica que posees?*
—Preguntó el padre mientras apretaba entre su puño derecho la cruz plateada de su rosario...

—*Verla sufrir. Verla feliz. Vivir a través de ella* —el demonio guardó un silencio sepulcral y terminó diciendo—: *Y en el final de los tiempos, Ángeles y Demonios lucharán por poseer la única alma pura que queda sobre la tierra; Entiendes Dan, la última alma pura, ni más, ni menos...*
—La voz de Amon era de ultratumba.

El sacerdote meneó la cabeza de un lado al otro. Respiró hondo, cerró los ojos y comenzó a decir: —Le hablo a la chica que esta presa por éste demonio —dijo con fuerza el reverendo—. *¡Lucha! ¡Lucha!* pero no cedas, los seres humanos somos hechos de materia y luz... somos superiores a éstos caídos que solo son hechos de luz, pero su luz ha sido profanada por

su perversa ambición, por eso han de vivir ocultos, temiendo siempre el castigo de Dios.

—¡Cállate cobarde! No los pudiste salvar, los asesinaron delante de ti y solo pudiste rezar... ¡cállate! ¿Recuerdas sus cadáveres cubiertos de barro y diamantes?

El padre Dan ignoró lo que el demonio le decía, sabía que solo intentaba desestabilizar su mente...

—Le hablo a la chica que esta poseída por esta entidad... Por favor, niña... ¡Lucha! ¡Lucha y no temas, Dios está contigo!

—¡Ayudaaaaaaa! A...Ayúdeme padre —ella lo miró fugazmente con sus ojos y luego emitió un grito que resonó por toda la iglesia, tan fuerte como un trueno. Sin embargo solo el sacerdote lo escuchó, pues las ancianitas continuaban rezando el rosario y el hombre penitente continuaba recorriendo la iglesia de rodillas.

—Ayúdeme Padre, Él... él me quiere usar para hacer el mal. Él... Su nombre es... ¡Arkkkkkkkkkkkkkkkkkk! —un grito ensordecedor atemorizó al reverendo. Bernarda sufría, su cuerpo comenzó a estremecerse al interior del confesionario, en ese momento el hombre que recorría la iglesia de rodillas pasaba junto al confesionario y se quedó mirando al padre a través de la rejilla y le dijo sin más ni más:

—Déjela, padre, no tiene caso pelear su alma, ella ya está maldita... ¿Acaso no logra verlo? Ella tiene la marca, ella es la última de los malditos
—el hombre siguió con sus rodillas raspadas dejando un hilo de sangre con su avanzar y rezó en voz alta:

—¡Oh María, madre de Jesús y madre nuestra, ayúdame en aquello que te pido de corazón!... Oh María, madre de Jesús y madre nuestra, ayúdame en aquello que te pido de corazón.

El sacerdote regresó la mirada hacia Bernarda, pero solo podía ver sus delineados labios y algunos rasgos juveniles...

—En nombre de San Miguel Arcángel, general de las legiones de Yahveh, yo su súbdito Dan, ungido por el poder de él te ordeno que me digas tu nombre...

Una risa estremeció al sacerdote y un calor sofocante lo hizo jadear...

—He tenido tantos nombres. He caminado por la historia del hombre con un solo propósito, Recaudar almas...

—¡Por el poder de San Miguel arcángel dime tu nombre! —gritó el reverendo, atemorizado y al mismo tiempo enfurecido...

—Su... su nombre es Amon —dijo Bernarda en un leve momento de lucidez. Entonces la chica se incorporó y abandonó el confesionario...

El padre Dan abrió la portezuela del confesionario y salió a veloz carrera en busca de ella, el sudor empañaba su frente, ahora el calor lo estaba quemando...

—¡De... detente!

Pero Bernarda caminaba absorta sin voltear a mirar, entonces el padre le ordenó al capellán que se encontraba al otro extremo de la iglesia que cerrara las puertas...

—¡Pronto, Matt, cierra las puertas!

Las ancianas voltearon a mirar... pero no comprendían que sucedía, sólo veían al reverendo Dan corriendo detrás de una chica que caminaba a paso lento. Entonces el sacerdote la alcanzó y la acunó en su pecho, pero Dan salió impulsado por una fuerza descomunal a estrellarse contra la pared, derribando un santo de yeso con su cuerpo...

Las señoras se levantaron de prisa y se miraron unas a otras atemorizadas... el capellán por su parte salió a auxiliar al padre.

Dan, se incorporó de prisa y se abalanzó sobre Bernarda derribándola con su cuerpo y entonces la acunó en sus brazos de nuevo...

—¡El abrazo! Este es el abrazo de Dios —dijo el reverendo y rezó una plegaria con los ojos dirigidos al cielo—: Dios mío, padre mío, Rey de reyes, señor de señores, ¡Padre dueño de todo! Tu nombre no conocerá final y como tu nombre ha de ser eterno ayúdame a detener a esta entidad maligna con la invocación de tu santo nombre...

Bernarda se retorció en los brazos del padre...

Yo Dan, te ordeno demonio, en nombre del gran Yahveh, Dios del universo, que abandones el cuerpo de esta chica ahora mismo...

Bernarda luchaba ferozmente en los brazos de Dan, quien no la soltaba pese a los movimientos bruscos de ella que se retorció y retorció lanzando insultos en arameo, luego en hebreo y luego en latín:

—*Maledictus sacerdotis*

—*Odor putridam carnem*

—*Inertia*

—*Inertia*

—*Inertia*

—*Et oderunt et me et Christo Iesu*

—Señor aleja a éste demonio Amon del cuerpo de la chica...

—*No me iré...*

—Señor aleja a éste demonio Amon del cuerpo de la chica...

—*Cállate, no me iré ¡Puto!*

—Señor aleja al caído Amon del cuerpo de la chica... ¡Vete de su cuerpo! En nombre de Dios deja su cuerpo inocente... déjala, es el nombre de Dios quien te lo ordena... ¡Dejadlaaaaaa!

En ese momento la catedral comenzó a temblar, las paredes se agrietaron, las bancas se corrieron solas, y algunos santos fueron a parar al piso...

De repente, las puertas de la iglesia se abrieron de par en par con una brutalidad casi que divina. Una terrible ventisca las abrió y fue entonces cuando Bernarda pudo respirar...

Su mirada de adolescente confrontó al reverendo...

—Tranquilízate, niña, estoy contigo —dijo el sacerdote.

Ella parpadeó y allí estaba ese hombre que nunca antes había visto. Él la miraba intrigado con sus ojos azules. Su cabello estaba cano y vestía de sotana negra, en ese momento la acunó más fuerte en sus brazos:

—Tranquila niña —le dijo—. No temas, soy el padre Dan.

Capítulo 19

Deben Temerme

Anabella lucía hermosa, radiante con su vestido azul corto ceñido al cuerpo y su cabellera dorada sedosa la hacía parecer una diva del cine.

Una fotografía capturó su mejor sonrisa.

Otra fotografía abrazando a un chico moreno la hizo lucir exótica.

Otra foto mirando a la cámara, sonriendo y sosteniendo los tacones en la mano derecha...

Otra fotografía con un abrigo de piel de diseño juvenil, muy propicio para el invierno...

Anabella estaba feliz, había firmado contrato con la Casa Di Polo, para ser la nueva imagen juvenil de su colección de invierno. Para ella era todo un logro salir en las portadas de catálogos de ropa juvenil en todo Londres y reino unido.

—¡Tomemos un descanso, *raggaza!* —dijo el fotógrafo, ella sonrió y asintió para ir de prisa a abrazar a sus amigas Gina y Laura.

—¡Lo haces muy bien amiga! —soltó Gina de golpe abrazándola fuerte pero en ese momento fueron interrumpidas por una alegre Laura quien sostenía su móvil en la mano derecha y dijo:

—Júntense, ¡Vamos más juntas! Quiero una *selfie* para mi Facebook. No siempre se está con una modelo profesional y más que esa modelo sea tu mejor amiga.

Las tres chicas sonrieron y quedaron capturadas en una foto inmortal.

—Ah, es mi turno —dijo Gina sosteniendo su teléfono celular—. ¡Gatas sonrían! —Dijo y capturó la selfie que tendría como destino su twitter.

—Oye Anabel... hoy iremos a la fiesta que dará Samuel Clint... Vaya que si es apuesto. ¿Ves cómo se te queda viendo? —comentó Laura.

Y rápidamente interrumpió Gina: —Samuel Clint es ahora el chico más apuesto de la escuela... —hizo una pausa y bajó la mirada—. Pobre Carson, pero la vida continua. Sonrió y añadió—: Hoy nos veremos a las diez de la noche en su casa. Sus padres no estarán...

Anabella se daba un retoque de maquillaje, y se detuvo dejando su mano derecha en alto con la plumilla del rubor para preguntar: —¿La tonta de Bernarda Harper, está invitada también?

Las chicas se rieron librando una carcajada incontrolable...

—¿Quién? Por favor, Anabel, las mosquitas muertas no están invitadas a fiestas.

Se volvieron a reír todas al tiempo, pero Anabella se puso seria y dijo:

—Esa chica me atemoriza. Siento algo extraño en ella. ¿Recuerdan cómo nos comportamos en el funeral de Bryan? ¿Recuerdan cómo nos juntamos con ese cura viejo y decrepito...? —hizo gestos de querer vomitar...

—Tienes Razón... ¿Por qué Berny estaba allí? —cuestionó Gina.

Las tres amigas se quedaron en silencio...

Entonces Laura interrumpió:

—Ah, no pensemos en nada, ¡Hoy vamos de fiestaaaaaa!

—Sí, me pondré el vestido rosa corto —dijo Anabel—. Hoy me ligo a Samuel Clint.

En ese momento un frío congelante invadió el estudio fotográfico... una presencia había llegado pero la entidad era imperceptible para los ojos de los humanos.

La sesión de fotos terminó y las chicas se fueron a casa.

El reloj marcaba las siete de la noche. Anabella dejó a Gina y Laura en sus respectivas casas y llegó deprisa a la suya.

Saludó a su tía y vio cómo su primo, un adolescente de la misma edad iba de salida, pero notó algo raro en él... su cabellera ya no estaba, se había rapado y se rasuró la barba de manera chistosa, en forma de corazón...

Era metalero, pero siempre fue peludo, ahora ya decidió raparse...

—Hola Any... ¿Cómo luzco? —preguntó el primo.

La chica guardó silencio y luego sonrió...

—Luces de maravilla, primo.

El chico le guiñó un ojo y la apuntó con el dedo índice:

—¡Te creo prima! —y sonrió, se acercó a la madre y la besó en la frente—. Nos hablamos al rato, Ma —y se marchó.

Anabella y su tía se miraron y no aguantaron las risas...

—Qué loco —dijo la chica y la tía afirmó con la cabeza...

—Así era su padre.... —dijo la tía Jenny.

—¿Cariño, cómo te fue en la sesión de fotos?

—De maravilla tía, tengo que contarte, pero ahora estoy apurada.

—¿Saldrás con tus amigas?

—Si tía, vamos para casa de un compañero de la preparatoria, Samuel Clint.

—Oh, está bien mi niña, conozco a la madre de Samuel, vamos juntas al club. ¡Por favor no llegues tarde!

Anabella le lanzó un beso desde las escaleras que conducen a la segunda planta y le dijo:

—¡Eres la mejor tía del mundo! —Pero en ese momento sintió un leve susurro al oído.

—*Pero te le follas al novio, perra* —Anabella volteó a mirar a su espalda pero no vio nada y arqueó las cejas de manera incrédula.

—Voy a tomar una ducha tía Jenny, hoy debo verme esplendida.

Subió a toda prisa las escaleras y se desnudó dejando todas las prendas regadas en su cuarto... salió caminando desnuda hasta el baño principal que queda en la mitad del pasillo de la segunda planta y su tía la vio desnuda, pero era tal la confianza que les resultaba normal.

Ella cerró la puerta del baño, pero sintió un frío intenso, el espejo estaba empañado y los baldosines helados, sin embargo, el baño estaba impecable, impoluto...

—¡Uyyyy que frío hace! —dijo en voz alta.

Entonces se desmaquilló con leche humectante, se miró al espejo con la cara llena de la leche desmaquilladora, Parpadeó y cerró los ojos para

masajear sus mejillas así que no pudo ver la enorme sombra que estaba detrás de ella. Tampoco pudo sentir los dedos largos y cadavéricos que le acariciaban la piel de los hombros...

Entonces estiró la mano con los ojos cerrados y abrió la llave para llenar la bañera...como pudo puso el tapón y el llenado comenzó mientras ella se masajeaba el rostro con circunferencias delicadas...

—¡Música!— y el ordenador que trabajaba por mando de voz se encendió—. Selecciona «Make you feel my love» de Adele —y la música invadió los oídos de la chica...

Comenzó a cantar mientras masajeaba su hermoso rostro con movimientos delicados, su rostro estaba cubierto por espuma... en ese momento alcanzó a ver con el rabillo del ojo que la bañera se llenó, así que cerró la llave.

—*¡Lo supe en el momento en que te conocí, no tengo dudas perteneces aquí!* —Anabella tarareaba la canción y se tocaba el pecho—. Perteneces aquí, justo al corazón, Samuel Clint...

En ese momento sintió cómo el agua de la bañera salpicó, como si alguien hubiera entrado al agua. Miró con el rabillo del ojo pero no vio nada... se asustó, pero siguió tarareando la canción de Adele y enjuagó su rostro en el lavabo... en ese momento aun con el rostro mojado alcanzó su jabón de avena, lo mojó en el lavabo y comenzó a enjugar su rostro, frente, mejillas, nariz, mentón, se pasaba y repasaba el jabón de avena y de pronto comenzó a sentir un ligero ardor en la piel del rostro y vio con los ojos entre abiertos como en el lavabo cayeron unas goteras de sangre...

Rápidamente abrió los ojos sin importarle la espuma en sus ojos y pegó un grito infernal de miedo, dolor y asombro... su rostro estaba cortado en su totalidad por ligeras líneas de sangre...

Agachó la mirada y vio cadejos de cabello en el piso, y en el lavabo vellos faciales...

Anabella volvió a gritar al ver su rostro ensangrentado y observó que los cadejos de cabello eran de colores verde y rojizo, iguales a los que su primo tenía...

Entonces miró la barra de Jabón y tembló al ver fundida en ella una cuchilla de afeitar justo en la parte por la cual se fregaba la cara...

No se fijó...

Su rostro estaba cortado...

Ella lloraba. Maldecía y no entendía como cuando entró al baño no se percató del desorden que había dejado su primo... ella lo vio todo limpio y deslumbrante, pero en realidad el baño era un asco, y lo más terrible es que su rostro estaba desfigurado...

Un grito gutural aturdió los oídos de su tía Jenny que cuando llegó al baño la encontró desmayada...

La figura espectral de Amon abandonó la casa dejando a la tía abrazando a su sobrina, bañada en un mar de sangre.

Amon mantenía las manos en oración, sopló tres veces en sus manos y dijo:

—¡Vuela, vuela y ve con ella, vuela y no la dejes conciliar el sueño, nunca más!

De sus manos cadavéricas salió un insecto negro similar a un grillo pero más pequeño, y voló y voló acompañado del canto de las sirenas y la música de violines que salía de la nada... el bicho voló hasta donde Gina y mientras cenaba con sus padres se enredó en su cabello y sin darse cuenta se le metió dentro del oído derecho...

La chica se presionó con el dedo índice el lóbulo de la oreja, y entonces sintió un zumbido ensordecedor... y luego el zumbido no paro de sonar...

—Ahhhhrrkkkkkkkkkkkkkkkkkk —el grito de dolor asustó a sus padres, quienes se quedaron mirándola.

Amon sonreía sin tregua...

—¡Que divertida es la vida de los humanos!

Entonces alcanzó a ver en el jardín de la casa de tía Jenny una gatita vieja y enferma, ya por el paso del tiempo... así que le ató una cintilla negra a su cuello que brotó de sus manos huesudas y dijo:

—¡Te conjuro Laura, de hoy en adelante tendrás la edad de esta gata vieja y fea, y cada día que pases envejecerás como ella! Gata podrida y mañosa...

La gatita gruñó y maulló furiosa...

Amon la soltó con la cintilla atada a su cuello.

—¡Tontos humanos! Son tan frágiles... —entonces miró en dirección del cielo estrellado y dijo—: Padre, ¿cómo ellos nacidos del barro, tan imperfectos, pueden ser tus criaturas especiales? ¡Por estas basuras nos

*cambiaste! Escuchadme bien, Yahveh: ¡Yo soy Amon, el recaudador de
almas y todos deben temerme!*

Capítulo 20

No Quiero Morir

Durmió solo un par de horas y a ella le parecieron días... hace cuanto no podía conciliar el sueño se preguntaba aún bajo las sábanas blancas con las que el padre Dan la había arropado. Sentía miedo, no quería salir de aquel lugar santo... allí en medio de las imágenes religiosas de Jesús y María se sentía a salvo...

—¿Qué me sucedió, Padre? —Preguntó Bernarda quien volvía a lucir escuálida y con acné juvenil. Lucía fatal, como si le hubiese pasado una aplanadora por encima...

El sacerdote la miró con el rabillo del ojo y le contestó con otra pregunta:

—¿No te acuerdas de lo sucedido?

—No.

—¿Segura?

—Sí. No recuerdo nada.

El padre escribió algo en su agenda y meneó la cabeza de arriba hacia abajo:

—No acordarse de las acciones es una prueba fehaciente de posesión demoniaca. Eso prueba que es otro quien vive en ti.

Bernarda se dio la vuelta en la cama dándole la espalda al reverendo, y se acomodó en posición fetal...

El silencio los invadió a los dos...

—¿Quieres contarme como trajiste a esa cosa a tu vida?

Bernarda guardaba silencio...

—¿Tabla Ouija? ¿Invocaciones satánicas? ¿Sacrificios humanos? —el padre bombardeaba con preguntas que no tenían nada que ver con lo sucedido, pero él debía descartar cualquier posibilidad.

—Padre Dan, Yo... yo no he hecho nada de eso — comentó la chica y agregó entre susurros—: Lo único que hice fue tatuarme un emblema.

El sacerdote arrugó el rostro y soltó sorprendido:

—¡Un emblema! ¿Qué clase de emblema?

Bernarda se sentó en la cama y le enseñó el tobillo derecho... el padre se acomodó los anteojos, se acercó y le sostuvo el pie entre sus manos...« **SPQR** el emblema de **Las Legiones Romanas**, pensó impresionado... y debajo de las letras estaba bien tatuado el número **(IX)**. El padre pensó que se trataba de la Novena Legión, los soldados más fieros de la vieja república; los legionarios fueron los que vencieron al gran Aníbal Barca, cuando este estaba a punto de poner de rodillas al Imperio Romano.

—Pero... ¿Qué haces tú con el tatuaje de la novena legión? —preguntó el sacerdote.

—Padre, solo lo hice por sentirme fuerte. Es un emblema de valor y coraje, así fue como lo pensé —Bernarda cerró los ojos y liberó un par de lágrimas—. Verá padre yo... mejor dicho mi vida es un asco. Todos me odian. Nada me sale bien, y ahora esa cosa viene cada vez que quiere y me posee.

Ambos guardaron silencio. Bernarda se limpiaba las lágrimas y añadió:

—Ese ser padre, me ha hecho hacer cosas muy malas... muy malas padre —y reventó en llanto. Eran lágrimas que tenía contenidas desde que todo este calvario comenzó.

—No llores, hija. No llores —dijo Dan, mientras la acunaba en sus brazos—. Yo te ayudaré.

Bernarda suspiró aferrada a los brazos del hombre de fe:

—¡Usted no ha visto lo que esa cosa puede hacer, padre!

El sacerdote le dio la bendición y le susurró al oído:

—Bernarda tu no imaginas lo que el santo nombre de Dios puede llegar a hacer.

El reverendo Dan, se incorporó y abrigó con una manta a Bernarda, le sonrió y le dijo que descansara:

—Te necesito fuerte niña, muy fuerte... ¡Ha llegado tu turno de contratacar!

Bernarda arqueó la ceja izquierda y se quedó mirándolo...

Él le sonrió y le dijo:

—Necesitaré ayuda. Ya regreso. Ah si no quieres dormir, mira la televisión, eso también te hará bien. Distraer la mente es importante —el sacerdote encendió la Smart TV y salió del cuarto parroquial.

Bernarda se sentía tranquila en aquel humilde lugar. Ojala pudiera quedarse a vivir ahí, pensó en ese momento. entonces alcanzó el control y comenzó a pasar canales, La BBC, CNN, Animal Planet, pero un canal en especial que presentaba las noticias locales le llamó la atención... la imagen en la TV enseñaba la casa del profesor de Matemáticas Flavio Henry, acordonada por la cintilla amarilla de la policía que indica que se cometió un crimen.

A Bernarda se le heló la sangre. La garganta se le secó. El corazón le latía a toda revolución... entonces le subió volumen para escuchar a la presentadora:

*—El reconocido profesor Flavio Henry, adscrito al prestigioso colegio **King Lion Hearth, fue encontrado muerto en su casa, de forma brutal. Se le atribuye el crimen a su expareja sentimental, un chico que responde al nombre de Andrés Taylor. El chico también fue encontrado sin vida al interior de la casa. Las autoridades presumen que se trate de un crimen pasional. Las investigaciones han comenzado** —dijo la periodista mientras presentaba la noticia y agregó—: Hoy a las nueve de la noche se ha decidido hacer un plantón a las afueras de la casa del profesor y dejarles dos rosas a esta pareja de incomprensidos.*

Bernarda se cubrió con las cobijas dejando su rostro descubierto... y entonces pensó que Amon era terrible y que nunca se podría liberar de él... ahora lo entendía todo con claridad, por ese motivo había llevado al chico Andrés a la casa del profesor de Matemáticas, su intención desde el principio fue que todo pareciera un crimen pasional. Pensó Bernarda, mientras ataba cabos en su cabeza.

—¡Aun quieres divertirme conmigo, Maldito! —pensó en voz alta la chica—. ¡En la cárcel no te sirvo de nada, eh! ¡Por ese motivo hiciste parecer al tal Andrés como la expareja sentimental que le asesinó!

De repente la puerta del cuarto se abrió de par a par, se trataba del padre Dan quien llegó esbozando una bella sonrisa...

—Hijita, no te preocupes. La ayuda vendrá esta misma noche.

Bernarda tragó saliva y le preguntó sin esconder el miedo en su voz:

—¿Qué tiene en mente padre?

—¡No os preocupéis, niña!

—¿Qué piensa hacer padre Dan?

—¡Hoy a la media noche invocaremos a través de un Rito a ese demonio y le haremos revelar cuál es la forma de vencerlo!

Bernarda guardó silencio y se abrigó más y más con la manta, sentía miedo, pero sabía que nada podía hacer más que confiar en el padre, entonces preguntó:

—¿A la media noche?

—Sí, hija, así es... —respondió esbozando una bonita sonrisa—. Verás durante la transición de noche a día los demonios salen a descansar por unas horas, desde las "cero horas de la madrugada", hasta las tres de la madrugada. Las tres de la madrugada es considerada la hora maldita, porque es la hora contraria a las tres de la tarde hora en que murió Jesús clavado a la cruz... las tres de la madrugada es la hora favorita de los demonios para despertar y hacer fechorías. Es una forma de burlarse de la muerte de cristo.

—Tengo miedo padre.

Dan le sonrió y le acarició el rostro con sus gruesos dedos:

—No temas Bernarda, yo estaré para cuidarte.

—¡Gracias padre!

—Descuida hija, descuida, hoy descubriremos quien es tu adversario y cómo podremos derrotarle para salvar tu alma. Dios no te desampará y Si Dios está contigo, ¿Quién contra ti?... Romanos 8:31 —rio el sacerdote sin poder ocultar el temor en su rostro.

Por su parte Anabella estaba en el hospital preparada para una intervención quirúrgica en su rostro. La cirugía fue la posibilidad que dieron los médicos, aunque manifestaron que su rostro nunca más volvería a ser el mismo.

Gina por su parte se daba contra las paredes tratando de acallar el zumbido del bicho en su oído. Quería dejar de escucharlo en su cabeza... ya tenía las paredes del comedor ensangrentadas y su frente bañada en sangre... pronto la madre de la chica abrió la puerta y entraron los batas

blancas para someterla a la fuerza... Gina debía ser internada inmediatamente y ser revisada por un Psiquiatra.

Laura por su parte desconocía lo que le sucedía a sus dos mejores amigas... quería arreglarse para la fiesta pero le pareció demasiado esfuerzo caminar hasta el armario y ponerse a escoger la ropa, sentía el cuerpo pesado y las energías ausentes... en ese momento su padre irrumpió en la recámara y le preguntó que si quería cenar...

La chica giró para contestarle pero sólo se escuchó el grito aterrador de su señor padre al verle el rostro envejecido y demacrado...

SEGUNDA PARTE

EL LLANTO DEL DEMONIO

Capítulo 22

Isaac dijo: —Llevamos el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el sacrificio?

Abraham le respondió: —Dios nos proveerá del cordero para el sacrificio, hijo mío.

Y continuaron juntos el camino bajo la mirada entristecida de Abraham.

GÉNESIS 22, 7- 8

Capítulo 23

EL RITO

El piso de linóleo lucía limpio y brillante.

En el centro del gran salón una estrella de seis puntas estaba finamente trazada con sal. Se trataba del sello del rey Salomón, o la estrella de David, como era más conocido este símbolo místico.

Salomón fue hijo del rey David de Israel. De Salomón se dijo que llegó a ser considerado el hombre más sabio sobre la tierra.

Dios en su infinita grandeza le obsequió a través del Arcángel Miguel un anillo con un hexagrama grabado entre la plata y el oro. Y le dijo que ese anillo era un arma de valor inigualable porque tendría poder sobre cada demonio existente, y los podría dominar a su antojo, también podría realizar milagros, viajar a otros planos extrasensoriales y hablar con los animales terrestres, marinos y del aire...

Por aquel entonces el rey Salomón se sintió el hombre más fuerte del mundo, incluso llegó a someter con su gran poder al gran demonio Asmodeus quien mandaba sobre los ejércitos de Lucifer. Dice la leyenda que Salomón ordenó a Asmodeus y sus legiones de demonios la construcción de su templo... y este obedeció.

El reverendo Dan entró al gran salón portando un sirio rojo en la mano derecha, y fue seguido por cinco sacerdotes más, cada uno con su respectivo sirio, pero los de ellos eran de color blanco...

Bernarda entró después vestida por mantos blancos a la espera de las órdenes del sacerdote, lucía pura, hermosa, inmaculada... faltaban pocos minutos para las doce de la madrugada y afuera se desató una terrible tormenta.

Un trueno y todo relumbró...

Luego otro trueno, y otro, y otro más...

El padre Dan miró a sus colegas y acto seguido cada uno fue depositando su sirio blanco en cada Angulo de la estrella de seis puntas...

El padre Dan fue el último en poner el sirio rojo y acto seguido encendió

todos los sirios...

La estrella de sal fue encendida por el fuego...

El padre Dan miró a Bernarda y le hizo la señas para entrar al centro de la estrella.

—Padre, Rey de los ángeles, Yo tu siervo te pido permiso para invocar al demonio que atormenta a esta chica... ¡Su nombre es Amon! —El reverendo Dan hizo una pausa para mirar a los otros sacerdotes y agregó—: Amon, «El recaudador de almas»—. En ese momento un relámpago relumbró a través de los ventanales el gran salón donde se llevaba a cabo la ceremonia. La lluvia era intensa y los truenos no paraban...

—Por el nombre de San Gabriel y San Rafael, y por el poder de San Miguel Arcángel, ¡Yo su siervo te invoco Amon el recaudador de almas! —recitaba el sacerdote empuñando una cruz plateada en su puño derecho.

Un frío intenso se sintió en el salón... los vidrios de las ventanas se opacaron y cada vez que el padre Dan o los otros hablaban les salía vaho de la boca. Se frotaban las manos una y otra vez. Era sabido para los clérigos que cuando en un lugar cerrado se siente un frío congelante era prueba fehaciente de la presencia de una entidad maligna.

Bernarda temblaba de frío vestida por mantos blancos... los seis sacerdotes vestidos de sotana negra sabían que el demonio que invocaron había llegado.

Un trueno y todo relumbró...

Luego otro trueno y otro más.

De pronto comenzaron a escuchar un canto similar al de las sirenas que describía Platón en sus libros cuando viajó por los mares de Grecia. Era un canto aterrador. El canto se hacía más y más fuerte en las mentes de los sacerdotes y de Berny..., era sin duda una oda al horror...

Ella se puso de pie en medio de la estrella de seis puntas hecha por líneas de sal... Los sacerdotes la miraron y se asustaron al ver que su boca no estaba. Bernarda chocaba su lengua, sus dientes, todo contra su piel, pero no había boca. ¿Y su cabello? Parecía un paciente del pabellón de quemados.

Gritaba pero no había sonido, solo piel en lugar de boca. Piel en lugar de pelo, y mucho acné que le hacía lucir desfigurada. De pronto extendió los brazos como cristo crucificado y los susurros llegaron de a montones, gritos de guerra, mujeres siendo violadas, niños llorando comenzaron a

pasar por su mente como si viera una película. Y entonces sus ojos se quedaron en blanco y su cuerpo levitó de golpe escuchándose el crujido de todos sus huesos que se iban quebrando y acomodando como una muñeca articulada a la que alguien o algo estaba armando a su antojo.

Quedó suspendida en el aire ante la mirada atónita de los sacerdotes que no podían creer en lo que sus ojos estaban viendo, y de pronto, sin lógica alguna, allí estaba nuevamente su boca, su cabello parecía verse más sedoso y guapo, e incluso notaron menos espinillas, su piel se tornaba más lozana.

Ella se sintió inmaculada, pulcra, era perfecta...

—*Possessione diaboli* —susurró Amon, quien sintió la calidez de aquel maltrecho cuerpo humano—. *¿Lo ven puñado de tontos?, Berny adora que la posea* —dijo entre risas Amon que ya había domado el cuerpo de la chica.

El padre Dan respiró, cerró los ojos y dijo confiado:

—Nos llamas tontos sin darte cuenta donde estas parado —sonrió el reverendo.

Bernarda bajó la mirada y se vio sellada en medio de la estrella de seis puntas, y la furia de Amon adueñado del cuerpo de ella no se hizo esperar...

—*Estúpidos. Malditos. ¡Se arrepentirán!*

—Ahora no te puedes mover y responderás a todo lo que te pidamos. Tu cuerpo de luz esta sellado por esta estrella de seis picos —dijo el reverendo mientras los otros sacerdotes comenzaron a orar coordinados, sin desentonar en una sola palabra.

—Cordero de Dios que quitas el pecado de los hombres, ten piedad de nuestras almas y alegra los corazones. Cordero de Dios que quitas el pecado de los hombres, ten piedad de nuestras almas y concédenos la paz.

—*¡Callaos todos, malditos curas!*

El reverendo Dan extendió su mano invitando a Bernarda a tomarla —Lucha contra él, niña... Vamos lucha—, le advertía el padre.

Berny estuvo lúcida por un momento y estiró su mano lo más que pudo hasta tomar la del padre, este la jaló con fuerza hasta sacarla del sello místico, y para sorpresa de todos, una sombra espectral quedó atrapada

en medio de la estrella de seis puntas...

Bernarda se abrazó al padre sin aun creer que Amon estaba sellado en medio de la estrella.

La sombra espectral fue tomando la forma de un monje oscuro...

Todos lo miraron. Nadie habló. Nadie susurró. Nadie siquiera respiró. Tenían allí atrapado a un demonio del oscurantismo que ha existido desde tiempos inmemoriales.

—*iHeme aquí! iMe querían, me tienen!* —dijo Amon con voz confiada.

—¿Eres tú «Amon el recaudador de almas»? —preguntó el reverendo.

—*Tú lo has dicho, Dan* —respondió el demonio—. *Soy el recaudador del diablo, y he coleccionado almas desde antes que Roma surgiera. Tengo tantas almas como estrellas en el cielo... solo me falta una* —y estiró sus dedos largos y delgados para señalar a Bernarda.

El padre Dan y los otros lo rociaron con agua bendita, y Amon gruñó como tigre hambriento...

—Cordero de Dios que quitas el pecado de los hombres, ten piedad de nuestras almas y alegra los corazones. Cordero de Dios que quitas el pecado de los hombres, ten piedad de nuestras almas y concédenos la paz —oraban los sacerdotes casi que coordinados.

—*Cállense, cállense malditos lame culos. Tan solo son perros del basurero al servicio de Dios. ¡Cállense!*

—Eres consciente Amon que estás sometido por el sello de Salomón, la estrella de seis puntas, y que ahora tenemos poder sobre ti... —el padre Dan volteó a mirar a todos y prosiguió—: ¡Ahora Dios es quien ordena!

—*iQue te calles te digo, curita bobalicón! Yo no sigo ordenes de él, las ordenes de Dios solo son para los nacidos del barro, pero yo soy diferente, yo nací del fuego y los nacidos del fuego no obedecen.*

—Amon nacido del fuego, Respóndenos esto —dijo el sacerdote muy cerca de la estrella de seis puntas que era iluminada por velas —¿Qué quieres con la chica?

La risa escalofriante de Amon se liberó sin medida y contestó en tono descarado:

—*Lo mismo que desean ustedes seis, Follarla, clavarla... follarla una y otra y otra vez en todas las poses, follarla y golpearla, golpearla y penetrarla...*

—la voz de Amon se engrosó—. *¿Por qué mejor no se la follan ustedes seis? A Berny le gustaría que lo hicieran, puedo ver que debajo de ese estúpido manto blanco trae consigo las bragas que Bryan Carson le quitó en su casa.*

—¡Vaya! ¡Vaya! —le interrumpió el padre Dan—. ¿Así que todo lo sabes y todo lo ves?

El Monje oscuro asintió con la cabeza.

—Bien, probemos si es verdad que gozas de tanto poder —dijo el sacerdote volteando a mirar a los otros clérigos, y entonces dirigió de nuevo la mirada sobre el recaudador de almas—: Amon, tú que todo lo sabes y todo lo ves, dime de que color es el cristo de mi rosario...

En ese momento una risita maliciosa inundó el recinto:

—El crucifijo es plateado.

Dan, se lo sacó del bolsillo y lo enseñó a todos... Era plateado.

—Bien —sonrió el padre Dan, quien tenía experiencia en exorcismos, pero este caso era diferente, la iglesia siempre ha acudido a ayudar almas atormentadas por demonios, y ha luchado por expulsar el mal de ellas. Pero esto era diferente.

Bernarda se encontraba resguardada por los seis sacerdotes y el terrible Amon se hallaba preso por el poder de la estrella hecha de sal. En ese momento estaban enfrentándose a un verdadero demonio del oscurantismo. El sacerdote tragó saliva y encaró a la figura demoniaca:

—Bien, veamos si en realidad todo lo sabes y todo lo ves...

El monje oscuro asintió con la cabeza, parecía que estuviese disfrutando de todo esto...

—Amon, nacido del fuego, ¿cuántas estrellas hay en el universo?

El monje guardó silencio... No hablaba. No se movía.

—Estoy esperando a que respondas tan rápido como con el crucifijo de mi rosario. Veo que no respondes... ¿Acaso no eres Amon el recaudador de almas quien todo lo sabe y todo lo ve?

Todo era silencio...

El reverendo Dan se acercó a la estrella y dijo en tono despectivo:

—Está bien, probemos de nuevo, quizá esa fue muy dura para ti. Bien, segunda oportunidad, dices poseer un poder absoluto, recuerda que estás obligado a responder la verdad y solo la verdad... ¿Cuántos granos de arena se encuentran debajo del océano?

Amon, guardó silencio, solo se le escuchaba rugir como a un tigre...

—Estoy esperando, Amon... ¡Dijiste que todo lo sabías! —injuriaba el reverendo.

—*¡Maldito cura!*

Dan, giró para mirar a Bernarda y le sonrió, entonces regresó la mirada ante aquel ser espectral atrapado dentro de la estrella.

—No te creas absoluto, Amon. Te acabo de demostrar que eres tan imperfecto como nosotros los hombres. Ahora te has dado cuenta de que nada sabes. ¡Te has dado cuenta que Dios es quien domina!

Amon comenzó a hacer ruidos zigzagueando su lengua bifurcada como la de una serpiente.

Las oraciones molestaban a Amon quien se cubría los oídos dentro de la estrella de invocación.

—Cordero de Dios que quitas el pecado de los hombres, ten piedad de nuestras almas y alegra los corazones. Cordero de Dios que quitas el pecado de los hombres, ten piedad de nuestras almas y concédenos la paz —oraban los sacerdotes casi que coordinados, junto al reverendo Dan.

—¡Te exijo en nombre de Yahveh que dejes en paz el cuerpo de Bernarda Harper, para siempre! ¿Dinos quién eres? —gritó el reverendo con todas sus fuerzas y de pronto un trueno estalló a la distancia, la luz del relámpago iluminó el gran salón... los sacerdotes continuaban de pie orando.

Del monje oscuro surgió una risa abominable que retumbó en los oídos de todos...

—*¿De verdad quieres saber quién soy? ¡Yo he caminado sobre la tierra antes de que el hombre fuera una idea! ¡Fui yo quien le susurró al oído a Herodes que le cortara la cabeza al Bautista!*

Los sacerdotes se miraron unos a otros atemorizados...

—Calma, calma, él se alimenta de nuestros miedos. ¡No teman, hermanos! —les decía el padre Dan.

—Fui yo quien poseyó el cuerpo de la princesa Salomé y le supliqué al rey de Judea que decapitara al maldito de Juan.

Bernarda lo estaba escuchando todo, y atemorizada se ocultó tras uno de los sacerdotes...

—Fui yo quien sentado en la mesa con Nerón lo convencí de incendiar Roma y culpar a los cristianos. La ciudad ardió por cinco días y el templo de Júpiter quedó reducido a cenizas —la risa era asfixiante, atemorizante, tenebrosa—. Interminables hileras de cristianos crucificados y convertidos en antorchas humanas iluminaron durante noches los cielos de roma con una luz más terrible que la del propio incendio.

—Amon, eres... eres el mal puro que ha pulverizado la historia del hombre desde tiempos inmemoriales... —gritó el sacerdote empuñando el crucifijo, pero la risa de Amon apagó su grito:

—Lo mismo pensaba Vlad, el empalador. Él decía que yo era el camino, la verdad y la vida —la risa retumbó en el salón, mientras los relámpagos relumbraban en la oscura noche londinense.

De pronto la aterradora voz del demonio cambió. Ahora era la voz de una niña de nueve años.

—Padre, Señor padre, no deje que maten a mis papitos... por favor, no lo permita padre Dan, ayúdelos, ayude a mis papitos —la risa de Amon quemó los oídos del reverendo. —Ya los olvidaste miserable Dan, olvidaste que los dejaste morir. Y no sólo a ellos, después de que masacraron a esta familia fueron en busca uno por uno de los mineros de diamantes, y los ajusticiaron con un disparo en la cabeza.

El padre Dan se refregaba los ojos en repetidas ocasiones, el llanto nublaba su visión.

—Y dime, ¿aun rezas por ellos? Puedes hacer más que una simple oración Dan. Ammmm, si hubieses denunciado días atrás cuando llegó a tus oídos el rumor de la masacre. Pero decidiste rezar, rezar y hacer entrar en razón a los guerrilleros rebeldes... Ammmm los dejaste morir a todos... ¡Vamos reza! ¡Reza cobarde! ¡Rezaaaa! Porque también a ella la dejaras morir —y levantó la vista para mirar con sus ojos amarillos de lobo hambriento a la temerosa Bernarda—. Tú, Berny, la última de los malditos.

—¡Basta! ¡Basta! —le lanzó el sacerdote agua bendita y vociferó—: ¡Deja mi mente en paz, maldito demonio! ¡No funcionará! —El padre apretaba

los labios, tragaba en seco intentando dominar la situación, pero fue en ese momento cuando escuchó algo que fulminó su valor...

—*Juguemos un juego, Dan...*

Bernarda está encerrada en la mazmorra más aterradora del purgatorio que tiene dos puertas: una conduce a la muerte y otra a la vida. Cada puerta está custodiada por un vigilante. Bernarda sabe que uno de ellos siempre dice la verdad, y el otro siempre miente. Para elegir la puerta por la que pasará solo puede hacer una pregunta a uno solo de los vigilantes. ¡Recuerda Berny, solo una pregunta!

—No caeremos en tu juego demonio —Dan miró a los otros cinco sacerdotes quienes oraron de nuevo:

—Cordero de Dios que quitas el pecado de los hombres, ten piedad de nuestras almas y alegra los corazones. Cordero de Dios que quitas el pecado de los hombres, ten piedad de nuestras almas y concédenos la paz.

El grito de Amon les heló la sangre a todos. Estaba sufriendo. Se retorció del dolor en medio de la estrella.

—*¡Basta! ¡Basta! Duele...*

—¿Lo entiendes, Amon? El poder del sello de Salomón esta por domarte.

—*¡Estúpidos curitas bobalicones! ¡Maricones! En realidad harán que me enfade y me llevaré sus almas...*

De pronto los cristos que estaban en la pared comenzaron a doblarse y la imagen de María Auxiliadora lloró lágrimas de Sangre...

—¡Detenteeeeeeeeee!

La voz silenció a todos. Era Bernarda quien se ocultaba tras uno de los sacerdotes, pero ya no más... miró al padre Dan y avanzó hacia la estrella...

—Has hecho mucho daño, Amon. Pero ya es suficiente —dijo la chica envuelta en un fulgor dorado, de su ser manaba luz, y a lo lejos vio a su madre, su hermosa madre muerta que había venido a consolarla. Bernarda sonrió y la madre asintió con la cabeza. Nadie más podía ver la imagen de la madre de Berny...

—¿Te sientes bien, hija? —preguntó el reverendo confundido—. ¿Qué

tanto miras?

Bernarda se limpió las lágrimas y dirigió la mirada hacia Amon.

—No es nada Padre, me pareció ver a alguien especial... es solo que no debo temerle más a esta maldita cosa.

—¡Opssss, Berny está furiosa!

—¿Amon, recaudador de almas, si respondo a tu acertijo me dirás cómo vencerte? —preguntó la chica.

En ese momento el demonio adoptó su verdadera imagen: Una niña de cabello negro y ojos azules tan fuertes como las olas del mar estaba vestida por un manto blanco y con una rosa roja en la mano.

—Por supuesto Berny. Cuenta con ello —dijo Amon con voz de niña.

Afuera no paraba de llover.

La tormenta era terrible.

—Bien, Amon —dijo Bernarda—, la respuesta a tu acertijo es simple—. En ese momento giró para mirar a los sacerdotes y a la figura fantasmal de su madre que le sonreía desde lejos con amor—. Entiendo que debo hacer una sola pregunta que ponga en evidencia la identidad de ambos guardias... el mentiroso y aquel que dice siempre la verdad... así que yo les preguntaría: «Oye, amigo, si le pregunto al otro guardia cuál es la puerta por la que tengo que salir, ¿qué me respondería?»

Un trueno estalló a la distancia...

En ese momento Amon abrió los ojos de par en par, su mirada era la de un lobo hambriento... la dulce niña de cabello negro y ojos azules ahora lucía como una viejecilla fea y demacrada...

—Bien jugado, Bernarda Harper, bien jugado.

—Cumple con tu palabra y dime ¿cómo puedo deshacer el hechizo que cae sobre la marca que me tatué en la piel?

—Lo cierto es Bernarda Harper que el hechizo no se puede romper. La marca de los legionarios es mi máxima presea. Por aquel tiempo yo cabalgaba junto al valiente Aníbal Barca y fui yo quien le ayudó a poner de rodillas al Imperio Romano. Aníbal era el gran semental que gobernaría el mundo cuando Roma cayera. Aníbal Barca era el gran timonel que el

oscurantismo había destinado para manejar los hilos del mundo.

Bernarda lo interrumpió con voz decidida y sin apartar la mirada de la figura fantasmal de su madre que la llenaba de valor, entonces dijo:

—Amon, el recaudador de almas, se enamoró de un mortal.

—*Tonta, ¿Qué dices?*

—Te recuerdo demonio que estás sometido por el poder del sello de Salomón y debes decir toda la verdad. Además fue fácil deducirlo, hablas con metáforas y rimas en poesía cuando te refieres al General Aníbal. Y solo se habla con admiración de alguien a quien se ama.

La risa de Amon no se hizo esperar.

—*Bien jugado, muy bien jugado, Bernarda Harper, después de todo no eres tan tonta como lo creía. ¡Te lo diré todo si me permites salir de la estrella de sal!*

—Ni lo pienses demonio —intervino el sacerdote Dan—. El poder del sello es inamovible y bien que lo sabes.

—Responde, Amon —ordenó Bernarda.

—*La gema. La gema que la vieja bruja le dio a Simón el Matarreyes. Fue él quien en tiempos de guerra me despertó de mi largo sueño. Yo Amon, señor de la ira, dormía en el lago Trasimeno, y fue Simón el Matarreyes, junto a una vieja bruja quienes me invocaron para ayudarlos a vencer al ejército Romano. Él era uno de los hombres más leales a Aníbal y quería ganar a como diera lugar, sin importar si le vendía el alma al diablo. Pero la bruja, ella tenía la gema roja. Es la gema la que me puede destruir... pero Ja, Ja, Ja, Ja, Ja, Ja... yo mismo la hundí en el lago Trasimeno hace milenios. Así que tu alma está condenada por llevar esa marca. ¡Fuiste una tonta al hacerte el emblema de la novena legión! A todos ellos juré que los mataría. Juré que me llevaría el alma de todo aquel que tuviese la marca de la Novena Legión.*

Bernarda reventó en llanto...

—*He aquí, yo os envió como a ovejas en medio de lobos: sed pues prudentes como serpientes, y sencillos como palomas y guardaos de los hombres, porque os entregaran en concilios y en sus sinagogas os azotaran* —una voz encantadora de varón, fresca y juvenil recitó las escrituras Mateo 10: 16 - 17—. El demonio liberó una carcajada y agregó: —*de la misma voz del Nazareno, su cita favorita, Padre* —dijo tomando la

forma de niña diabólica.

—¡Cállate! —el padre Dan hizo a un lado a Bernarda y comenzó a rezar junto con los otros sacerdotes—. En nombre de Yahveh. En nombre de Jesús. En nombre de María. En nombre de José y el Bautista. En nombre de Yahveh. En nombre de Adonaí. En nombre de Tetragrammaton. Te ordenamos dejar en paz a esta chica inocente.

—*iNuncaaaaaaaaa!*

—Por el poder que Dios nos confiere como sus representantes en la tierra te expulsamos del plano terrenal demonio...

—*iNuncaaaaaa! ¡El alma de la chica me pertenece!*

—Dios mío, danos la fuerza para enfrentar a Amon. Danos el valor para someterlo — rezó Dan, seguido por los otros cinco sacerdotes—: Danos el valor señor, danos la fuerza —repitieron los clérigos a una sola voz.

Los sacerdotes prosiguieron con sus plegarias:

—El que habita al abrigo del Altísimo Morará bajo la sombra del Omnipotente, entonces, diré yo a Jehová: Esperanza mía, y castillo mío; Mi Dios, en quien confiaré. Él te librá de lazo del cazador, De la peste destructora. Con sus plumas te cubrirá, y debajo de sus alas estarás seguro; escudo y adarga es su verdad. No temerás el terror nocturno, Ni a flechas que vuelen de día, Ni pestilencia que ande en oscuridad, Ni mortandad que en medio del día destruya. Porque caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra; más a ti no llegaran.

—*iBasta! ¡Basta! ¡Bastaaaaaaaaaaaa!*

En ese momento Amon parecía débil, apunto de ceder, estaba a punto de ser derrotado, estaba de rodillas en su forma de niña. Suplicando por su vida ante Bernarda.

—*iNo permitas que me lleven Berny, no lo permitas!* —Suplicaba la hermosa niña de ojos azules.

Pero todo fue un engaño, en ese instante una terrible ventisca rompió los cristales de los ventanales y el viento huracanado disolvió la estrella de sal.

El sello de salomón quedó disuelto y Amon desapareció.

Los sacerdotes giraron buscando su paradero, pero fue inútil...

De pronto el padre Dan sintió que le tocaron el hombro derecho y una voz helada le susurró al oído: —*iSigue usted padre!*

El reverendo tembló.

Una poderosa fuerza hizo poner de rodillas a los clérigos y luego los tumbó hasta aporrearles los rostros contra el piso.

Bernarda giró para ver la figura fantasmal de su hermosa madre, pero el corazón casi se le sale al ver como el monje oscuro aparecía detrás de ella y le agarraba del cabello, tragándose su sagrada figura dentro de un vacío oscuro.

—iMamáaaaaa! iMamita! —gritó la chica desconsolada y de rotada en medio del gran salón.

Capítulo 24

TEN PIEDAD DE NOSOTROS

Luego de un buen rato de rodillas, temblando y con miedo, se mantuvo cabizbaja ante la desaparición de la visión de su madre y el poder maligno de Amon, terminó de enjugar su llanto...

Ya todo estaba perdido. Pensó en ese momento. Los sacerdotes apenas podían ponerse en pie.

«Vaya que si es poderoso ese demonio» Pensó el padre Dan mientras se frotaba el cuello por el golpe que recibió «Todo sucedió en un parpadeo. El sello de sal se disolvió y Amon en un santiamén nos dejó fuera de combate. Vaya que si es poderoso».

Bernarda se levantó de a poco y miró a los seis sacerdotes, heridos y atemorizados... el padre Dan la miró sin saber qué decir, y fue en ese momento cuando Bernarda comprendió que su lucha contra Amon era un asunto de ella, nadie más podría salvarla. Entonces decidió volver a su casa.

Iba sin mirar su paso. Los ojos nublados, la mente en otro lugar.

Cuando llegó a casa, y nadie reclamó por ella. Su padre no parecía su padre, se había vuelto un monstruo, al igual que su esposa, y le costaba entender cómo una vez su madre le pudo amar.

Subió la segunda planta a toda prisa, abrió la puerta de su recámara y la cerró de golpe... uno, dos, tres pasos y enterró la cara en su almohada, y allí se quedó somnolienta. No sintió más que tranquilidad al sentir que Amon ya no la acechaba... «Qué gusto sería morir» Pensó, así no tendría que lidiar con ese maldito demonio... Sus ojos se fueron cerrando y el sueño la domó.

Al despertar una idea brilló al fin.

Recordó que si alguien fue el primero en advertirle, y lo tomó a gracia, sobre aquel tatuaje de la Novena Legión Romana fue el tatuador, Ryan. Entonces, ¿qué tal si apelaba a su último recurso e iba a hablar con él? ¿Por qué no? Se había mostrado como una persona amena y dispuesta al diálogo hasta que ella le indicó que simplemente prosiguiera, tan rebelde y valiente...

«Estúpida, eso es lo que has sido y eres», se reclamaba a sí misma.

—Llamaré a Amanda, exclamó en voz alta —pero el teléfono sonó, sonó y sonó, y Amanda, aferrada a su Almohada, leyendo en la pantalla «Ber, mejor amiga», solo supo largarse a llorar y apagar el móvil.

Los ojos de Bernarda se volvieron turbios. ¿Por qué la llevaba evadiendo tanto? Si eran mejores amigas aquello sucedido podía ser totalmente olvidado. Últimamente la había visto observarla como si le tuviera miedo... incluso quiso detenerla contra Flavio Henry en el pequeño ápice de lucidez que tenía en aquel momento, podía recordarlo.

—Está bien, Amanda. No me enojaré. Quizá es mejor que te alejes de mí y que Amon no siga cobrándose a más personas de las que aprecio. Prefiero ir sola. No sea que este malvado demonio haga presencia en cualquier momento y pudiese atacar a mi mejor amiga, que creo que es todo lo que tengo. Caminaré, y eso me servirá para poder pensar mejor.

De camino a la tienda del tatuador, pasó ante un pequeño callejón que quedaba de camino al colegio. Recordó algo que la llevó a las lágrimas:

Eran más pequeñas con Amanda y de repente, en ese pequeño callejón que tanto miedo les causaba aunque no fuese más que un estrecho vertedero de basura, escucharon un ruido seguido de un llanto.

Ambas frenaron el paso y se miraron.

—¡No, tú vas! —se apuntaron con el dedo mutuamente y exclamando al unísono.

—Ok, ¿vamos las dos? —apuntó Bernarda.

—Trato hecho —chocó la palma Amanda y se metieron al callejón.

¡Vaya sorpresa se llevaron ambas! ¿Alguna vez has pensado que la vida puede darte sorpresas como descubrir en un lugar horrible, quizá el más horrendo del mundo para ti, una belleza incalculable? Así como en exóticos estanques de agua pura, nadan anacondas en medio del gran pulmón del mundo, la selva amazónica, y debajo yacen los más increíbles rubíes, diamantes, y cuanta joya preciosa el hombre ha podido simplemente presenciar, pero jamás profanar ya que serían devorados.

Del mismo modo, en el vertedero, en una cajita, había un pequeño pitbull, adorable. Ber, lo cogió en brazos y lo achuchó, sin importarle el estado de sarna y peste que pudiese tener. Amanda puso cara de desconcierto y asco.

—¡Ay, eres una puerca!

—¡Mira qué ternura! —sus ojos se aguaron—. Otra víctima de la crueldad humana.

—¿Cómo es que simplemente los dejan sin más? —preguntó Amanda.

—Insisto... se llama crueldad. Complejo de superioridad. Mira, yo soy católica... pero cuestiono mucho la Biblia. ¿Cómo puede ser que Dios nos permitió señorear la tierra? Si le das a un egocéntrico como es el humano un permiso tan grande, no sabrá manejarlo, pues siempre lo digo... el poder no es para cualquiera. Y la mayoría de quienes tienen poder siempre son los peores, de hecho, al humano sentir el mínimo poder lo corrompe más que cualquier otra cosa.

—¡Vaya! Hoy le has estado dando con todo a la Filosofía, querida Ber.

—¿No es adorable? Lástima que no puedo quedármelo... En casa solo tendría dos mocosos que le maltratarían, porque sí que tienen crueldad esos dos niños... No sé de dónde saca la gente que los niños son puros e inocentes. Yo creo que eso es hasta cierta edad... Cuanto más se compenetran con el mundo, los medios de comunicación... y los padres que permiten cualquier cosa, esa inocencia va muriendo. Sandra lo reventaría a golpes con su trapeador, ya que está tan histérica que solo sabe limpiar... típico de mujer aburrída de su vida, y papá... papá no sirve para nada. En casa simplemente trae dinero. A la única que le ladra es a mí, así que ¿para qué querría llevar un perro a competir con otro perro?, un perro humano, sin nobleza ni lealtad...

—¿Siguen yendo a peor las cosas? ¿Por qué cambió así tu padre?

—Te diría que por culpa de Sandra, pero no. No es culpa del otro dejarse manipular. O sea, ella es una maldita, pero quién ha olvidado que yo soy su hija es él, lo manipulen o no, no tiene carácter. Si lo tuviera, nadie le podría llenar la cabeza en mi contra. Así que, sí, todo va empeorando.

—Pequeñín... ¿quién pudo dejarte tan en este estado?

—¿Por qué no te lo llevas tú, Amanda?

—Hum... Pues podría entrarlo a escondidas... sanarle y quizá mamá se enamora de él como lo hemos hecho nosotras.

—Sí, por favor. Te prometo que te ayudaré a cuidarlo. Lo haré. Será nuestro.

—¿Y qué nombre podríamos ponerle?

—*iMorgan!* —respondió Bernarda y la sonrisa de sus recuerdos se volvió un llanto desconsolado que le llevó a tomar su rostro entre sus manos ante el dolor que sentía.

Qué paradójico. Ese maldito demonio sabía sobre todas las cosas que ella amaba. Juró que lo cuidaría, y ella misma, pero poseída, lo desgarró de un modo abrupto, terminando nuevamente en un vertedero de basura.

Las lágrimas se convirtieron en un gesto fiero y echó a andar.

Pensaba luchar contra Amon, pero con inteligencia, costara lo que costara, así fuera su vida, su alma, lo que sea, porque había una cosa que no le parecía justa... La hizo ser cruel como todos los demás, y si algo sentía ella de orgullo sobre sí misma, es que pese a todo el maltrato, jamás actuó con malicia.

Ese demonio era una porquería tan grande como la mayoría de los humanos, y qué ofensa sería para él que tan superior se creía, si lo entendiera. Amon nunca notó su dolor, no la ayudó, solo gozó con el sufrimiento de ella y el ajeno. Sin duda era un demonio que no estaba al servicio de nadie, porque de haber sido otra clase de ser, no debía vengarse, solo hacer justicia, lo cual es muy distinto.

Por supuesto que imaginaba al padre Dan diciéndole: «Hija, la justicia es divina. Solo los cielos harán pagar tal maldad.». Tonta si en algún momento creyó que Amon hacía lo que hacía por lo crueles que habían sido todos con ella.

No negaba que quienes se metieron con ella fueron primero todos los que ahora o yacían bajo tierra o perturbados... pero esa no era la condena que le gustaba a ella. Ella prefería como justicia darles una vida larga, muy larga y lo suficientemente solitaria y miserable como para reflexionar sus errores. No le gustaba ni pagar con la misma moneda, ni nada por el estilo, le gustaba lo justo por lo justo y ese Amon se había pasado de los límites.

Al fin llegó a la tienda.

El tatuador la recordó y se asombró ante el aspecto demacrado de la chica.

—Luces fatal... ¿Qué te trae por aquí? ¿Otro retoque?

—La historia del tatuaje que me ha hecho y en su momento no quise escuchar. Y me gustaría que intentara borrarlo. Juro que le pagaré trabajando aquí para usted, haciendo lo que sea, conseguiré el dinero,

pero cuénteme la historia, y ayúdeme a deshacerme de este tatuaje.

Ryan era un sujeto llamativo, usaba cresta como los punkeros y su barba estaba muy pulida y bien arreglada, también exhibía en su cuerpo tatuajes de Faraones egipcios, algunos símbolos mayas, tribales y dos rostros en su hombro derecho, eran dos niños, quizá sus hijos, Bernarda no le preguntó, sólo los miró... Su cuerpo atlético lo hacía ver exótico ante las chicas.

—La Novena Legión —los ojos del hombre se agrandaron y rápidamente se llevó la mano a la barbilla y dijo—: las legiones fueron durante siglos la unidad de infantería del ejército romano. Temidos por sus adversarios, los legionarios han pasado a la historia por su disciplina, su aplomo y por sus efectivas tácticas en el campo de batalla. Estas unidades, fueron formadas por unos 5.000 hombres usualmente, solían actuar como una máquina de destrucción sobre los bárbaros y los enemigos de Roma. Sin embargo, la Novena Legión —Ryan hizo una pausa y organizó lo que quería decirle a Bernarda—. La novena legión, desapareció de la faz de la Tierra sin dejar rastro alguno.

—Pe...Pero ¿Cómo es eso posible? Dijiste que las legiones se componían de cinco mil hombres... ¿Todos desaparecieron? Preguntó Bernarda.

—Sí, todos —respondió Ryan—. O por lo menos es lo que cuentan los libros antiguos.

Bernarda se encogió de hombros.

—Vamos tampoco es para entristecerte, es solo un mito, además te hiciste la marca en pleno siglo XXI, ¿qué te puede pasar? —Le sonrió el tatuador y agregó—: Pensé que habías visto las películas Hollywoodenses acerca de la Novena Legión y que por tal motivo habías venido a que te tatuara la marca de los legionarios: «Los guerreros más indomables»...

Berny se cubrió el rostro con ambas manos y comenzó a sollozar...

Ryan la acunó en sus brazos y le susurró—: Vamos, cuéntame ¿Qué sucede? Vamos, niña no llores...

Cuando el tatuador escuchó la historia completa arqueó las cejas y se llevó la mano a la barbilla, sin creerle mucho a Berny, pero como la vio tan afligida solo quiso seguirle el juego...

—Probemos, niña. No te cobraré. Desde el inicio como soy algo supersticioso pensé que no era bueno que te hicieras ese tatuaje. Te lo quitaré sin que me tengas que dar nada a cambio. Relájate en la silla.

Comenzó su intento de borrar aquel emblema maldito. Cada vez que giraba a acomodar las piezas de la máquina tatuadora, las líneas volvían a emerger perfectas y sumamente resaltadas.

—¿Sucede algo? —preguntó Bernarda.

—Niña... No puedo borrarlo. Dirás que estoy loco, pero velo tú misma... Se vuelve a delinear como si estuviera recién hecho.

—¡Dios! ¡Es una jodida maldición! En verdad...

—Yo...no sé qué decir... *Nada más que si quieres, puedo tatuártelo por todo el cuerpo, maldita legionaria, estás condenada a ser mía* —terminó por decir Amon que hacía buen rato que la había dejado en paz y ya era sospechoso que no volviera.

Bernarda saltó de la silla evitando que le enterrara la máquina. Había hecho posesión del cuerpo de aquel pobre hombre.

—Déjalo... gracias a él tienes vida...

—*Justamente por eso, mira cómo se lo agradezco, ja, ja, ja, ja, ja* —los ojos en blanco del tatuador que con su propia mano y la máquina a todo nivel, comenzaron a grabar en su frente que era bastante amplia: «Odio mi verga.».

En una letra desprolija y a su vez demoníaca. Bernarda no entendió eso y gritaba que se detuviera pero, Amon en posesión del tatuador, terminó de escribir y de inmediato se desmayó.

Bernarda gritó y gritó pero nadie la escuchó.

A los pocos segundos se despertó Ryan, tenía la frente bañada en sangre. Se miró en el espejo que había colgado en la pared al frente de la silla de tatuajes, y acto seguido se volvió a desmayar.

Pasados unos segundos, Ryan estaba curándose las heridas de la frente y alcanzaba a leer con dificultad lo que decía...

Meneó la cabeza de un lado al otro.

—¿Pero qué fue lo que pasó, niña?

—Fue Amon, él... él hizo posesión de tu cuerpo.

Ryan arrugó el rostro incrédulo, pero dolorido, sin embargo le dijo a Bernarda que por un instante sintió una fuerza colosal que invadió su

cuerpo...

—Oye niña y ¿Cómo es ese tal Amon? ¿Lo has visto?

Berny asintió:

—Tiene muchas formas, puede presentarse como un aterrador monje oscuro, con dedos cadavéricos, la piel forrada al hueso, pero sus labios, sus labios son carnosos y perfectos... también puede ser una dulce niña de cabello negro como la noche y ojos azules tan fuertes como las olas del mar...

—Ven, acércate Bernarda —dijo Ryan en el momento que alcanzaba un libro de pasta negra de la estantería donde guardaba revistas e insumos... el libro titulaba: *Enciclopedia de la brujería y demonología*, por Rossell Hope Robbins.

Comenzaron a buscar por la letra "A"; muchos nombres de demonios, con sus respectivas imágenes y reseñas ilustraban la enciclopedia...Abbadon, Abalan, Abigor, Abraxas. Ryan pasaba las hojas rápidamente hasta que encontró el nombre de Amon.

—¡Aquí esta! —dijo mientras daba golpecitos repetitivos con el dedo índice sobre la imagen del demonio en el libro...

—Amon, "El recaudador de Almas" ostenta la jerarquía de «Marques de los infiernos» y tiene el poder de conocer el pasado y el futuro de quien desee. La imagen que vieron Ryan y Bernarda les heló la sangre, Primero un ángel que perdió la gracia de Dios, luego un monje oscuro con dedos largos y cadavéricos señalando al horizonte. Otra imagen mostraba a una niña de cabello negro y ojos azules, en medio de un frondoso bosque.

Ambos se miraron con miedo, todas las representaciones que había visto Bernarda estaban plasmadas en ese libro y ella jamás lo había visto...

—Si —dijo Bernarda—, ese... ese es el demonio que atormenta mi vida. Él prometió que se llevaría mi alma, por tener éste tatuaje maldito...

Ryan siguió leyendo y se sorprendió al descubrir que Amon era el preferido por las brujas a la hora de invocar un demonio del oscurantismo, debido a su poder de leer el pasado y el futuro de cualquier mortal. Era el preferido para clamar en las guerras debido a que es un recaudador de almas (nunca se negaría a participar en una masacre) Es perverso, tramposo, sádico y no le rinde pleitesía a nadie, solo al rey de los ángeles caídos.

Bernarda no podía siquiera parpadear...

Amon era un demonio terrible, poseía jerarquía en el averno, ostenta el título de "Marqués de los Infiernos", lo que indica que le gusta mandar y hacer lo que le venga en gana. Es un espíritu errante y vengativo si fija sus tenebrosos ojos sobre su víctima, esta no tendrá escapatoria y perderá su alma para siempre...

Bernarda se desplomó sobre la silla y se encogió de hombros, sin ocultar su miedo...

—Espera hay algo más —dijo Ryan leyendo en voz alta una nota especial sobre Amon—: «Y él fue el lucero de la mañana, y también fue el primer ángel caído en ser desterrado de la gracia de Dios. Amon fue el primero en llegar a la tierra de los hombres y la maldijo con sus primeras pisadas.».

Bernarda seguía absorta de todo lo que decía Ryan... pero de un momento a otro volvió a la realidad y escuchó a Ryan que le dijo:

—Lo siento niña, créeme que lo siento, pero estás pérdida.

Capítulo 25

SED LIBERA NOS A MALO

Exhalaba a más no dar. Había perdido energía. Sentía como si una boa viviera en su estómago y consumiera lo poco que comía, más sus órganos, su oxígeno, sangre y todo.

Frente a su casa, observó su ventana.

—¿Mamá? ¿Otra vez? ¿Será que Amon no ha devorado su alma?... No tiene por qué. Mamá lleva muerta hace mucho tiempo y no era ninguna legionaria. Merecía el cielo y todo lo mejor, si es que existían tales cosas. Quizá Amon solo jugaba con mi mente en la iglesia. Subiré.

Al llegar a su habitación lo primero que hizo fue exclamar el nombre de su madre. Se decepcionó al no encontrar su imagen. Berny no tenía miedo, en absoluto, ella estaba feliz de poder darle un abrazo a su madre, así estuviese muerta y se tratase de un recuerdo fantasmal.

Se recostó de lado en la cama y las lágrimas emergían sin que ella lo notara.

De repente, una delicada mano tomó la suya, abrazándole por detrás. Recostándose a su lado en la cama.

Su garganta se anudó... sus músculos se paralizaron...

—*Tranquila, cariño. Mami te ayudará* —giró rápidamente su rostro y allí estaba su mamá con aquellos ojos suaves, con el semblante sereno, haciéndole sentir que no todo estaba perdido.

—¡Mamá! ¡Dios, creí que él te había llevado! ¡Te extraño tanto!

—*Lo sé, cielo. Sé por todo el infierno que has pasado desde que me fui.*

—Ni siquiera papá lo comprende.

—*Estoy tan arrepentida de que sea tu padre. Algo debe haber sucedido con él... no era de ese modo. Era suave, humilde, cariñoso y te adoraba... Ahora, solo es un imbécil.*

—Mami... tú jamás insultaste a papá... —se sorprendió Bernarda.

—Es que al ponerme en tus zapatos... solo eso me queda... —sonrió el espectro de su madre.

—El tatuaje no se borra.

—He venido a ayudarte.

—¿En verdad?

—Pero debes ser valiente, hija. Luego de esto, nunca más vuelvas a ser tan imprudente. Tristemente verás lo feo que es hacer cosas de modo apresurado y rebelde.

—Lo siento... estoy dispuesta a hacer lo que sea.

—¿Lo que sea?

—Sí.

—Entonces, ve al cuarto de baño. Lo he preparado para ti. Tú sabrás lo que debes hacer, cariño.

Bernarda dio pasos dudosos hasta la toilette.

De a poco abrió la puerta y entonces disfrutó del ambiente relajante. El espíritu de su mamá se las había ingeniado para encender unas velas aromáticas, había llenado la tina, echado pétalos de rosas blancas... «Debe conocer de un ritual puro, porque así es como todo se ve...»

—Lo has preparado precioso. ¿Qué debo hacer?

—Desnúdate, relájate en el agua y tu mente brillante será iluminada. Te guiaré.

Cuando Bernarda terminó de entrar, descubrió que sobre las toallas perfectamente ordenadas y limpias yacía una navaja antigua de afeitar que su padre guardaba como reliquia de su abuelo materno.

Se preguntó qué haría eso allí.

Se quitó la ropa, entró al agua y echó la cabeza atrás. Al abrir los ojos, su madre estaba sentada al borde de la tina.

—¿Conoces algún químico que quite esto?

—Toma la navaja, cariño.

—¿PPPpara qqq qué, mami?

—*Nunca dejaría que te suceda algo. Debes liberarte de la marca de la IX Legión* —Su madre comenzó a derramar lágrimas, enormes sollozos imparables—. *iNo quiero que mi hija vaya al infierno, oh, Dios!*

—No... tranquila.

—*iNo puedo descansar en paz con esta imprudencia, Dios!*

—Mami... lo haré.

—*Eres la niña valiente de mamá* —besó su frente y esperó.

Bernarda tomó la navaja que estaba muy bien afilada para lo antigua que era. Llevó su pierna hacia el borde de la tina dejando así su tobillo al alcance de su mano.

Tomó una toalla pequeña y la metió entre sus dientes, y entonces con su mano temblando, las lágrimas de arrepentimiento rodándole por sus ojos, su mamá asintiendo con rostro angelical, rebanó la epidermis y la dermis en conjunto, por el contundente filo que poseía aquella arma blanca.

Balbuceó y babeó sobre la toalla en su boca sin soltarla. Su mamá acarició su cabello suavemente.

El dolor le hizo caer la pierna al agua y el ardor de las esencias le hacía sentir que quemaba hasta sus entrañas.

—*Una vez más, querida, ya que un tatuaje va muy profundo en las capas de la piel. Quedará una cicatriz pero sanará.*

—iMamiiii! —lloró Bernarda y más aun sabiendo que debía raspar nuevamente, pero ahora sobre la piel desollada... en carne viva.

Se llevó la toalla una vez más a la boca y aguantó la respiración. Raspó, escarbó... y las líneas definidas allí continuaban.

—*iAsí! iHasta llegar al hueso, cariño!*

—iArrrrrrrrrrghhhhhhhhhhhhhhhhhhh!— gruñó Bernarda, hundiéndose por completo en el agua, hasta la cabeza.

La hermosa y delicada mano de su madre la hizo emerger hacia la superficie cogiéndole fuerte del cabello, y entonces, apoyando su rostro putrefacto, en la frente de Bernarda mientras esta se desfallecía casi del

dolor, susurró malignamente:

—Un condenado jamás deja de ser un condenado, Berny... Y ahora observa tu horrible tobillo...

Sacó la pierna del agua y observó sus tejidos, la carne viva, las venas, comenzando a regenerarse tapando el blanco hueso del tobillo. En un proceso lento, y tremendamente doloroso, allí relució nuevamente el emblema de la IX Legión Romana.

—Maldito, Amon... ¡Maldito!

—No, querida mía... maldita estás tú. Tienes suerte de que te he permitido conservar tu pierna. Ya suficientes falencias tienen los humanos como para soportarte coja.

Todo desapareció.

La voz de Amon, su madre descompuesta y su madre angelical... todo producto de aquel cruel y perverso ser que jugaba con su mente, con su pureza e ingenuidad.

Ya no dolía. Su tobillo estaba intacto al igual que el tatuaje. Sin embargo, había estado a punto de desmembrarse si así le hubiera sido permitido, con tal de liberarse de Amon.

El agua repleta de sangre lo confirmaba.

Se quedó allí, en la tina. Drenó el agua sucia, y abrió la ducha para llenarla nuevamente mientras sentía como el agua le golpeaba la espalda, relajando sus hombros y su cabeza.

No podría decir a ciencia cierta, que todos en esta vida han experimentado el estar completamente desahuciados. Creo que a todo individuo en algún momento la desesperación le roba el control de su vida, y en el caso de Bernarda, la desesperación, su vida, y el continuo acoso de este demonio que ya no le dejaba en paz, le llevaron a tocar fondo.

No escuchaba nada, solo el agua estridente y debajo de ese sonido, los tristes violines como el canto de las sirenas que encantaban a los marineros para hacerles perder el rumbo. Ninfas de la tentación, manipulaban con su belleza.

Amon permanecía allí, invisible, Bernarda lo sabía. Por eso consideró que

antes de volver a vivir un engaño de él... ella cortaría el árbol de raíz.

No había ya razones por las cuales luchar por su vida, pero había miles para luchar contra Amon.

Tomó la navaja en sus manos... las sirenas y los violines se acompañaban ahora junto a un canto gregoriano.

El viento empezó a inundar la casa, el cielo a teñirse de nubes que prometían una tormenta eléctrica descomunal.

«Recuerda, Bernarda. Para morir debes cortar las venas tal cual ellas corren... de no ser así tan solo será una marca de niña rebelde y depresiva.» se dijo.

Abrió todo su brazo izquierdo primero y lo dejó caer dentro del agua.

Un demonio bipolar alentaba: *Vamos, sí, hunde la cuchilla... deja correr la sangre pura de la que me alimentaré. ¡Vamos, dame tu alma! ¡Muere maldita legionaria!...* —Pero un pensamiento negativo como un haz de luz atravesó su mente.

¿Si Bernarda moría...qué haría él? ¿Esperar miles de años a que otro tonto adolescente se tatuara el emblema? ¿Y si eso jamás sucedía? Aun no podía probar todas las delicias humanas... aun no la terminaba de explotar lo suficiente como para dejarla morir y llevarse ya su alma...

Poco a poco, Bernarda iba cerrando los ojos, quería llegar a abrir a lo largo su brazo derecho, pero se desvanecía y no sentía la suficiente fuerza para hacerlo... y cuando parecía que sería su último suspiro, pudo ver al monje parado e inquieto.

Vio a una anciana que parecía una bruja, y a un hombre vestido de armadura junto al fuego, en un lago, el cielo estaba oscuro y los árboles eran tan altos hasta donde el ojo podía ver. ¿Serían esos quienes según la confesión de Amon en la iglesia le habían encomendado a la IX Legión? La mujer bruja que invocaba, y el famoso Matarreyes...

Y su verdadera madre que le sonreía más no parecía esperarle, sino que estaba allí para mostrarle que debía presenciar algo.

—*Usted hizo un juramento y lo debe cumplir* —habló Simón el Matarreyes.

—*He dado mi vida a cambio de venganza para que elimine a todos los malditos legionarios* —gruñó la vieja bruja...

De repente, en sus últimos momentos de lucidez entendió que era cierto que «la buena suerte» estaba mal creerla que pertenecía solo a algunos. Amon se vio entre la espada y la pared.

¿Qué sucedería si Amon no cumplía con exterminar a todos los legionarios? Y ella era una, y allí estaba acabando ella misma con su vida. Amon, visto del modo que fuera, no estaba cumpliendo con la razón por la que había sido despertado.

Y aquella bruja y el famoso Simón Matarreyes allí estaban reclamando... esta vez sí era cierto que su mamá la observaba y por eso sonreía... Amon maldecía en cuanta lengua conocía... y Bernarda desfalleciéndose lograba entender todo.

—Si la salvo, podré divertirme. Tomar de este mundo humano lo que nuestro Creador nos quitó. Si la deajo morir, cumpliré el cometido por el que me despertaron y me llevaré su alma... ¡No! ¡No podré! Debe morir por mis propias manos... y aun así no quiero hacerlo...No aun... Luego de que recolecte su alma ¿simplemente volveré a dormir? ¡No! ¡Quiero estar bajo mi dominio, al servicio de nadie, deleitándome con el placer mundano!

Antes de que sus ojos se pusieran en blanco y perdiera la noción nuevamente, su madre le arrojó un beso en el aire, la bruja y el Matarreyes desaparecieron dejando bajo amenaza a Amon, y dos cosas pudo concluir su brillante mente de esa escena descomunal: Amon temía volver a estar encerrado, dormido, por lo tanto, no estaba seguro de matarla... y la presencia de la bruja y el Matarreyes dejaron algo en claro... Que Amon encerrado en la estrella de David había dicho la verdad, aunque que fue retenido por poco tiempo.

Y una pregunta fue la que vino a su mente cuando despertó esa mañana sin una marca tras el paso de Amon por su cuerpo nuevamente:

—¿Y si te encerrara, maldito Amon, pero en algo más puro, algo inamovible que no se pueda disolver?

Se sentó en su cama sintiéndose bien y fuerte, y habló al aire sabiendo que el demonio había demostrado un punto débil:

—¿Y si no puedes salir, así como sucede con mi tatuaje que no se borra? ¿Te perseguirá la bruja que entregó su vida para que cumplieras con la causa que se te encomendó? ¿Te atormentaría Simón el Matarreyes? ¿Te desollarías, Amon, si lo que te encierra es algo más poderoso que unas pobres velas y sal? ¿Estás dispuesto, Amon, a vivir el mismo tormento que me has dado?

Capítulo 26

PAZ

Bernarda tenía miedo, presentía que su final se aproximaba. Sin duda fue un error haberse hecho el tatuaje. Sin duda Amon no tiene rival...

—¿Debo resignarme a morir? —se preguntaba aferrada a su almohada... Las noches eran inciertas y los días tortuosos—. Quizá sería mejor morir y dejar que todo termine.

En ese momento un rápido recuerdo surgió de su memoria: «Y si te caes cien veces, mi amor, pues cien veces debes de levantarte, siempre con la frente en alto.». Su madre la llevaba de la mano y le dijo justo esas palabras antes de entrar a la escuela: «Tu corazón es grande Berny, podrán venir chicos o chicas mucho más fuertes, pero tu corazón es imbatible, primero tendrán que derrotar tu corazón y para hacerlo se necesitará de una armada, y si se dejaran venir con una armada aun tu enorme corazón buscaría la manera de vencerlos... ¡Te amo, hija!»

Berny recitó una a una las palabras de su madre en voz alta:

—«¡Te amo, hija!» —recordando aquella mañana de marzo, como si hubiese sido ayer, en la que se fundieron en un abrazo inolvidable.

La chica se limpió las lágrimas que apenas brotaban de su rostro. «¡No me daré por vencida!»

Alcanzó su teléfono móvil y abrió WhatsApp, rápidamente buscó la fotografía de Ryan. Por suerte estaba en línea.

—Ryan, por favor, no me digas que no, necesito tu ayuda. Hoy, justo hoy.

Dos chulos azules indicaron que Ryan leyó el mensaje, pero no contestó, se limitó a leer lo que la joven le escribía... Bernarda le escribió un par de líneas y el tatuador, guardó silencio sin opinar...

La chica abandonó su móvil sobre la cama y salió de su recamara a desayunar...

Su padre estaba leyendo el periódico. Apenas levantó la vista y le ocultó la mirada... aun sentía vergüenza...

Berny le arrebató con sutileza el periódico y ambos confrontaron sus miradas...

La primera en hablar fue Berny:

—Papá, Papito... Yo... yo te amo.

Jordan la miró con los ojos hechos agua. Ese «te amo», lo sintió desde el fondo de su corazón y no pudo evitar desbordarse en lágrimas ante ella, y con fuerza la acunó en sus brazos y no dijo nada, solo la abrazó acariciándole el cabello.

En ese momento Berny que también estaba hecha un mar de lágrimas llamó a Sandra, la esposa de su padre... La mujer llegó con mala cara, mirándola como a un bicho raro y sin poder hablar, porque aun sentía la lengua quemada, pero la chica la tomó de la mano y la haló hacia ellos...

—Sandra —le dijo mirándola a los ojos—. Eres una buena mujer, le has dado a mi padre dos hermosos hijos y a mí, dos maravillosos hermanos...

Sandra agrandó los ojos sin saber que decir...

—Quiero... —agregó Berny— quiero que me perdones por mi actitud desinteresada, quiero que me perdones por pelearme contigo y formar un campo de batalla en esta casa... ¿Podrás perdonarme?

La mujer miró a Jordan y sonrió tímidamente...

Entonces, Bernarda bajó la vista y las centró en los mellizos, niña y niño, ambos le tenían miedo, pero ella les sonrió y les dijo:

—A ustedes dos los amo y los llevo en mi corazón. Son mis únicos hermanos...

La niña se quedó mirándola y con una sonrisa le pasó el pan, pero entonces el hermanito le arrebató el pan a su pequeña hermana y le dijo:

—A Berny le gusta con mermelada y comenzó a untarle la salsa de mora sobre el pan fresco...

—Toma, hermana —dijo el niño y Berny sonrió mientras le acariciaba el cabello.

—¡Por favor, no se olviden que los llevo en mi mente y en mi corazón!

—Y nosotros a ti, hija —contestó el padre.

—Debo irme, tengo clases...

En ese momento Sandra le hizo señas de que esperara, aun no podía pronunciar palabra alguna, pero con las manos le dijo que esperara...

Rápidamente le preparó un sándwich de pollo con mermelada, lo envolvió en papel aluminio y le alcanzó una pera. Entonces le extendió los víveres en medio de una sonrisa...

Bernarda se acercó y le dio un abrazo...

—¡Gracias, Sandra!

La pareja se abrazó junto a los niños y despidieron a Berny desde la isla de la cocina, le agitaban las manos entre risas...

—Oye, hija, pero ¿A qué se debe todo esto?

La chica lo miró antes de abandonar la casa y le respondió:

—Querido padre, quizá hoy muera.

Las sonrisas se desdibujaron de sus rostros, mientras Bernarda cerraba la puerta de la casa a sus espaldas.

Caminó de cara al sol, con la frente en alto. La mañana olía a vida, olía a oportunidad, pero ella no dejaba de sentir un mal presagio, por alguna extraña razón quería ponerse en paz con todos aquellos con los que tuvo diferencias.

En el camino se detuvo en una casa con un jardín de coloridas flores... Miró para todos los lados con disimulo y arrancó una rosa blanca, no sin antes pedirle perdón a la madre naturaleza por hacerlo... así era Berny, respetuosa por todos los seres vivos...

—¡Perdóname, Tierra, por tomar esta flor de tus entrañas! —dijo en voz alta y siguió calle abajo. Caminó un par de cuadras hasta llegar a la casa de su amiga Amanda. Se detuvo en el ante jardín donde había una pequeña lapidilla que decía en letras talladas a cincel: «A mi perro Morgan, amigo de todos.» Era un simple recordatorio, ya que nunca fue encontrado.

—¡No fui yo quien terminó con tu vida, amigo! ¡Fue un maldito demonio que se ha burlado de todos, a través de mí!... ¡Perdóname amigo!

Una lágrima se derramó por su mejilla, y acto seguido se agachó para

dejar sobre la lapidilla la rosa blanca.

—No te olvidaré, fiel amigo. ¡Nunca lo haré!

En ese momento levantó la vista de cara al cielo y se encontró con la figura de su amiga Amanda, quien la miraba desde la ventana de la segunda planta. Bernarda le sonrió y sacó de su morral un sobre de carta... se lo enseñó desde el jardín a su amiga y caminó hasta dejarlo tirado en la puerta... entonces llamó a la puerta.

Amanda bajó a gran velocidad las escaleras y abrió la puerta, pero Berny ya se estaba yendo. Entonces bajó la vista y recogió el sobre... cuando lo abrió una sonrisa de agrado se dibujó en su rostro: Era una fotografía de Berny junto a ella, disfrazadas de payasos, usando narices rojas y sonriendo felices.

Aquella fotografía la tomaron cuando ambas se ofrecieron de voluntarias para repartir regalos de navidad a los veteranos de guerra del país. Al reverso de la fotografía decía: «Amigas por siempre, diciembre de 2015.».

Amanda se encontraba con el pijama puesto, minutos antes le había dicho a su madre que no quería ir a la preparatoria. Entonces corrió en bata blanca tras de Berny... la chica se detuvo y Amanda le dio un fuerte abrazo...

—Así es... ¡Seremos amigas por siempre! —le dijo.

Berny sonrió mientras se fregaba los ojos un tanto húmedos...

—Espérame, amiga, voy a cambiarme, no demoró y nos vamos juntas para el **Lion Hearth**, ¿Ok?

—Sí, amiga —le contestó Berny—. Yo te espero, aun hay muchas cosas que debo decirle a nuestro perro Morgan.

Amanda la sujetó de las manos y le dijo agrandando los ojos y con una sonrisita de oreja a oreja.

—Bien, no tardo.

Cuando llegaron al **King Lion Hearth** observaron a Anabella después de un tiempo de ausencia... las chicas rumoraban en los pasillos, dejando escapar sus risas... por su parte los chicos le evadían la mirada, no la querían ver directo a los ojos porque sentían pena.

—¡Mírala es un monstruo! —susurraban entre ellas—. ¡Anabella

Frankenstein! ¡Ja, Ja, Ja, Ja! —las risas no se hicieron esperar...

De pronto, venía el chico más guapo de la preparatoria, aquel mismo que chorreaba la baba por Anabella.

—¡Hola, Samuel! —le saludó ella entusiasmada, pero el chico y sus amigos siguieron de largo como si ella fuese un fantasma.

Anabella tragó en seco para no llorar y se disponía a seguir su camino, pero se tropezó con un grupo de chicas y sus libros se derramaron por el piso...

—¡Fíjate ridícula! —Le gritó una chica de origen estadounidense—. Tienes más cortadas en tu cara que un sacó de Box. ¡Ja, Ja, Ja, Ja, Ja!

Bernarda se arrodilló a recoger los libros de Anabella y se los entregó. La chica la miró y salió a toda prisa ocultando su rabia.

En el salón de clases todos estaban reunidos, a excepción de Laura y Gina, que no habían ido en días... y por su puesto el asiento de Bryan Carson, que permanece vacío en honor a él... También una fotografía del profesor Flavio Henry colgada en una de las paredes del aula. Pues ese era su grupo. La fotografía era un honor que le rendía el colegio a un memorable docente, sin embargo, ya le habían conseguido remplazo.

El nuevo profesor de Matemáticas era más joven varonil, y de entrada simpatizó con Bernarda y sus múltiples participaciones en el tema de Calculo diferencial. El mismo profesor propuso un taller en parejas...

Todos tomaron a sus parejas...

Anabella, había quedado sola, al igual que German «Tos», el chico excluido por todos y todas. Ninguno de los dos era bueno para Matemáticas... entonces Berny y Amanda se miraron...

—¡Sí, está bien! —Exclamó Amanda—. Conozco esa miradita de querer salvar al mundo, Berny. Bien yo trabajaré con Anabella y tú con el señor «Tos».

—Gracias, amiga, aunque te pediré algo... por favor, no le llares así. Si le llamas por el sobrenombre que le han puesto, o si ahora intentas mostrarte con la clásica postura de «Ajá... ¿dónde están tus amigos ahora?» para con Anabella... ¿Qué diferencia estaríamos marcando? Seríamos la misma basura que un día ellos fueron conmigo, sobretodo.

—Siempre tan filosofal. «Significas mucho para mí, tienes un corazón es de oro» —le guiñó el ojo Amanda, y Bernarda sonrió. Era una picardía entre ellas, de una de sus bandas musicales favoritas: Editors, y esa

frase, tomada de la canción *Colours*, Amanda siempre se la había dedicado a Bernarda.

Berny sonrió, tomó su libro de Matemáticas y se acercó al jovenzuelo que presentaba un leve trastorno mental:

—¡Hola, German! Podemos trabajar juntos.

El chico blanqueó los ojos, miró hacia el techo y dijo con dificultad:

—¡Ssss...Sí, Berny!

Anabella se encogió de hombros y sus ojos se humedecieron al comprender que estaba dependiendo de la bondad de la gorda de Amanda y la fea de Bernarda.

La clase trascurrió en calma, y Bernarda nunca se percató de la enorme sombra que la vigilaba oculta en las paredes.

—Bien. Muy bien niña, ponte en paz con todos, hazlo porque tu hora se acerca. Dejaré que pases la noche, pero a la madrugada... tu alma será mía. Tómallo como un acto piadoso de mi parte... ¡Hoy será el último día que te concederé!

Bernarda escuchó por un momento una terrorífica risa escalofriante en su mente que le erizó la piel, pero rápidamente desapareció.

La chica suspiró atemorizada, pero luego sonrió con malicia, ya sabía que Amon había regresado.

—Ven, German, déjame explicarte... hay tres formas de sacar una derivada...

Capítulo 27

JAQUE MATE

Bernarda caminaba solitaria junto al puente de Londres. Las campanas avisaban el inicio de la santa misa en la Catedral de Southwark. Entró y se dio la bendición en medio del altar, allí alcanzó a divisar al padre Dan usando un vendaje en su brazo derecho.

De momento se agolparon imágenes en su cabeza... La figura espectral de Amon en medio de la estrella salomónica hecha de sal. Los sacerdotes rezando y exorcizando el cuerpo del demonio y en medio de todos ella, atemorizada y sin saber qué hacer.

En ese momento el sonido del piano invadió la catedral con la emblemática tonada del «Padre nuestro» (Sonidos del silencio) una dulce voz cantó *a capella* y fue seguida por todos los feligreses. Era el momento de la comunión...

Padre nuestro tú que estas...

En los que aman la verdad...

Has que el reino que por ti se dio...

Llegue pronto a nuestro corazón...

La tonada hizo que Berny recordará todo el dolor por el que le ha tocado pasar: Su madre muriendo agónicamente en un cuarto de un hospital a causa del cáncer. Bryan Carson, burlándose de ella y sus compañeros tomándole fotos desnuda... Luego Bryan muere a causa de una brutal paliza. Se vio a ella misma terminando con la vida del perro de su mejor amiga, Morgan. También se vio a ella misma asesinando al profesor Flavio Henry.

Pudo ver a la hermosísima Anabella con el rostro repleto de marcas, y a Gina recluida en un manicomio porque decía que escuchaba un insecto en su cabeza que no la dejaba tranquila.

A Laura la vio envejecida, sin fuerzas, con el rostro marchito y los huesos gastados, postrada en una cama... Y al final de sus recuerdos vio una sombra horripilante con la forma de un Monje oscuro... era él, sí, era... el Diablo.

Berny alcanzó a ver la multitud de feligreses caminando en fila india esperando su turno para recibir el cuerpo de cristo.

En el pan de la unidad...

Cristo danos tú la paz...

Y olvídate de nuestro mal...

Si olvidamos el de los demás...

No permitas, que caigamos en tentación...

Oh señor...

Y ten piedad...

iDel mundo!

Después de pasada la misa se acercó al padre Dan quien la acunó en sus brazos con amor.

—Mi niña, ¿cómo sigues?

—Sobreviviendo padre, pero creo que ha llegado el momento.

El sacerdote sintió compasión al verla tan resignada y triste, así que posó su dedo índice bajo el mentón de la chica y le levantó la mirada...

—Podemos volver a intentar el rito y esta vez tomaremos medidas para someter a ese espectro.

Bernarda meneó la cabeza de un lado al otro y dijo:

—No padre, no quiero más personas heridas por mi culpa. Esta vez lo haremos a mi manera.

El sacerdote la miró con admiración, pero luego con pena...

—¿Vino mi amigo por mi encargo, padre? —preguntó ella.

—Sí. Vino en la mañana.

—Bien. Otra cosa más reverendo Dan, podría regalarme una copia de la

figura de la estrella Salomónica.

El sacerdote arqueó los ojos y quiso refutar a Berny pero esta levantó la mano deteniéndolo en el acto y le dijo de manera sutil:

—Recuerde, Padre, lo haremos a mi modo.

—Pero, hija, por favor, déjame acompañarte, tu sola no puedes sellar a esa criatura.

—No entra en discusión padre, Amon es mi problema y nadie más tendrá que sufrir por ello.

Berny se aferró al cuerpo del sacerdote y lo abrazó como si fuera la última vez que lo vería...

—En el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo —la mano de Dan hizo la figura de la cruz en el cuerpo de Bernarda—. Ve con Dios, oraré para que todo salga bien.

—Amén. ¡Que así sea, padre!

Esa noche Bernarda cenó junto a su familia. Era la primera vez que cenaban juntos. Sandra se mostraba simpática con la chica, al igual que los mellizos y su padre... bebieron refrescos, comieron pollo con patatas. Rieron mucho debido a las historias que les contaba su padre. Anécdotas de juventud y de su actual trabajo...

Bernarda recogió los platos y los lavó...

Sandra miraba insistentemente a su esposo sin entender aun la actitud de Berny, hasta que él habló sin rodeos:

—Oye, hija, ¿Por qué nos dijiste que sentías la muerte cerca? ¿Sucede algo?

—No te preocupes, papá, si cien veces caigo, cien veces me levantaré, pero nunca podrán vencer mi corazón... ¡Nunca!

El padre se quedó mirándola y luego le guiñó el ojo con complacencia. Sabía muy bien a quien pertenecían esas palabras, esa filosofía de ser fuerte hasta el final.

—Bien dicho, hija, ¡Nadie podrá vencer tu corazón!

Los mellizos le ayudaban a Berny a secar la loza sin entender mucho de lo que hablaban. Y fue en ese momento cuando Sandra le entregó a Berny un sobre sellado con el escudo de la prestigiosa universidad pública de

CAMBRIDGE fundada en 1209, y situada en la ciudad de Cambridge.

Berny palideció, era la respuesta que había estado esperando desde hace mucho. A mitad de año se presentó a dicha institución apelando por una beca estudiantil completa y apenas hoy recibía la respuesta.

La chica sonrió, apretaba el sobre en sus manos...

—No lo quiero abrir aun, Papá...

—Entonces no lo hagas todavía, hija, ábrelo cuando creas que te sientes preparada... pero recuerda, Berny, «Si cien veces caes, cien veces debes de levantarte».

Mañana lo abriremos papá, veremos primero que pasa esta noche.

Ya pasaban de las diez de la noche y un sentimiento de muerte la invadía. Y allí estaba recostada sobre su cama, aferrada con fuerza a un cojín de Toy Story, con la figura del Señor y la Señora Patata.

«¿Será mi final?» «¡Tengo miedo!» —pensaba sumergida en sus pensamientos.

De pronto, sintió un frío que le recorrió el cuerpo y la hizo estremecer. Sintió que le tocaron el hombro derecho, ella volteó a mirar por mera reacción y se dio cuenta que fue solo su impresión, pero al regresar la vista al frente se encontró con el rostro ensangrentado del viejo general Romano, el mismo que se le había aparecido de forma alucinante, noches atrás.

—*¡Tienes la marca, niña!*

Berny estaba temblando del frío, aferrada al cojín.

—*¡Puedo sentir que él ya viene por tu alma maldita! Puedo escucharlo reír en lo más profundo del Averno* — dijo el viejo general romano angustiado, cada vez que hablaba salía vaho de su boca.

Bernarda tenía el corazón a mil revoluciones... Quería gritar pero no podía.

—*La gema, ¿Eso es lo que quieres preguntarme, niña?*

Bernarda tragó saliva...

—*No es posible encontrar la gema. Veras, en la batalla que tuvimos contra Aníbal Barca, la gema cayó en el lago Trasimeno y allí se hundió para siempre* —el General comenzó a derramar sangre por su cuello. Bernarda

recordó muy bien que había sido decapitado.

*—No, no queda mucho tiempo... Yo he venido...—*el general se puso en pie—. *Yo he venido porque tú tienes la marca de la Novena Legión en tu piel, eso te hace una de nosotros... eso te hace la última de nosotros. Tú niña, puedes liberarnos a todos.*

Bernarda parecía una estatua sin siquiera parpadear ante aquel fantasma errante que suplicaba el descanso eterno... entonces ella se armó de valor y susurró:

—Haré todo lo posible para vencerlo.

El General sonrió y le hizo la seña de que se postrara de rodillas...

Bernarda obedeció presa del pánico...

El General desenvainó su espada de acero que brilló como los rayos del sol sobre la mirada asustadiza de la chica... entonces él le tocó el hombro derecho con la punta de la espada en dos oportunidades, y luego el hombro izquierdo en dos veces más con la punta de la espada:

—Repíteme conmigo, Bernarda Harper:

No he de rendirme aunque caiga al andar,

No estaré vivo si he de huir,

Si por vivir, no he de ser dueño de mí

¡¡¡Mejor en pie morir!!!

La chica muy temerosa recitó el lema de la **Novena Legión Hispania**.

*—Ya eres una de nosotros, Bernarda Harper —*dijo el general y en ese momento se llevó las manos a la garganta hecho un mar de sangre...

—¡Confiamos en que lo puedas vencer, Bernarda Harper!

La figura espectral del General desapareció en medio de la penumbra de la habitación. Bernarda se encontraba en un solo temblor, su corazón apenas volvía a latir de manera normal. Entonces en ese momento levantó la vista para mirar el reloj en la pared que marcaba las 23:15 de la noche.

De un brinco se levantó exaltada y fue a buscar una bolsa de sal que tenía guardada dentro de su armario... y rápidamente comenzó a trazar con la sal una amplia estrella de seis puntas donde invocaría a Amon.

Miró de nuevo el reloj que ya marcaba las 23:49 de la noche, alcanzó su móvil y escribió por WhatsApp:

—Amigo, Ryan, ¿Estás listo?

Los dos chulos azules le afirmaron que el tatuador estaba en línea y la había leído. Entonces comenzó a escribir.

—Te estoy esperando. Apúrate, chica.

Bernarda tenía memoria fotográfica, al igual que su madre, es decir nunca olvida un detalle, una frase, un rostro... y recordó que el reverendo Dan le contó que las entidades demoniacas se van a descansar a las doce de la noche, hasta las 03:00 a.m., hora en la que despiertan para hacer fechorías y burlarse de la muerte del hijo de Dios clavado en la cruz.

La chica miró el reloj en la pared que ya marcaba las 00:00 a.m. En ese momento se armó de valor porque comprendió que Amon se había ido a descansar...

Rápidamente se puso un gorro para el frío, se ajustó la chaqueta de Jean que sacó de su armario, se calzó unos *Converse* rojos que decían *All Star*, y alcanzó un pequeño morral que se echó al hombro...

Con el rabillo del ojo volvió a mirar la hora y entonces salió de su casa apurada, en dirección del centro comercial para encontrarse con su amigo el tatuador.

La noche era oscura y peligrosa. La luna llena decoraba el espacio en su máximo esplendor, y lo más curioso era que esa noche el cielo estaba estrellado, muy hermoso y estrellado, demasiado estrellado...

Las horas pasaron y Bernarda regresó a su casa antes de las 03:00 a.m. En poco tiempo despertaría Amon.

Si algo había aprendido cuando se leyó *El arte de la guerra* de Sun Tzu, obra que inspiró a Napoleón, Maquiavelo, Mao Tse Tung y muchas más figuras históricas.

El libro del general Sun Tzu, no es únicamente un libro de práctica militar, sino un tratado que enseña la estrategia suprema de aplicar con sabiduría el conocimiento de la naturaleza humana en los momentos de confrontación, y lo que Berny pudo aprender del general Tzu, es que para vencer a tu enemigo, primero debes conocerlo también como a tu mejor

amigo.

—¡Te conozco, Amon!

—¡Estoy lista!

El reloj en la pared marcaba las 03:00 a.m.

Un frío congelante invadió la habitación, Berny se frotó las manos, suspiró profundamente y caminó hasta ubicarse en el centro de la estrella de seis puntas la misma que había hecho con sal. Esta vez no encendió los sirios como lo hizo el reverendo Dan. Simplemente estaba esperando dentro de la estrella vestida con un manto blanco...

De pronto una tétrica sombra comenzó a dibujarse en la pared y el canto de sirenas acompañado de violines celestiales perturbó la cabeza de Berny... olía a azufre, olía a miedo...

—¿Es este el final, Amon? —preguntó la chica en voz alta.

Una respiración rasposa se escuchó entre la penumbra...

—¡Si, mi niña, ya será el final! ¡He venido para reclamar tu alma condenada!

Bernarda apretó un rosario que llevaba entre las manos, tomó aire en sus pulmones y le gritó con todas sus fuerzas:

—¡Entonces ven por mí si te atreves!

La risa escalofriante se desató en una carcajada incontrolable... Amon «señor de la ira» «Recaudador de almas» «Marqués del infierno»... no paraba de reír...

—Chica tonta, crees que ese sello apestoso podrá contener mi furia. ¿Dónde dejaste al reverendo de mierda y a sus monaguillos? ¡Tonta, sí que eres una chica tonta!

—¡Ven por mí, Amon!

Una colosal fuerza penetró en el cuerpo de Berny...

Las paredes temblaron...

La cama se partió por la mitad.

La TV Smart se agrietó en la pantalla.

Todo tembló. Todo crujió...

Bernarda blanqueó sus ojos al sentirse dominada por la colosal energía de Amon...

—Tonta, mil veces tonta, ¡Qué ilusa eres al creer que podías detenerme con este símbolo asqueroso! —Y entonces, haciendo posesión del cuerpo de Bernarda comenzó a disolver la forma de la estrella de sal con sus pies desnudos...

—Ja, Ja, Ja, Ja, Ja, Ja.

—¡Ahora tu alma me pertenece niña! ¡La última de los malditos! Ja, Ja, Ja, Ja, Ja, Ja.

Pero algo sucedió que el mismísimo Amon descuidó, y fue en ese momento que los ojos de Bernarda volvieron a la normalidad y dijo con determinación:

—Cordero de Dios que quitas el pecado de los hombres, ten piedad de nuestras almas y alegra los corazones. Cordero de Dios que quitas el pecado de los hombres, ten piedad de mi alma y concédeme la paz —ella oró con fervor, apretó los puños y dijo en voz alta:

—¡Te equivocas, maldito, mi alma no te pertenece, pero la tuya si me pertenece!

Amon se quedó en silencio como si estuviera absorto en un limbo que ni el mismo comprendía...

Bernarda, salió de la estrella disuelta y caminó por la habitación sonriendo de forma maliciosa...

—Predecible, muy predecible Amon, «Recaudador de almas», tu error fue entrar en mí... ahora soy yo quien debe decir: Jaque Mate.

Una fuerza descomunal se sintió desesperada en el cuerpo de la chica...

—Tú... Tú... ¿Cómo pudiste? ¿Cómo pudiste? ¡Malditaaaaa! ¡Maldita Bernarda Harper, Maldita! —la voz enronquecida del demonio se ahogaba en lo más profundo de la mente de Berny quien se mantenía serena.

—Jaque Mate —repitió ella.

Capítulo 28

EPILOGO

Cuando abrió el sobre de la Universidad de Cambridge leyó primero su contenido y guardó silencio mirando detenidamente a su padre, a Sandra y a los mellizos...

No emitió palabra alguna y en su rostro desapareció cualquier tipo de expresión...

Papá apretó los labios y le regaló una risita de consuelo...

—¡No te decepciones, amor, la próxima será, recuerda lo que decía tu madre «Si cien veces caes, cien veces te debes levantar»...

Berny les regaló una mirada severa y luego saltó de alegría por toda la casa, saltó y saltó, besó a su padre en la mejilla, a Sandra la abrazó fuerte y a los chicos les desordenó las melenas...

—¡Fui aceptada!

Entonces tomó la carta y releyó en voz alta:

—«¡Señorita Bernarda Harper, para la Universidad de Cambridge, será todo un honor contar con su talento entre nuestros estudiantes becados. La esperamos para el inicio de clases en la fecha pactada. ¡Felicidades!»

Las risas y los aplausos no se hicieron esperar...

—Debo contarle a Amanda...

Un par de zancadas bastaron para llegar hasta la segunda planta y entrar en su habitación. Se había vuelto más ágil, más fuerte... inclusive lucía magnífica, su piel estaba lozana, sus dientes perfectos, su cuerpo esbelto y pulido, y lo mejor de todo es que inexplicablemente el optómetra le retiró los lentes alegando que su visión era de 20/20.

Se quitó la ropa de prisa, necesitaba tomar un baño para ir a recoger a Amanda, quería contarle la buena noticia...

Caminó desnuda por la habitación hasta la ducha... su cuerpo bien torneado la hacía lucir muy guapa, se miró al espejo de frente y sonrió, ya no veía más la apariencia escuálida y cegatona que estaba acostumbrada a ver, ahora era una chica preciosa... cerró los ojos y se giró para ver su

espalda y allí estaba el gigantesco tatuaje que cubría toda su espalda... los trazos rojos y negros formaban la estrella de seis puntas grabada en su piel...

Entró en la ducha y dejó que el agua recorriera su cuerpo trayendo consigo la pureza con cada gota y recordó lo que sucedió aquella noche cuando decidió enfrentarse a Amon:

«Jaque Mate» eso le dijo y eso lo enfureció.

¿Cómo un ser nacido del barro, pudo vencer a un ser nacido del fuego? Es lo que se preguntaba el demonio y se preguntaría por el resto de su existencia.

Ella lo planeó todo, ella sola esa mañana después de recordar a su madre cuando la llevaba a la escuela, orquestó un elaborado plan en su mente y decidió escribirle a Ryan el tatuador, quiso apelar a su ayuda, el chico se limitó a leer las indicaciones en el WhatsApp, y después de leerlas dio su aprobación y quiso apoyarla:

“Primero debía llevar las tintas con las que tatúa ante el reverendo Dan y hacerlas bendecir en el santo nombre de Dios. Luego debía esperar a que ella le escribiera a las doce de la noche de ese mismo día y tener preparada la sala de tatuajes. Ella le llevaría una copia exacta de la estrella de seis puntas o sello del rey Salomón, que le había pedido al padre Dan. Y entonces, en el espacio en que el demonio descansaba ella aprovecharía para que Ryan le tatuara en la espalda el gran sello con las tintas benditas en nombre de Dios”.

Amon podía disolver una estrella en el piso hecha de sal, pero una estrella tatuada en su cuerpo no lo podría hacer nunca, primero porque ante el poder del sello el demonio pierde toda voluntad de pelear. Segundo porque si se encuentra sellado debe obedecer a quien lo selló, y pasará a ser su esclavo. Y tercero porque ahora Bernarda tendría el poder.

«Jaque mate», le dijo mientras Amon se retorció del dolor... Berny pasaba sus uñas por su piel, por su espalda donde se había tatuado la estrella y Amon sufría de dolor, y suplicaba y suplicaba que no lo hiciese cada vez que ella se raspaba con sus uñas.

Esa noche Berny pudo liberar a todas las almas que este terrible demonio había recaudado...

—*¡Estúpida! ¿Cómo te atreves?* —vociferaba el demonio, pero Berny en un acto de poder y piedad lo obligó a hacerlo.

Miles de luces ascendieron al cielo susurrando en un lenguaje antiguo agradecimientos para ella. El viejo general Romano sonreía cabalgando en

su caballo blanco, desde lejos la miró y con honor se llevó el puño a su pecho... Berny le devolvió la reverencia. Todas aquellas almas ascendieron felices muy felices por alcanzar el descanso eterno. También el alma de su madre se acercó a ella sonriente, su mirada era de orgullo y le susurró: «Te amo, Te amo, mi pequeña niña.». Berny derramó una lágrima y quiso abrazarla, pero su imagen se difuminó en sus brazos hasta desaparecer...

—*iTe odio, Bernarda Harper!* —le decía Amon en su interior.

La chica sonrió... La chica Bailó... La chica lloró... su hazaña fue poética, vencer a un señor del oscurantismo nada más que con su inteligencia.

—*iNo eres eterna maldita, cuando mueras orinaré en tus vestigios mortales y volveré a vivir!*

—No, no lo creo, si tú estás dentro de mí te preguntó: ¿Tendré igual longevidad que los demonios?

La risa de Amon era irónica:

—*Ja, Ja, Ja, Ja, Ja, Ja* —*bien jugado, Bernarda Harper. Bien jugado.*

Todo eso pasó esa noche, si aquella noche en que una humana demostró estar por encima de los demonios.

Terminó la ducha y se vistió de prisa, Amanda la esperaba para ir al centro comercial, era el cumpleaños del tatuador... Ryan se había vuelto uno de sus mejores amigos, y hoy estaba de cumpleaños, pero siempre la pasaba solo, solo desde que sus dos hijos, aquellos hermosos rostros de niños que tenía tatuados en sus hombros murieron en un accidente automovilístico, pero él sobrevivió...

—iYa no estás solo, Ryan! iTe debo tanto! —dijo Berny para sí misma

Su padre le prestó las llaves del carro, pero antes de marcharse se acercó a Sandra y le susurró unas palabras que la misma mujer no comprendió, entonces Berny la abrazó y le terminó de decir:

—iYa puedes hablar, Sandra!

La mujer sintió una frescura en su boca y por primera vez la lengua estaba suelta, ya no entumida, ni quemada y pudo decir claramente:

—Gracias, sin entender que era lo que sucedía.

Bernarda encendió el coche de su padre, operó la palanca de cambios y hundió el acelerador. Se sentía fuerte, muy segura de sí, se sentía

invencible... condujo en dirección de la casa de Amanda.

Iba escuchando la canción de Adele *Rolling in the deep*, tarareaba la letra, pero de pronto detuvo el coche al pasar por el callejón donde encontró de cachorro a Morgan, abandonado y con una paliza que le habían dado, sin duda un amargo recuerdo de hace años. Allí se detuvo porque algo le llamó la atención.

Descendió del coche, y caminó en silencio. No quería ser escuchada. Y fue allí que se quedó petrificada en la entrada del callejón al ver a un tipo rubio, gordo y asqueroso que arrastraba un saco negro con la mano derecha, el saco se movía levemente...

—Oye, ¿qué llevas ahí? —preguntó Berny...

El hombre se detuvo y giró para mirarla...

—¡Que te importa! —le respondió.

En ese momento ella escuchó un leve chillido... se trataba de un perro que asomó su cabeza aporreada y sangrante... era un Labrador mestizo...

—¡Desgraciado! ¡Miserable! —gruñó Berny...

El hombre soltó el saco. El perro solo podía arrastrarse, estaba débil, forrado a los huesos y era evidente que había sido brutalmente golpeado...

El hombre caminó hacia ella. Su estatura era prominente, con su cuerpo eclipsó a la pequeña Berny...

—¿Cuál es tu problema, metiche? —dijo el regordete al tiempo que traqueteó los dedos de las manos. Parece que te ha conmovido el costal de pulgas, he...

Berny cerró los ojos y dijo en voz alta:

—¡Dejadme ver si este miserable fue el mismo que tiro en este vertedero de basura a Morgan.

El hombre gordo arrugó el rostro sin entender la actitud de la chica y dijo:

—*¡Estas bien loca, metiche!*

Amon gruñó dentro del cuerpo de Berny y solo pudo obedecer, así que Berny se concentró y entró en la mente del tipo... exploró una vida mundana y grotesca hasta que llegó al recuerdo de él dándole una paliza

al cachorro Morgan, porque había nacido con sarna y vio cuando lo trajo hasta este callejón y lo tiró a la basura como un objeto.

Bernarda sonrió y meneó la cabeza de un lado al otro...

—¡De rodillas! —ordenó y sin explicación las piernas gordas del hombre se doblaron... entonces ella se acercó más y le dijo—: ¿Así que te gusta golpear perros con tus manos grotescas?

El hombre intentó ponerse en pie, pero una terrible fuerza lo domaba...

—Uno a uno sus dedos... ¡Hazlo, Amon!

El demonio gruñó dentro de ella, pero obedeció y uno a uno hizo crujir los dedos del tipo que chillaba como un cerdo asustado antes de ir al matadero.

Ella se acercó al perrito y lo cargó entre sus brazos...

—Ya, ya, pobrecillo... —le susurró al canino.

El hombre estaba tumbado en el piso lloriqueando y maldiciendo... con las manos abiertas y los diez dedos fracturados...

—¿Sabes qué desgraciado? ¡No mereces volver a caminar! —Entonces ordenó de nuevo con voz de mando—: ¡Amón, haz que esta basura nunca más vuelva a caminar!

De pronto un crujido en la espalda del hombre silenció la escena, mientras Berny se daba la vuelta con el cachorro en brazos... ella no volteó a mirar hacia atrás...

El hombre se retorció del dolor y se arrastraba por todo el callejón, pues de ninguna manera podía ponerse en pie...

Ella caminó hasta el coche y acomodó al perrito en el asiento de atrás, le hizo una caricia en sus orejitas peludas y lo mimó...

—Ya nadie volverá a maltratarte, Morgan. Sí, así es, te llamarás Morgan de ahora en adelante.

Se volvió a subir al coche, encendió el auto y antes de operar la palanca de cambios se miró por el espejo retrovisor y pudo ver como sus ojos relumbraban en un rojo intenso... entonces dijo en voz alta:

—Calma, Amon, cálmate, vuelve a dormir, te lo ordenó.

En ese momento los ojos dejaron de relumbrar y ella se los cubrió con unas gafas negras *Ray Bans*, metió primera al coche y aceleró hasta perderse calle arriba con una sonrisa en sus labios.

FIN

Capítulo 29

AGRADECIMIENTOS

El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza que un hombre tomó y sembró en su campo; la verdad es la más pequeña de todas las semillas, más cuando crece es la mayor de las hortalizas... Y se hace árbol, y vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas.

«Solo con la fe, sumada a la inteligencia, Bernarda Harper pudo vencer y someter a un enemigo aterrador. Nunca creas que estas solo, o que la vida es despiadada contigo, recuerda siempre que con fe e inteligencia puedes superar cualquier obstáculo.».

Agradezco a todo MGE, tanto lectores como escritores por el tiempo que dejan al leer. Muchísimas gracias. A mi familia que siempre me ha apoyado en que haga lo que deseo y amo. Y un especial agradecimiento a Yonhatan Espinosa Gómez, quién con su cantidad de conocimiento histórico, me hizo aprender mucho. Nuestra historia, la cual disfrutamos mucho de escribir, está conectada a su obra «Roma: mil almas para el Diablo». Disfruten de leer esa talentosa obra suya, y será mejor comprendida esta que hemos hecho a dúo.

Espero que haya sido de vuestro agrado, un saludo cordial,

Yonhatan E.G

Sheelag

Sheelag

Yonhatan Espinosa Gómez